Pontificia Universidad
Católica de Chile
Vicerrectoría de Comunicaciones y
Asuntos Públicos

Encuesta Nacional Bicentenario Universidad Católica - Adimark 07

«Una mirada al alma de Chile»

Seminario 8 de enero, 2008

Año **3** / Nº **17** / **enero 2008**

Encuesta Nacional Bicentenario Universidad Católica - Adimark

07

«Una mirada al alma de Chile»

Seminario 8 de enero, 2008

Índice

Prólogo

FRANCISCA ALESSANDRI, vicerrectora de Comunicaciones y Asuntos Públicos UC 5

Exposiciones

1. **Parentalidad y educación de los hijos**

SOLEDAD HERRERA, académica del Instituto de Sociología UC 7

Comentarios

JUAN ANTONIO COLOMA, senador 18

RICARDO CAPPONI, psiquiatra y psicoanalista 20

PAULINA VILLAGRÁN, directora de estudios de la Fundación Chile Unido 22

2. **Diagnóstico de la conciencia religiosa en Chile**

EDUARDO VALENZUELA, director del Instituto de Sociología UC 24

Comentarios

ALEJANDRO GOIC, obispo de Rancagua y presidente de la Conferencia Episcopal de Chile 31

GABRIEL VALDIVIESO, director del Centro de Investigaciones Socioculturales Cisoc-Bellarmino y coordinador del Área de Investigación y Extensión del Instituto Pastoral Apóstol Santiago INPAS 33

3. **Nación e identidad nacional**

PATRICIO BERNEDO, director del Instituto de Historia UC 35

Comentarios

JORGE LARRAÍN, vicerrector académico de la Universidad Alberto Hurtado 42

EUGENIO TIRONI, presidente de Cieplan 44

4. **Ciudad y barrio**

PABLO ALLARD, académico de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Estudios Urbanos UC 47

Comentarios

PAULINA SABALL, subsecretaria de Vivienda y Urbanismo 55

ROSARIO PALACIOS, Dirección de Asuntos Públicos UC 57

Prólogo

La Encuesta Nacional Bicentenario 2007 es la segunda de una serie de cinco sondeos realizados por la Pontificia Universidad Católica de Chile en conjunto con Adimark/GfK. La universidad, a través de este proyecto, se ha comprometido a generar información altamente confiable y sostenida en el tiempo sobre el cambio cultural que experimenta la sociedad chilena, de modo de provocar una reflexión acerca de distintas dimensiones de nuestro país. Tal como comentó monseñor Alejandro Goic en su ponencia, en la encuesta «encontramos un espejo» que nos hace confrontarnos con la realidad. Para ello, junto con publicar los resultados del sondeo, se realiza un seminario anual en torno a los principales descubrimientos, el cual convoca a actores del ámbito político, empresarial, académico, eclesial y de la sociedad civil.

La reflexión del seminario, realizado en enero de 2008, abordó especialmente los temas de familia y parentalidad, barrios y relaciones vecinales e identidad nacional y religión. La presente publicación recoge las exposiciones que motivaron una discusión abierta entre los asistentes. Algunas de las temáticas exploradas son las posibles causas y consecuencias de los cambios en las prácticas de disciplina que los chilenos ejercen en relación a sus hijos, la escasa confianza entre vecinos, los motivos de orgullo y sentido de pertenencia a la nación y las características de las prácticas religiosas, principalmente de los católicos, que siguen siendo la mayoría de la población.

Muchos de los hallazgos de este estudio pueden aparecer desesperanzadores: los chilenos muestran una tendencia a ser menos solidarios con sus padres, a compartir menos en familia prácticas cotidianas -las comidas y las conversaciones familiares muestran un descenso considerable- y a desconfiar de sus vecinos. Asimismo, la mayoría cree que vive en una sociedad altamente conflictiva y con pocas posibilidades de que distintos grupos lleguen a acuerdo. En este contexto, nos parece importante como universidad recoger la mirada del Papa Benedicto XVI, no sólo para enfrentar y analizar estos resultados, sino también para proponer una reflexión crítica y esperanzadora, a la vez, de nuestra sociedad. En su última encíclica «Salvados en la Esperanza», el Papa nos

recuerda enfáticamente que la esperanza cristiana no es individualista. Todos somos parte de la confusión que algunos de los datos de la encuesta nos revela y, de la misma manera, todos podemos ser parte de la edificación de una sociedad que persiga una vida bienaventurada orientada hacia la comunidad.

Los datos de la encuesta reconocen la permanente búsqueda «siempre nueva y fatigosa de rectos ordenamientos para las realidades humanas» que cada generación emprende (Benedicto XVI 2007). Y, por otro lado, presentan un desafío: "Establecer ordenamientos convincentes de libertad y de bien que ayuden a la generación sucesiva, como al recto uso de la libertad humana, y den también así, siempre dentro de los límites humanos, una cierta garantía para el futuro" (Benedicto XVI 2007). En esta perspectiva, esperamos que las exposiciones aquí presentadas motiven nuevos diálogos en torno a futuras acciones que contribuyan a que nuestra sociedad sea más justa, solidaria, consecuente y participativa. Nuestro propósito es que la Encuesta Nacional Bicentenario Universidad Católica-Adimark alimente iniciativas de políticas públicas, académicas, comunitarias y familiares.

FRANCISCA ALESSANDRI COHN
Vicerrectora de Comunicaciones
y Asuntos públicos UC

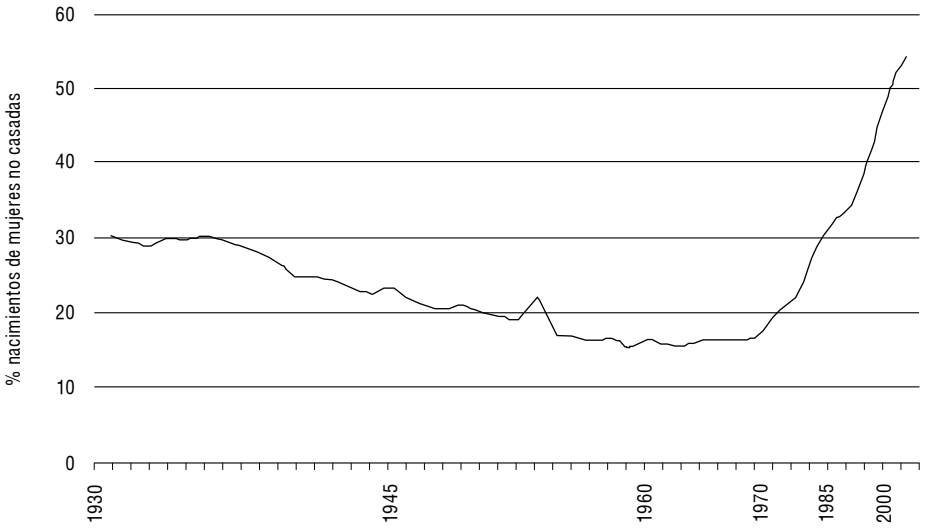
Parentalidad y educación de los hijos

SOLEDAD HERRERA
Académica del Instituto de Sociología UC

En las últimas décadas se ha hecho frecuente la discusión respecto de si la familia está o no en crisis, dados los cambios que han experimentado las formas familiares: cada vez es mayor la proporción de hijos que nace fuera del matrimonio, ha aumentado la participación laboral femenina, los hijos viven menos con sus verdaderos padres y éstos han ido perdiendo el control sobre sus niños.

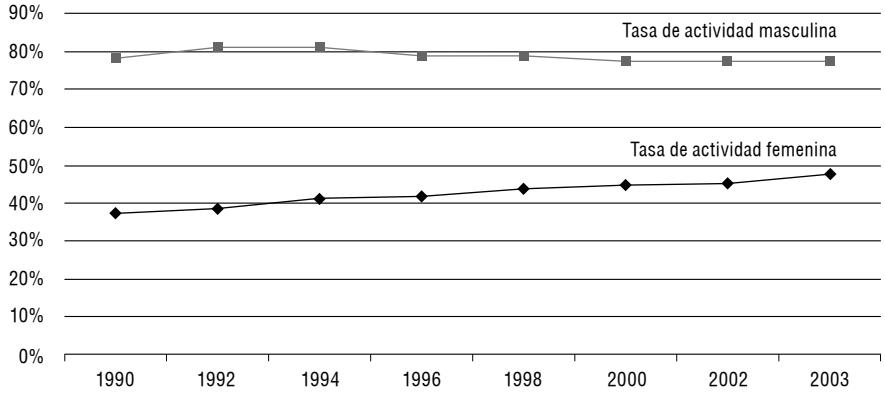
En primer lugar, la presencia de hijos nacidos fuera del matrimonio es, desde hace muchos años, un hecho característico de la historia de Chile. Aunque a mediados del siglo XX estas cifras habían descendido, en los ochenta volvieron a empinarse sostenidamente, alcanzando a alrededor de la mitad de los hijos nacidos vivos en la actualidad (**ver gráfico 1**). Esta alza de la natalidad extramarital se explica principalmente por la disminución de la fecundidad entre las mujeres casadas, la estabilización –e incluso incremento– de la fecundidad entre las no casadas y el aumento de las no casadas en relación con las casadas (Larrañaga 2006). Es importante resaltar que la fecundidad extramarital se concentra, sobre todo, en los primeros hijos, siendo más frecuente la natalidad dentro del matrimonio a partir del segundo hijo (INE 2005).

Gráfico 1. Evolución de la natalidad extramarital en Chile, 1930-2003



Fuente: Desde 1930 a 1965 en: Mamalakis, M. (1980), «Historical Statistics of Chile. Vol.2», *Demography and Labor Force*, Westport, CT; London, England: Greenwood Press. Citado en: Valenzuela, S. (2006), «Democracia familiar y desarrollo: Chile y Suecia desde 1914», en: Valenzuela, S.; Tironi, E. y T.Scully (eds.), *El eslabón perdido.* Familia, modernización y bienestar en Chile, Taurus: Santiago de Chile (pp.97-136). Desde 1970 a 2003: Anuarios de Demografía del INE, citado en: Larrañaga, O. (2006), «Comportamientos reproductivos y natalidad, 1960-2003». Citado en Valenzuela, S. (2006), *op.cit.* (pp.137-176).

Gráfico 2. Tasa de participación laboral según sexo. Chile 1990-2003



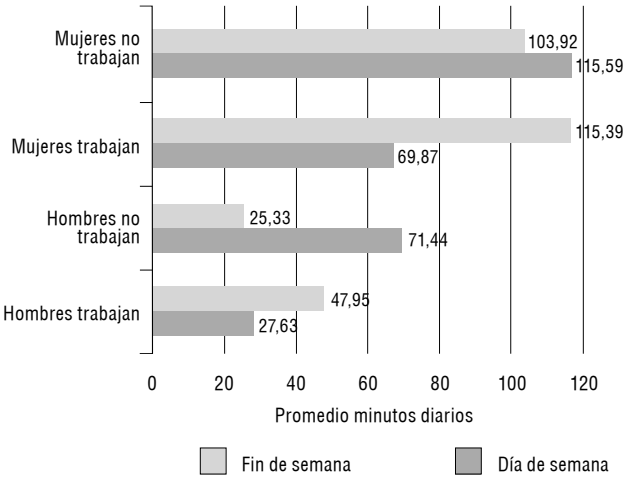
Fuente: Tabulaciones propias de las bases de datos de las respectivas Encuestas Casen 1990-2003.

Nota: La tasa de participación laboral es el cuociente entre el número de activos (ocupados y desocupados) sobre la respectiva población económicamente activa (en hombres: 15 a 64 años; mujeres, 15 a 59 años).

Respecto de la inserción laboral de las mujeres en edad activa, ésta es más baja que la de los hombres (que se ha mantenido relativamente estable en alrededor del 80%), aunque registró una leve alza entre 1990 y 2003 (pasó de un 38,6% a un 47,9%) (**ver gráfico 2**). Y si bien ha aumentado la participación laboral femenina, este incremento no ha sido tan explosivo como podría pensarse debido a que las condiciones de estabilidad económica han permitido que algunas madres puedan 'elegir' si trabajan o no. De hecho, se ha comprobado que cuando las mujeres son madres y tienen una pareja que trabaja remuneradamente, es menos probable que ingresen al mundo laboral (Herrera et al. 2006).

Los efectos del trabajo de la madre sobre el funcionamiento familiar no están claramente comprobados. No obstante, el efecto más claro es la disminución del tiempo que pasa con sus hijos. A partir de los datos de la Encuesta de Uso del Tiempo (DESUC 1999) se constata que la disminución del tiempo con los hijos se produce principalmente cuando se tiene niños menores de cinco años: en ese período las madres que trabajan están alrededor de una hora diaria menos con sus pequeños, en comparación con las que no trabajan (**ver gráfico 3**)[1]. En general, se ha demostrado que la mayor inversión en horas laborales de parte de las madres no es compensada con una mayor inversión en tiempo doméstico y cuidado de los hijos por parte de los padres (Valenzuela y Herrera 2006), sino que estas tareas son realizadas por el servicio doméstico (a mayor nivel socioeconómico) o por los abuelos, que en Chile siguen teniendo un papel preponderante en el cuidado de nietos, especialmente cuando la madre trabaja jornada completa y es de un menor nivel socioeconómico (Herrera et al. 2006).

Gráfico 3. Uso del tiempo en cuidado de niños como actividad principal, según sexo y situación laboral
Santiago, Chile, 1999 (promedio minutos diarios)
(base: padres y madres con hijos menores de 5 años)



Fuente: Encuesta Uso del Tiempo (DESUC 1999). Base: padres y madres que encabezan sus hogares (jefes o parejas del jefe de hogar).

1. Las diferencias en el uso del tiempo entre madres trabajadoras y dueñas de casa cuando se tiene hijos de cinco años o más no son estadísticamente significativas.

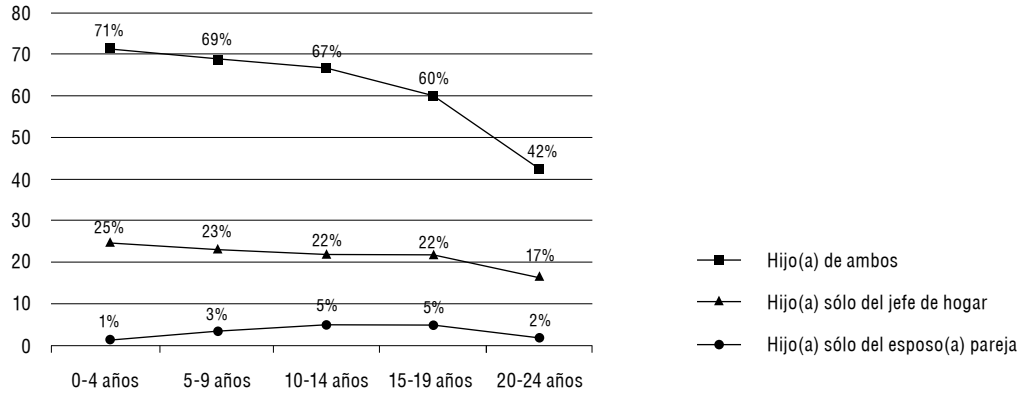
Los efectos del trabajo de la madre en el nivel de logro de los hijos y en la presencia de conductas desviadas, son ambiguos. El trabajo de la madre puede significar que, al estar menos tiempo con los hijos, ve reducido su control de lo que ellos hacen, lo que redundaría en mayores probabilidades de conductas desviadas y menor rendimiento escolar. También se ha sostenido que el trabajo de la madre puede derivar en un empeoramiento de la calidad de los vínculos materno-filiales y en sentimientos de mayor inseguridad (Morgan y Rindfuss 1999). No obstante, en Chile no se ha encontrado una asociación significativa entre trabajo de la madre y percepciones negativas acerca de la calidad de las relaciones entre madres e hijos (Herrera et al. 2006).

Sin embargo, también se puede plantear una hipótesis alternativa: que el trabajo de la madre repercute positivamente en los hijos. Por ejemplo, puede provocar que la mujer tenga mayor autoestima y mejores conocimientos para educar a sus niños, influyendo de manera favorable en ellos. El hecho de que la madre trabaje se relaciona, además, con una inserción más temprana de los hijos en el sistema escolar, lo que puede contribuir al desarrollo de habilidades cognitivas y sociales en los niños (Morgan y Rindfuss 1999), especialmente cuando pertenecen a contextos familiares desaventajados. Como ejemplo de la ambigüedad de la relación entre trabajo de la madre y rendimiento de los hijos, Camhi y Arbola (2007) constataron que, una vez que se controla por nivel socioeconómico[2], el trabajo de la mujer no tiene efectos importantes en términos de los puntajes en la Prueba SIMCE de Lenguaje y Matemáticas en Chile.

Revisemos ahora el tercer cambio mencionado: ¿viven menos los hijos con sus padres? La última Encuesta CASEN 2006 distinguió en los núcleos familiares la relación específica de filiación en términos de si son hijos de ambos padres, sólo del jefe/a de hogar, o sólo de la pareja del jefe/a de hogar. A partir de esto se ha estimado la proporción de hijos que viven con ambos padres. En el **gráfico 4** se constata que hasta los 14 años alrededor de un 70% de los niños vive con ambos progenitores y poco menos de un cuarto, sólo con uno de ellos, generalmente el padre. ¿Ha variado esto a través del tiempo? Este tipo de información no ha sido obtenida de forma regular a través de censos ni de encuesta a hogares, porque al calificar las relaciones de parentesco en las familias no se distingue el vínculo biológico de los hijos respecto de los jefes de hogar y parejas. La única referencia anterior es la que otorga la Encuesta Nacional de Familia (ENF 1998), cuyos resultados son bastante consistentes con los de la Encuesta

2. Hay que controlar por nivel socioeconómico, porque existe relación entre mayor educación y mayor probabilidad de inserción laboral femenina.

Gráfico 4. Porcentaje de niños y jóvenes que viven en Chile con ambos padres o con sólo uno de ellos, según edad
(relaciones de parentesco respecto del jefe de núcleo)



Fuente: Elaboración propia con Encuesta Casen 2006.

CASEN 2006. En el **gráfico 5** se puede observar que la mayoría de las familias con hijos están compuestas por padre y madre solamente con hijos de ambos, cifra que ha disminuido levemente entre 1998 y 2006 (de 73% a 69%)[3]. Los hogares recompuestos, formados por parejas donde al menos uno de los hijos no es de ambos, se han mantenido constantes en un 8%. Lo que aparentemente ha aumentado es la proporción de familias monoparentales (de 19% a 22%), situación que se relaciona con un incremento de las madres solteras y la consiguiente alza de la jefatura de hogar femenina.

La estructura familiar es un tema de relevancia, dado que la presencia de ambos padres parece vincularse con logros más positivos de parte de los hijos. Así, se ha observado que la presencia de ambos progenitores se relaciona con mejores resultados en las pruebas SIMCE de Lenguaje y Matemáticas, especialmente en los estratos socioeconómicos más bajos. De igual forma, los abuelos pueden constituir una importante fuente de apoyo en el caso de que falte el padre (Camhi y Arzola 2007).

Respecto de los efectos sobre conductas de riesgo de los jóvenes, si bien un estudio sobre consumo de drogas en Chile muestra alguna asociación entre vivir con ambos padres y registrar menor consumo que el que se observa cuando se vive sólo con alguno de ellos, la relación no es concluyente, siendo más importante el grado de involucramiento y la calidad de las relaciones entre padres e hijos (Valenzuela 2007). De manera similar, Hein y Farren (2007) evaluaron que la estructura familiar tiene poca importancia en la presencia de conductas de riesgo entre los adolescentes chilenos. De hecho, constataron que las características de funcionamiento familiar son más relevantes en este sentido.

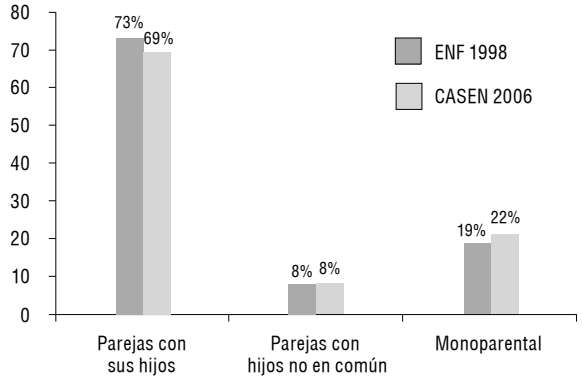
Pese a que en Chile la mayoría de los hijos vive hoy con sus padres (Gubbins et al. 2004), se vislumbra un aparente deterioro del control que ejercen los progenitores sobre sus hijos. Precisamente en este punto centraré mi presentación, intentando dar cuenta de los cambios que se han producido en el ejercicio de la autoridad paterna, en los hábitos de cuidado parental y en los estilos de los progenitores. Las preguntas que guiarán esta exposición son: ¿Es posible afirmar que efectivamente ha ocurrido en Chile un deterioro de la autoridad paterna?, ¿se ha dado de la misma manera en todos los grupos socioeconómicos?, ¿qué factores pueden explicar el deterioro de la autoridad paterna?, ¿la disciplina paterna está siendo reemplazada por la disciplina materna?, ¿cuáles son los hábitos de cuidado parental más comunes entre los padres chilenos? ¿cuáles han variado?, ¿hay diferencias entre lo que declaran los padres respecto de las madres?, ¿qué percepciones tienen los padres acerca de cómo educar a los hijos?, ¿varían por edad o nivel socioeconómico?

Disciplina parental

Al parecer, la disciplina está siendo un asunto más compartido entre los cónyuges. Según la Encuesta Bicentenario 2007, un 53% de los padres (hombres) con hijos reconoce que ambos (padre y madre) ejercen habitualmente la disciplina en el hogar; un cuarto admite que sólo el padre; un 18% que únicamente la madre, y apenas un 4% dice que ninguno de los dos (**gráfico 6**). En comparación con quiénes ponían la disciplina en la familia en

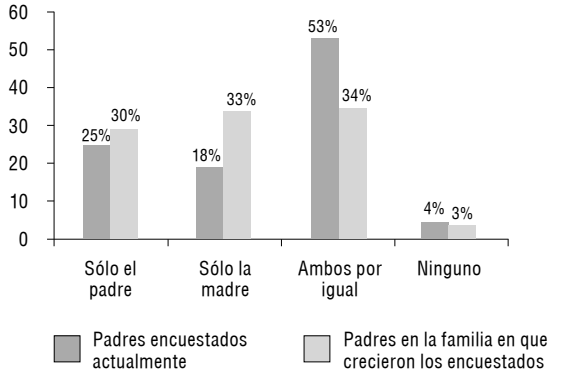
3. Este cambio puede ser insignificante desde un punto de vista estadístico.

Gráfico 5. Composición de las familias, según filiación respecto del jefe de hogar y su pareja
(base: familias con hijos)



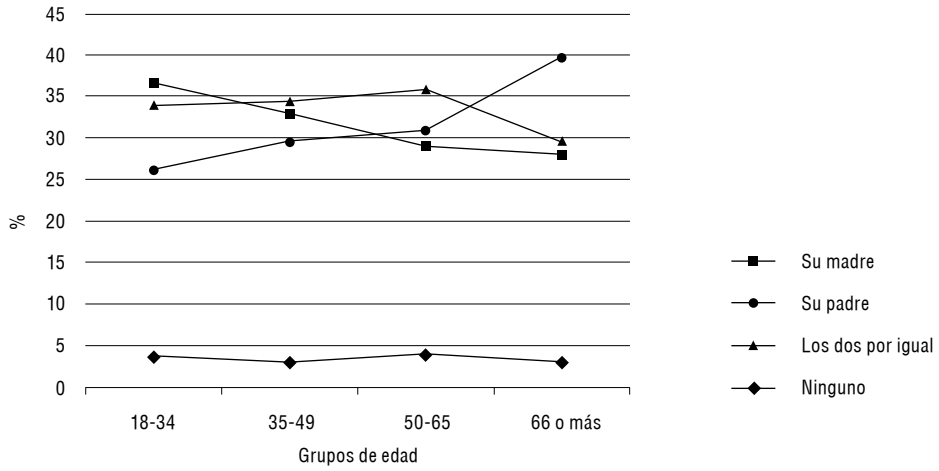
Fuente: Elaboración propia con datos de la Encuesta Nacional de Familia 1998 (Instituto de Sociología UC) y Encuesta Casen 2006.

Gráfico 6. Quiénes ejercen habitualmente la disciplina



Unidad de análisis: Declaraciones del encuestado respecto de «padres encuestados actualmente» corresponden a padres hombres. Declaraciones acerca de los «padres en la familia en que crecieron los encuestados» corresponden al total de la muestra. **Fuente:** Encuesta Nacional Bicentenario Universidad Católica - Adimark 2007.

Gráfico 7. Quién ejercía la disciplina en la familia donde creció, según edad



Fuente: Encuesta Nacional Bicentenario Universidad Católica - Adimark 2007.

que crecieron los encuestados, se reconoce más la primacía de sólo uno de los progenitores (33% la madre, 30% el padre) versus un tercio que afirma «ambos por igual» (siendo minoritarias las respuestas «ninguno»)[4].

En este sentido, es importante destacar que los padres no están abandonando el ejercicio de la disciplina hacia los hijos, sino que la primacía del padre está siendo reemplazada por compartir esta tarea con la madre o bien (y éste ha sido el principal cambio a través del tiempo) la madre ha empezado a tener la primacía en el ejercicio de la disciplina. Esta evolución se observa claramente en el **gráfico 7**, que muestra quiénes ponían la disciplina en las familias donde crecieron los encuestados, según grupos de edad. Es así como entre los más jóvenes (18-34 años) la preponderancia de la madre está por sobre el compartir esta tarea y bastante por encima de la primacía del padre. Entre los mayores de 65 años, en cambio, el padre era quien ejercía principalmente la disciplina y la preeminencia de la madre estaba por debajo del compartir la tarea.

En la **Tabla 1** se contabiliza el porcentaje de padres y madres ausentes desde el punto de vista del ejercicio de la disciplina, distinguiendo las opiniones que realizan los propios padres encuestados sobre sus hijos y el total de la muestra respecto de la familia en que crecieron, se-

4. Esta pregunta se realizó a la totalidad de la muestra.

Tabla 1. Ausencia de disciplina ejercida por padres y madres, según edad
(comparación entre reportes de los propios padres y del total de la muestra respecto de la familia en que crecieron)

		Grupos de edad				
		18-34	35-49	50-65	66 o más	TOTAL
Evaluación de parte de los padres de la disciplina que ejercen hacia sus hijos (sólo padres hombres)	Padres ausentes	27%	24%	19%	17%	22%
	Madres ausentes	23%	29%	27%	44%	30%
Evaluación de los encuestados acerca de quién ejercía disciplina en la familia donde crecieron (toda la muestra)	Padres ausentes	40%	36%	33%	31%	36%
	Madres ausentes	30%	33%	35%	43%	33%

Nota: Se considera ausente cuando no ejerce la disciplina ni por sí solo ni en conjunto con la pareja.
Fuente: Encuesta Nacional Bicentenario Universidad Católica - Adimark 2007.

gún edad de los entrevistados. Lo primero a resaltar es que el reconocimiento de sí mismo como padre ausente es menor al que le asignan a sus propios progenitores. Aunque esto puede reflejar un hecho real –que los padres están hoy menos ausentes de lo que lo estuvieron sus propios progenitores– lo más probable es que no sea así, porque si se analizan las tendencias en el tiempo (por grupos de edad), se observa que el porcentaje de padres ausentes aumenta en las generaciones más jóvenes. Estos cambios, en todo caso, se vienen observando desde hace varios años y se presentan, tanto en la propia evaluación que hacen los padres de sí mismos, como de la familia en que crecieron.

En el reporte de la ausencia de la madre hay mayor coincidencia al comparar la situación actual con la de la familia en que se criaron los entrevistados. Si bien en un tercio de la muestra se reconoce una carencia de la madre en el ejercicio de la disciplina, esto ha variado sustancialmente a través del tiempo, pues mientras un 43% de los adultos mayores admite una falta materna, entre los más jóvenes esto cae a un 30%. Además, se invierten las tendencias al comparar padres y madres, pues la ausencia paterna es menor que la de la madre entre los mayores (31%), siendo superior entre los jóvenes la ausencia del padre (40%). Es decir, el declive de la autoridad paterna tiene como contraparte un acrecentamiento de la autoridad materna.

¿Qué factores pueden explicar este declive de la autoridad paterna? Se podría pensar que al aumentar los hijos que nacen fuera del matrimonio, es mayor la proporción de niños que viven sin sus padres. Sin embargo, los datos mostrados no dan indicios claros de un cambio explícito en términos de que los niños vivan menos con sus padres, pues el aumento de la natalidad extramarital responde, en parte, a un aumento de las convivencias. Incluso, el declive de la autoridad paterna parece estar dándose en los hogares donde viven ambos padres juntos, como puede observarse en la **Tabla 2**.

Uno de los factores que incide enormemente en el tipo de disciplina parental es la experiencia que tuvieron los padres encuestados respecto de la familia en que crecieron (**Tabla 3**). De esta forma, en los casos en que sólo el

Tabla 2. Ausencia de disciplina ejercida por padres y madres, según edad, distinguiendo por estado civil (reportes de los propios padres)

		Grupos de edad				
		18-34	35-49	50-65	66 o más	TOTAL
Evaluación de parte de los padres respecto de la disciplina que ejercen hacia sus hijos (total padres hombres)	Padres ausentes	27%	24%	19%	17%	22%
	Madres ausentes	23%	29%	27%	44%	30%
Evaluación de parte de los padres respecto de la disciplina que ejercen hacia sus hijos (sólo padres hombres casados que viven con sus cónyuges)	Padres ausentes	29%	19%	19%	13%	19%
	Madres ausentes	13%	23%	20%	32%	22%

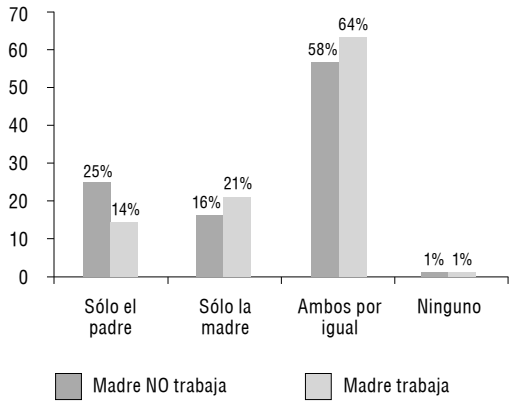
Nota: Se considera ausente cuando no ejerce la disciplina ni por sí solo ni en conjunto con la pareja.
Fuente: Encuesta Nacional Bicentenario Universidad Católica - Adimark 2007.

Tabla 3. Disciplina actual ejercida por padres, según experiencia de quiénes ejercieron disciplina en la familia en que crecieron (base: padres)

		Quiénes ejercieron la disciplina en la familia en que crecieron				
		Su padre	Su madre	Los dos por igual	Niguno	TOTAL
Disciplina actual ejercida por los padres	Ud. Mismo (padre)	40%	22%	14%	28%	25%
	Su pareja (madre)	16%	23%	13%	30%	18%
	Ambos por igual	39%	51%	70%	35%	53%
	Ninguno	6%	4%	3%	7%	4%
	Total	100% N= 185	100% N= 154	100% N= 183	100% N= 22	100% N= 544
	(% fila)	30%	33%	34%	3%	

Fuente: Encuesta Nacional Bicentenario Universidad Católica - Adimark 2007.

Gráfico 8. Quiénes ponen habitualmente la disciplina, según situación laboral de la madre (base: padres)



Fuente: Encuesta Nacional Bicentenario Universidad Católica - Adimark 2007.

padre impuso la disciplina en el hogar, es más probable que cuando los hijos se convierten en padres la ejerzan también por sí mismos. En igual sentido se transmiten las experiencias de ejercicio conjunto, sólo de la madre o de parte de ninguno.

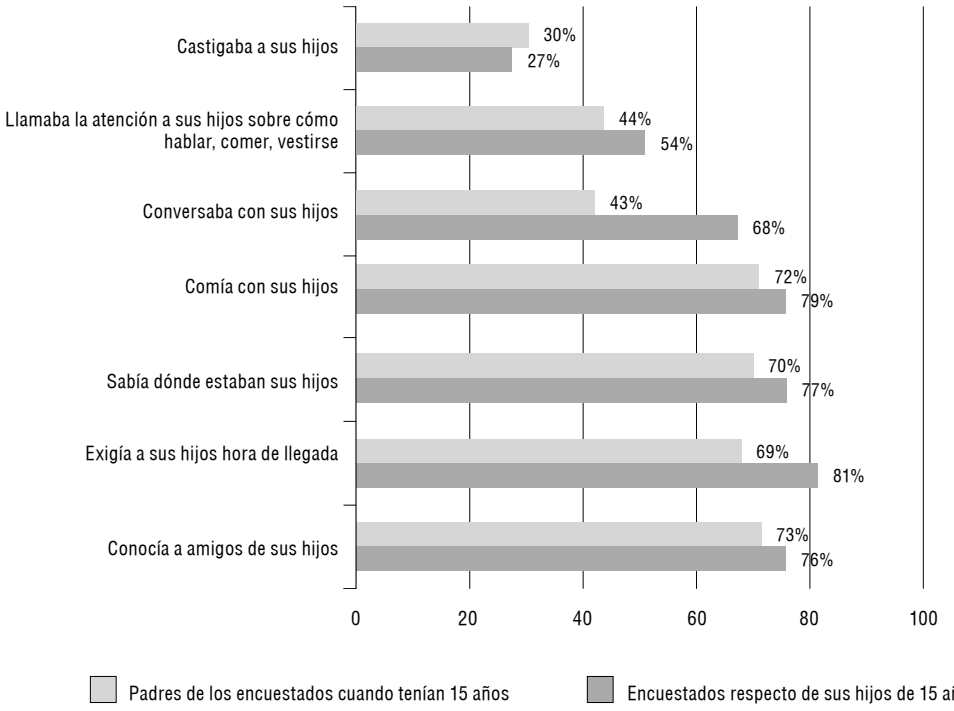
Otra hipótesis es que las diferencias educativas entre padres e hijos puedan explicar el que los padres tengan menos injerencia sobre la educación y la consiguiente disciplina de los hijos. La figura maternal estaría menos propensa a depender de los ciclos educativos y parece relacionarse más con su situación productiva. Es así como en las familias donde la madre trabaja, el ejercicio de la disciplina es más compartido e incluso realizado sólo por la madre (**gráfico 8**).

Hábitos de cuidado parental

Los hábitos de cuidado parental se reconocen como decisivos en el control de conductas desviadas de los hijos. En Chile, por ejemplo, se ha constatado que a mayor involucramiento de los padres, menores son las probabilidades de consumo de drogas entre los escolares de octavo básico a cuarto medio (Valenzuela 2007).

La disminución de la disciplina paterna no parece estar relacionada con un descuido en la realización de un conjunto de hábitos parentales. En el **gráfico 9** se muestra la lista de hábitos de cuidado parental por los cuales

Gráfico 9. Hábitos de cuidado parental, según declaración actual de padres respecto de sus hijos y de experiencia en el hogar en que crecieron



Unidad de análisis: Declaraciones del encuestado respecto de sus hijos de 15 años corresponden a padres que han tenido alguna vez hijos de 15 años. Declaraciones acerca de los padres de los encuestados cuando tenían 15 años corresponden al total de la muestra.

Fuente: Encuesta Nacional Bicentenario Universidad Católica - Adimark 2007.

se preguntó en la Encuesta Bicentenario, comparando las declaraciones de los entrevistados que son padres respecto de sus hijos de 15 años, con la experiencia de cuidados que tuvieron los propios encuestados cuando ellos tenían esa edad. De acuerdo a los resultados, y con la sola excepción del castigo, todas las actividades aparecen como más declaradas por los padres actuales en relación a lo que fueron sus propias experiencias. Esto podría indicar que se está frente a conductas de cierta manera deseadas socialmente, en especial el hábito de conversar con los hijos.

Si bien es esperable que la costumbre de conversar con los hijos sea muy valorada (incluso más que antes), hay otras actividades que se podría esperar que hubiesen disminuido, debido a cambios culturales que van en la dirección de reprobar ciertos hábitos parentales más autoritarios, como castigar a los hijos, llamarles la atención sobre cómo hablar, comer o vestirse o exigirles una hora de llegada.

El primero de ellos claramente está deslegitimando desde hace bastante tiempo, considerando que ya era ejercido por menos de un tercio de los padres de los encuestados. Además, al comparar por edad de los entrevistados, esta conducta es una de las pocas notoriamente menos mencionada por los jóvenes (18-34 años) versus el resto de las generaciones (**gráfico 10**). Y aunque la acción de llamar la atención sobre la forma de hablar, comer o vestir también tenía una relativa menor presencia en Chile, es más mencionada en las declaraciones de los actuales padres que en las familias en que crecieron. No existen, de todas formas, diferencias estadísticamente significativas por edad.

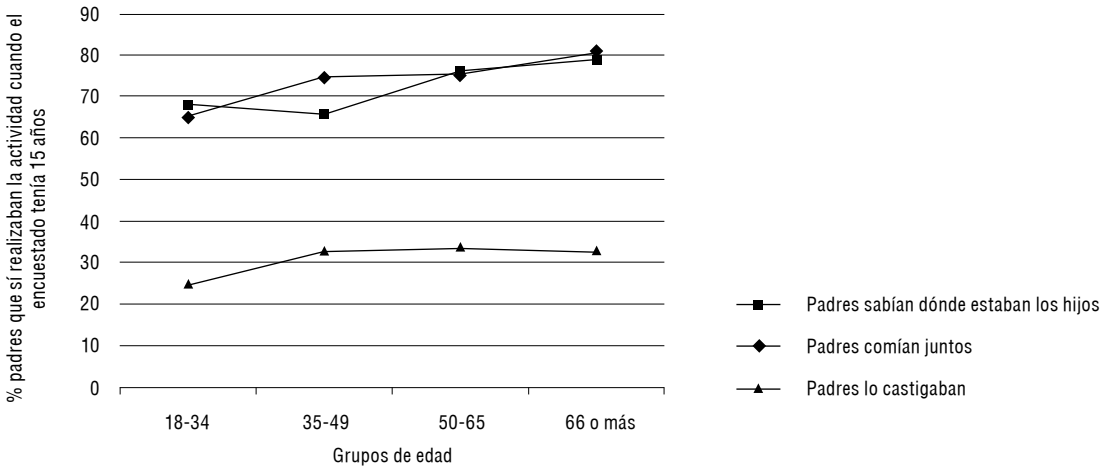
Adicionalmente, es necesario recalcar la gran proporción de hábitos parentales relacionados con el control del círculo de amistades de los hijos (saber dónde están, conocer a sus amigos o exigirles una hora de llegada), lo que nos indica que estamos lejos de una situación de descuido por parte de los progenitores. Estas actividades se relacionan con la costumbre de comer juntos que, de todas formas, ha ido disminuyendo a lo largo de las generaciones (**gráfico 10**). En su conjunto, estos hábitos son más mencionados por las madres que por los padres (**gráfico 11**). A su vez, ciertas costumbres se diferencian según el sexo de los hijos. Por ejemplo, las mujeres señalan más el control relacionado con las salidas fuera de la casa («padres saben dónde estaban», «padres le exigían hora de llegada», «padres lo/la castigaban») (**gráfico 11**).

Estilos parentales

La Encuesta Bicentenario también indagó en los modelos de educación de los hijos, distinguiendo básicamente entre una formación paternalista, protectora, sancionadora; y otra de corte más liberal, que da mayor independencia y autonomía a los hijos.

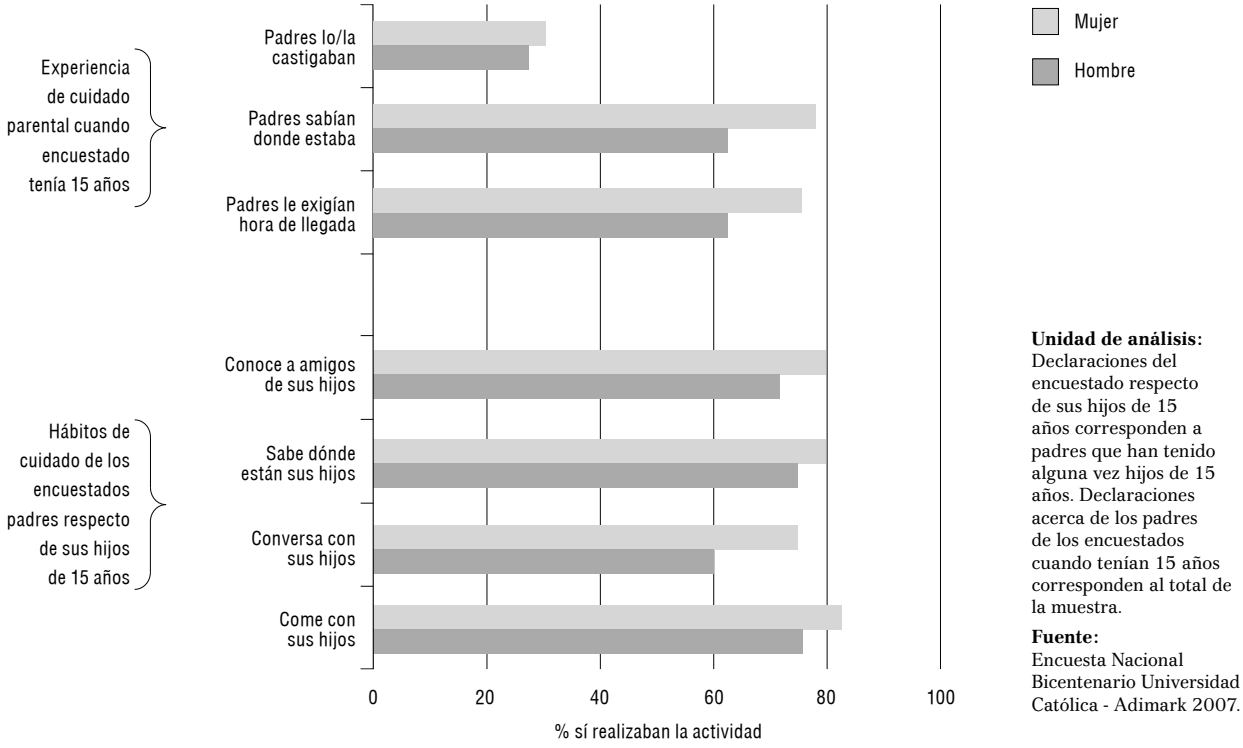
En el **gráfico 12** podemos constatar que en casi todas las alternativas los encuestados se inclinan más por el

Gráfico 10. Principales cambios en los hábitos de cuidado parental, según edad



Fuente: Encuesta Nacional Bicentenario Universidad Católica - Adimark 2007.

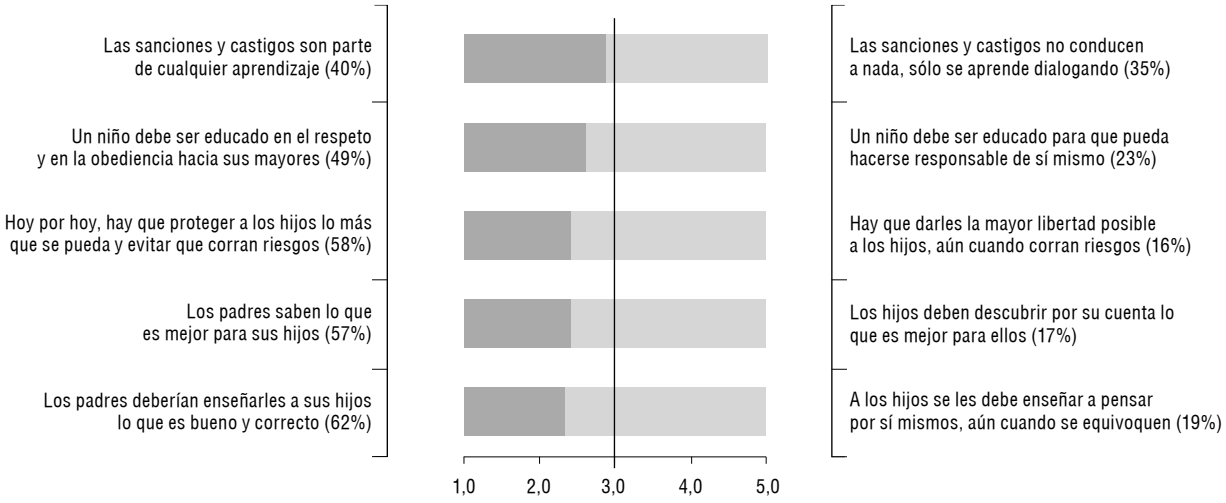
Gráfico 11. Principales diferencias en los hábitos de cuidado parental, según sexo



Unidad de análisis: Declaraciones del encuestado respecto de sus hijos de 15 años corresponden a padres que han tenido alguna vez hijos de 15 años. Declaraciones acerca de los padres de los encuestados cuando tenían 15 años corresponden al total de la muestra.

Fuente: Encuesta Nacional Bicentenario Universidad Católica - Adimark 2007.

Gráfico 12. Estilos parentales



Nota: Las barras corresponden a los promedios en las preguntas que van de 1 a 5, según cercanía con cada uno de los polos respectivos. Entre paréntesis se indica el porcentaje de respuestas más cercanas a cada polo: respuestas 1 y 2 de las afirmaciones de la izquierda y respuestas 4 y 5 de las afirmaciones de la derecha.

Fuente: Encuesta Nacional Bicentenario Universidad Católica - Adimark 2007.

polo paternalista, a excepción de los castigos: 40% está de acuerdo con ellos versus un 35% que piensa que «las sanciones y castigos no conducen a nada, sólo se aprende dialogando». La afirmación que tiene más consenso es que «los padres deberían enseñarles a sus hijos lo que es bueno y correcto», con un 63% de acuerdo, seguida muy de cerca por «los padres saben lo que es mejor para sus hijos» y «hoy por hoy hay que proteger a los hijos lo más que se pueda y evitar que corran riesgos». Pese a lo anterior, los jóvenes están más a favor de posiciones individualistas en la educación de los hijos (**gráfico 13**), situación que puede obedecer a que todavía no se han convertido en padres y que, al estar viviendo en condiciones de dependencia económica de sus progenitores, tienen una mayor aspiración de autonomía.

La formación en el respeto y en la obediencia hacia los mayores versus la opinión de que «un niño debe ser educado para que pueda hacerse responsable de sí mismo» es apoyada por casi la mitad de la muestra. En todo caso, es una de las actividades que más varía según edad, en el sentido de que las generaciones jóvenes están más a favor del polo de la responsabilidad. Este cambio a favor de una educación basada en la responsabilidad es un fenómeno que también ha ocurrido en otros países desarrollados y se relaciona especialmente con el aumento de la incorporación de las mujeres en el mercado laboral, pues en la medida que éstas pasan menos tiempo con los hijos, inculcan en ellos el valor de la responsabilidad (Herrera 2007). De ahí que este dato no debe leerse como una pérdida del respeto hacia las personas mayores.

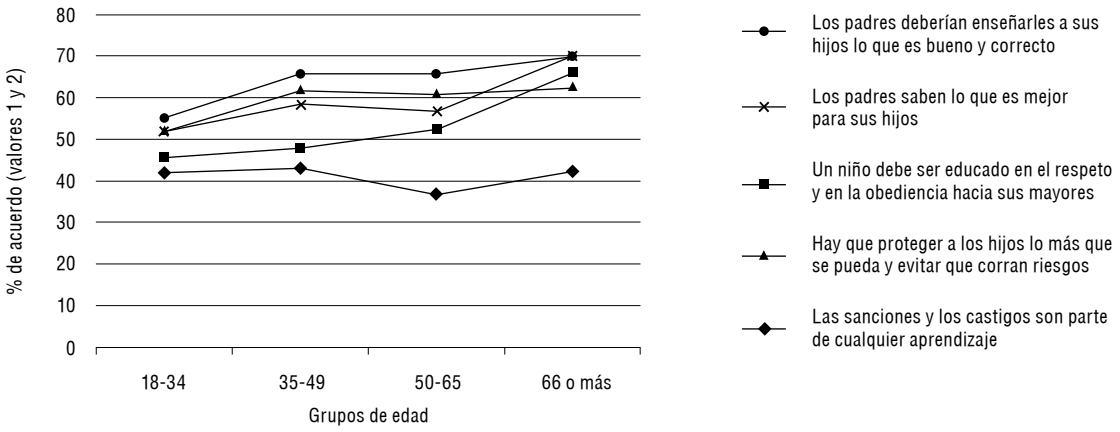
Conclusiones

En términos generales, los resultados de la Encuesta Nacional Bicentenario Universidad Católica-Adimark 2007 muestran bastante estabilidad en los hábitos y estilos parentales y una fuerte importancia del control parental sobre los hijos, aunque no necesariamente a través de la imposición de castigos y sanciones, sino por medio de la comunicación y el conocimiento del círculo más cercano en que ellos se desenvuelven. Si bien la mayoría de los padres declara saber dónde están sus hijos y quiénes son sus amigos, el declive del hábito de comer juntos debe observarse con cautela, en la medida que se relaciona con una mayor probabilidad de tener buena comunicación padre-hijo.

Los chilenos también están más de acuerdo en que son los progenitores quienes deben guiar a los hijos, tanto normativa como conductualmente, pero inculcando el valor de la responsabilidad. En este sentido, el estilo ideal de una familia chilena es aquélla en que los padres tienen fuerte preponderancia en guiar y controlar lo que hacen sus hijos, pero intentan propiciar una adecuada comunicación paterno-filial, dejando que los hijos decidan responsablemente en ciertos ámbitos, antes que imponerles castigos y sanciones.

Pese a que estos hábitos y opiniones acerca de la crianza indican cierta solidez de la función de cuidado parental, no se desprende la misma conclusión al estudiar las declaraciones sobre el ejercicio de la disciplina parental que muestran un claro declive de la autoridad paterna.

Gráfico 13. Principales cambios en los hábitos de cuidado parental, según edad



Fuente: Encuesta Nacional Bicentenario Universidad Católica - Adimark 2007.

En los resultados de la Encuesta Bicentenario no se encontraron correlaciones estadísticamente significativas entre hábitos, estilos y disciplina.

El deterioro de la disciplina masculina se explica, en parte, por las diferencias de educación entre padres e hijos y por el aumento de la incorporación laboral de las mujeres. No obstante, queda por comprender mejor estos resultados: ¿en qué medida estos cambios se relacionan con transformaciones culturales de más amplio alcance en Chile? Si la falta de disciplina paterna se transmite intergeneracionalmente y en los más jóvenes existe menor disciplina paterna, ¿es posible hipotetizar que la tendencia de declive de la autoridad paterna se agudizará? Por el contrario, si con la expansión educativa se espera que en el futuro se acorten las brechas entre padres e hijos, ¿es posible predecir que se detendrá la tendencia de disminución de la disciplina paterna?

Por último, sería interesante seguir estudiando en profundidad estos fenómenos y descubrir qué entienden efectivamente los encuestados por disciplina, ya que es probable que la interpreten principalmente como el ejercicio de autoridad a través de castigos y sanciones, algo que ha ido declinando en el tiempo.

Referencias

- **Camhi, R., & Arzola, M. E.** (2007). «Familia y logros escolares». R. Camhi (ed.), *Familia y felicidad, un círculo virtuoso*. Santiago, Ediciones Libertad y Desarrollo: 143-175.
- **DESUC.** (1999). *Encuesta sobre uso del tiempo*. Santiago. Encuesta sobre el uso del tiempo y tecnologías de la comunicación llevada a cabo por el Instituto de Estudios Mediales (IEM) y la Dirección de Estudios Sociológicos de la Pontificia. Universidad Católica de Chile (Desuc).
- **ENF.** (1998). *Resultados Encuesta Nacional de Familia*. Chile, Instituto de Sociología Pontificia Universidad Católica de Chile y Fundación de Familias por la Familia.
- **Gubbins, V., Browne, F., y Bagnara, A.** (2004). «Familia: innovaciones y desafíos. Las familias chilenas en la década 1992-2002». INE (ed.). *Cómo ha cambiado la vida de los chilenos...Análisis comparativo de las condiciones de vida en los hogares con menor bienestar socioeconómico (Censos 1992-2002)*. Santiago, Instituto Nacional de Estadísticas: 191-249.
- **Hein, A., y Farren, D.** (2007). «Familia y conductas de riesgo juvenil». R. Camhi (ed.), *Familia y felicidad, un círculo virtuoso*. Santiago, Ediciones Libertad y Desarrollo: 211-259.
- **Herrera, M. S.** (2007). *Individualización social y cambios demográficos: ¿Hacia una segunda transición demográfica?* Madrid, CIS (Colección Monografías 232).
- **Herrera, M. S., Valenzuela, E., Araos, C., y Montt, G.** (2006). «Revisión de la relación entre familia, mujer y trabajo en Chile, *CELAM*». *Académicos UC. Investigaciones para que nuestros pueblos tengan vida*. Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile: 387-429.
- **INE.** (2005). *Anuario de estadísticas vitales 2003*. Santiago, Instituto Nacional de Estadísticas.
- **Larrañaga, O.** (2006). «Comportamientos reproductivos y fertilidad, 1960-2003». J. S. Valenzuela, E. Tironi y T. Scully (eds.). *El eslabón perdido. Familia, modernización y bienestar en Chile*. Santiago, Taurus: 137-176.
- **MIDEPLAN.** (2007). *Casen 2006: Familias*. Santiago, Ministerio de Planificación.
- **Morgan, P., y Rindfuss, R.** (1999). «Reexamining the link of early childbearing to marriage and to subsequent fertility». *Demography*, 36 (1): 59-75.
- **Valenzuela, E.** (2007). «Padres involucrados y uso de drogas». R. Camhi (ed.), *Familia y felicidad, un círculo virtuoso*. Santiago, Ediciones Libertad y Desarrollo: 179-209.
- **Valenzuela, E., y Herrera, S.** (2006). Tiempo, trabajo y familia. J. S. Valenzuela, E. Tirón y T. Scully (eds.), *El eslabón perdido. Familia, modernización y bienestar en Chile*. Santiago, Taurus: 265-288.

Comentarios

JUAN ANTONIO COLOMA
Senador

La mejor manera de iniciar esta presentación es recomendando que lean entera la Encuesta Nacional Bicentenario Universidad Católica - Adimark 2007. Yo lo hice en familia y descubrí muchas cosas interesantes del alma de nuestro país. Tras esta breve sugerencia, trataré de analizar algunos de los puntos de este sondeo desde la mirada de las políticas públicas y del fortalecimiento de la familia.

Lo primero que me impacta es la cantidad de hijos que nace fuera del matrimonio y, asociado a ello, la pérdida de influencia del padre en la familia. Si comparamos a Chile con otros países, tenemos unos de los índices más altos de niños nacidos fuera del matrimonio, además de uno de los más bajos en cuanto a natalidad, lo que lógicamente hace esperable que la influencia del padre sea menor, dada la configuración real de las familias.

Lo preocupante en este ámbito es que las señales públicas que se han dado no han sido positivas. En la actualidad, ¿cuál es la ventaja para una pareja de casarse? La verdad es que ninguna. Visto desde el punto de vista de los deberes y derechos, en Chile da lo mismo casarse o no. Incluso, en algunas situaciones, es un hecho perjudicial. Por ejemplo, una madre casada que vive en un barrio popular y que quiere inscribir a su hijo en un jardín infantil, tiene hoy menor prioridad que una madre soltera. Entonces, uno comienza a explicarse por qué se producen estas cifras.

Una segunda reflexión en torno a la baja natalidad es que esta tasa se mantiene gracias a los hijos únicos de madres adolescentes, lo cual –desde toda perspectiva– es muy delicado. Otro estudio que realizó la Universidad Católica, y que me llegó hace un par de semanas, aborda el costo de tener hijos. Ahí uno constata que una pareja con más de dos niños tiene que ser casi héroe para decidirse a tener más, porque el Estado simplemente no valora ni estimula a las familias con varios hijos. Es precisamente por ello que junto al diputado Marcelo Forni estamos tratando de impulsar la aprobación legal de un bono para el tercer o cuarto hijo dentro de un matrimonio y así revertir este proceso, tal como lo están haciendo otros países en el mundo.

Un tercer tema apunta al trabajo de la madre. El problema en Chile es que, por las dificultades de horario y armonización de roles, son pocas las mujeres que trabajan. Y quienes lo hacen, trabajan por muchísimas horas, lo que genera un desencuentro familiar inevitable y dañino. De hecho, ante la pregunta de si una mujer que trabaja todo el día puede ver afectada su relación familiar, la mayoría de los entrevistados contesta que sí. Sin duda que nuestro país tiene que dar un paso fundamental hacia la flexibilidad laboral, particularmente desde el punto de vista de la mujer, permitiendo que ésta pueda sentirse más realizada y aporte económicamente al hogar, sin que ello signifique descuidar su rol de madre.

Desde una cuarta perspectiva, resulta conmovedora la alta valoración de los chilenos de la familia. Somos un país de familia y la cuidamos a cualquier precio. En este ámbito, creo que este espacio es propicio para plantear con fuerza el tema de la vivienda ética como una política pública central en el futuro del país. En Chile, el límite mínimo son 38 metros cuadrados por hogar. ¿Alguien cree que en este espacio una familia con padre, madre y dos hijos puede tener intimidad, tertulia y amabilidad?

De ahí, entonces, que este nuevo concepto que proponemos sea tan relevante para revertir muchos de los datos que hoy nos hablan de las difíciles condiciones para sustentar una política de natalidad y de calidad de vida mejor para la familia chilena. Si somos capaces de establecer un mínimo de 50 metros cuadrados para cada casa, estaremos dando una potente y constructiva señal para fortalecer los hogares chilenos.

Por último, una buena noticia, al menos para mí: Chile es una sociedad que cada vez más ha entendido el valor de la vida. Esto es algo que se observa claramente en la negativa que los entrevistados manifiestan en torno a legislar a favor del aborto, ya que la gente comprende que es una solución inaceptable. En ese sentido, y contra muchas voces que se han alzado en Chile, se observa un fortalecimiento valórico que se traduce en este índice y que nos recompensa enormemente como sociedad, cuestión de la que tenemos que sentirnos orgullosos.

RICARDO CAPPONI
Psiquiatra y psicoanalista

Aunque son muchos los temas que se podrían abordar a propósito de la Encuesta Nacional Bicentenario Universidad Católica - Adimark 2007 y de la exposición de Soledad Herrera, por razones de tiempo me centraré en lo relativo a la autoridad de los padres, un debate muy atingente a la preocupación que hoy tenemos por la calidad ética de los ciudadanos, considerando que dicha autoridad define la calidad moral de los hijos.

Al respecto, Soledad Herrera expuso dos conclusiones que me llaman la atención:

1. Se aprecia una estabilidad en los hábitos y estilos parentales. Los padres guían y controlan lo que hacen sus hijos, pero fomentando la comunicación y dejando que decidan con responsabilidad, en vez de imponerles castigos y sanciones. Este logro de nuestra cultura es fruto de un progreso sostenido en los temas de educación, sumado al aporte de la psicología, la psicopedagogía y la sociología, que han decantado la importancia de la comunicación, la contención y el respeto hacia el niño como forma de influir, educar y hacer crecer al otro. Por el contrario, el castigo, el sometimiento, la coerción y la imposición de normas han quedado obsoletas como prácticas útiles en el campo de lo educativo y formativo.
2. Otro fenómeno develado por esta encuesta se refiere al declive de la autoridad paterna versus un incremento de la autoridad materna. El espacio creciente que ha ido tomando el mundo de lo femenino, a pesar de la tensión derivada de la tradición patriarcal machista que se le opone, contribuye cada vez más a la valorización y respeto de la mujer. Lo anterior ha facilitado procesos de integración de los vértices masculinos y femeninos en muchas áreas, entre ellas, las que tienen que ver con la autoridad, la puesta de límites, la interdicción y el ejercicio del poder.

Son varios los elementos que han contribuido a este progreso de nuestra cultura, que se evidencia en el desplazamiento, desde un estilo patriarcal machista, hacia formas más simétricas en la relación hombre y mujer. No sólo la psicología ha favorecido la madurez, sabiduría y creatividad que se logra en la integración de lo masculino-femenino. En ello también han desempeñado un papel clave los movimientos feministas sustentados en los principios de igualdad, libertad y fraternidad proclamados en el siglo XVIII, madurados durante el siglo XIX, y en plena concreción a partir del siglo XX. Hoy es claro que estamos en medio de un período de transición hacia otra forma de autoridad.

En la sociedad patriarcal machista tradicional, el padre representa el mundo externo, el mundo público. Él es quien lo conoce, protege de sus amenazas y obtiene los recursos para la subsistencia familiar. La madre cuida y trabaja en el mundo ya resguardado del hogar, aunque ambos ejercen autoridad sobre sus hijos: el padre en un clima severo, normativo y autoritario, que promueve más el temor a la trasgresión de la norma; y la madre en un clima afectivo, comprensivo y personalizado, que promueve más la responsabilidad personal por la culpa que despierta el hacer daño.

Esta distribución bien perfilada de roles resulta adaptativa en condiciones de vida primitivas, con grandes carencias y peligros, donde la subsistencia requiere que cada uno de los padres se especialice en una función específica y alcance el máximo de eficiencia: el padre en el mundo público; la madre en el hogar. No obstante, cuando nos instalamos en una sociedad que ha resuelto los problemas de sobrevivencia, sus necesidades se desplazan hacia anhelos más sofisticados, como una vida afectiva de pareja plena. Esta pareja, como su nombre lo indica, es simétrica, sin cabida para los sistemas de dominio-sumisión. Lo femenino tiene tanto espacio como lo masculino; la razón reparadora de la mujer es tan importante como la razón instrumental del hombre; y la autoridad, la moral masculina, tiene una interesante contraparte en la forma de autoridad y moral femeninas. Por ende, aspiramos a formar hijos con una buena integración de lo masculino-femenino, lo cual requiere padres que se comunican, contienen, proyectan y aman convincentemente.

Hoy estamos en la transición (probablemente nos va a tomar algunas generaciones) desde una moral fuertemente anclada en sistemas de represión y basada en una autoridad punitiva, donde la motivación al cumplimiento proviene del temor al castigo y la exclusión social; hacia una moral más dialogada, menos impositiva y basada en una autoridad que da razón y sentido al límite. En esta última, la motivación al cumplimiento proviene de un deseo de no fallarle al prójimo, a la sociedad a la que se pertenece, al sentido de vida que se ha construido.

Este período de transición al que aludimos se hace posible sólo en un clima de mayor libertad. Porque es la libertad de elegir lo que marca la diferencia entre una sociedad acostumbrada a cumplir la norma por temor al castigo y una donde el respeto a la norma se basa en la responsabilidad social y personal. En este último caso se actúa libremente; en el primero, no. Ocurre, sin embargo, que esta misma libertad de elegir lleva a algunos a no cumplir la norma ni implementarla de buena manera. Con ello, se crea un clima social plagado de corrupción, abusos, inmoralidad, vandalismo y crimen. Al mismo tiempo, y como consecuencia de dicha libertad bien usada, vemos jóvenes muy bien logrados, con una moral mucho más coherente que sus antepasados, respetuosos en sus relaciones íntimas, solidarios con los que padecen y comprometidos auténticamente con la construcción de un mundo más humano.

En esta turbulencia propia de la transición, la familia –entendida en todas sus modalidades: intacta, separada, monoparental y reconstruida– es la guardiana de una moral de calidad. Los estudios realizados muestran que lo fundamental no parece estar en la estructura de la familia, sino en la calidad de sus vínculos. Esto puede deberse a que recién estamos empezando a concebir una estructura familiar intacta que realmente sobresalga en su capacidad de criar. Cuando esto suceda de manera generalizada –pues hoy dichos hogares son más bien la excepción– podríamos demostrar el real beneficio de la estructura familiar intacta por sobre la separada.

De esta descripción de hechos se desprenden ciertos desafíos:

1. Que el declive de la autoridad paterna no se produzca por abandono de sus funciones, lejanía o dejación. Es decir, que la flojera de tener que preocuparse por la educación de los hijos no lleve al abandono de los sistemas de disciplina autoritaria y ésta se vea reemplazada por alguna forma de libertinaje, lo que tiene graves consecuencias para los jóvenes. El reto es que el autoritarismo paterno dé lugar a una alternativa más respetuosa y promotora de la autorresponsabilidad.
2. Que el acrecentamiento de la autoridad materna no provenga de una marginación y/o descalificación de la figura paterna por parte de la madre, en el marco de esta tensión de poderes entre lo masculino y femenino.

   De los estudios mencionados por Soledad Herrera, hay dos hechos preocupantes en este sentido:

a) Que, en general, se ha demostrado que la mayor inversión en horas laborales de parte de las madres no es compensada por una mayor inversión de tiempo doméstico y de cuidado de los hijos de parte de los padres.
b) Que, tal como lo demuestra la Encuesta Bicentenario, el porcentaje de padres (hombres) ausentes aumenta entre las generaciones más jóvenes.

A modo de conclusión, pienso que dichos desvíos en este interesante camino de transición hacia formas más elaboradas de educación al interior de la familia pueden ser rectificados por medio de una instalación fuerte en nuestra sociedad de lo que hace años vengo señalando como fundamental para un desarrollo sano del niño: la crianza compartida.

PAULINA VILLAGRÁN
Directora de estudios de la Fundación Chile Unido

Lo primero que refleja la Encuesta Bicentenario es la importancia que la familia tiene para los chilenos. No hay duda de que es una institución muy relevante en nuestro país. Los datos de las versiones 2006 y 2007 son exactamente iguales y muestran cómo el 84% de los entrevistados está de acuerdo con que las personas deben permanecer en contacto con su familia más cercana, aún cuando no tengan nada en común. Estas cifras se condicen con un sondeo del Instituto Nacional de la Juventud que establece que, en general, el proyecto de vida de los jóvenes está asociado al de sus familias.

La familia chilena está viviendo varias tensiones en cuanto a su roles. Gran parte de estos conflictos están generados por las exigencias que la propia sociedad y los padres se han impuesto respecto de los papeles que deben desempeñar. Esto redunda en que, por un lado, no saben cómo hacerlo y, por otro, se sienten inseguros. Basta ver algunos titulares de los últimos estudios para darse cuenta de esto: «La familia chilena al diván», «Seis problemas que impactan a la familia chilena» o «Los límites en las vacaciones».

Asimismo, el concepto de 'familia en crisis' está siendo divulgado cada vez más por los medios locales, lo que agrega un elemento adicional a esta tensión que se vive en los hogares. La Encuesta Bicentenario arroja algunos datos sobre esta situación. Ante la pregunta de si la familia se resiente cuando la madre trabaja fuera del hogar y a tiempo completo, el 64% de los encuestados dice estar de acuerdo. Y frente a la afirmación «una madre que trabaja establece un vínculo igual de cercano con sus hijos que una que no trabaja», el 53% está en desacuerdo. Es decir, hay una relación de conflicto entre el tiempo, el trabajo de la mujer y el cuidado de los hijos.

Un estudio del Consejo Nacional de Televisión sobre los jóvenes chilenos, realizado el 2002 y el 2004, que abordó el tiempo que los padres dedican a los hijos, es bastante dramático, porque los hijos señalan que pasan la mitad de las horas que sus padres dicen estar con ellos. Además, este tiempo no supera el 8%, o sea, es absolutamente escaso. Lo anterior se debe a las largas jornadas de trabajo. Es sabido que en Chile se trabaja mucho, pero esto no quiere decir que seamos eficientes. Al final, los padres llegan cansados a sus hogares, por lo que es habitual oír a los niños pedir que sus progenitores estén menos agobiados y que se preocupen más de ellos.

Una segunda tensión apunta a la disciplina y la autoridad parental: mientras la madre asume un rol más protagónico, el padre no sabemos dónde está. Esta situación se puede explicar por la presencia de un excesivo feminismo que ha desplazado al hombre en sus roles más tradicionales. Esto ha ejercido un efecto entre los hombres que claramente se refleja en algunos artículos de prensa, en los que se expone la falta de reconocimiento del rol que cumplen por parte de sus parejas.

Otro fenómeno que influye es el aumento de familias con jefatura femenina en las cuales hay una ausencia real del padre. De hecho, algunos sondeos muestran la existencia de hogares en que un 10% de los niños no conoce a su progenitor. Así, esta segunda tensión entre disciplina y autoridad parental ha traído costos también para la mujer, que se siente insatisfecha en su rol de proveedora y de pareja. De hecho, varias encuestas constatan que, más allá de los beneficios del trabajo femenino, esta realidad ha provocado insatisfacción para las propias madres. Un ejemplo, que se refleja en la Encuesta Bicentenario, es el aumento del 19% al 37% de mujeres con hijos que opinan que si su pareja ganara lo suficiente no trabajarían remuneradamente para así dedicarles más tiempo a los hijos.

Una tercera tensión tiene que ver con el dilema entre lo aspiracional y lo que realmente sucede al interior de las familias. Aquí es necesario hacer una reflexión sobre las diferencias entre Santiago y regiones respecto a hábitos, como comer juntos, que es mantenido por el 66% de los hogares en Santiago frente al 76% en regiones. En tanto, la costumbre de saber dónde están los hijos se observa en un 65% en Santiago versus un 73% en regiones; mientras que conocer a los amigos de los hijos presenta una diferencia de 67% contra 77%. Es decir, en regiones los padres se involucran mucho más en el cuidado de los hijos que quienes viven en Santiago y esto tiene que ver con el tiempo que le dedican al trabajo.

Para terminar, me gustaría rescatar un antecedente que también se observa en la Encuesta Bicentenario y que se refiere a los sacrificios que las personas estarían dispuestas a realizar para mejorar su condición económica.

En los primeros lugares mencionan dejar a los amigos de lado, posponer la decisión de tener hijos o trabajar con menos seguridad laboral, pero mayor sueldo (14%). No obstante, los chilenos no están dispuestos a trabajar en otro lugar y ver reducido el tiempo que pasan en sus hogares, o a trabajar más horas diarias a costa de ver menos a la familia. Es decir, la familia es relevante y no se está dispuesto a seguir sacrificándola.

Todo lo reflexionado anteriormente lleva a plantearse el desafío de fortalecer la familia como institución natural; conciliar de mejor forma hogar y trabajo; fomentar la complementariedad del padre y la madre, más que la competencia; y, por último, rescatar y potenciar la autoridad parental desde el Estado y los medios de comunicación. Tenemos que rescatar esto, porque como ya se ha dicho, es necesario para la sociedad chilena.

Diagnóstico de la conciencia religiosa en Chile

EDUARDO VALENZUELA
Director del Instituto de Sociología UC

En el marco de los resultados de la Encuesta Nacional Bicentenario Universidad Católica-Adimark 2007 procuraré presentar algunos datos relevantes sobre el estado de la conciencia religiosa en Chile. El énfasis estará puesto en una caracterización del mundo católico que vaya más allá de la distinción observante/no observante que se emplea generalmente. Para definir el grupo de católicos se utilizará un método de clasificación que se compone de tres variables:

a) **Identificación religiosa:** proporción de personas que se declaran católicas en la pregunta de identificación religiosa.

b) **Observancia religiosa:** proporción de quienes asisten, al menos, semanalmente a misa, el hábito religioso más característico en el mundo católico.

c) **Pertenencia:** proporción que se considera parte de la Iglesia.

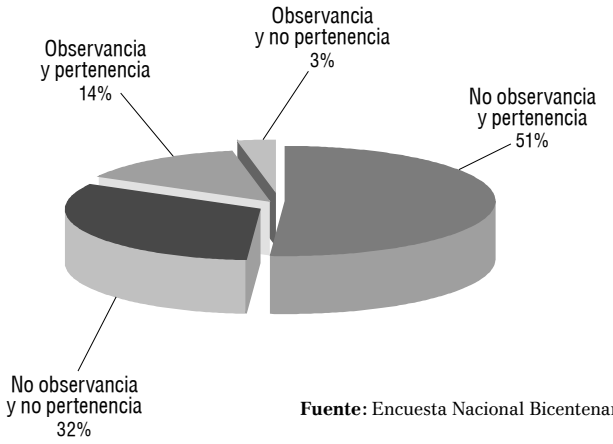
A partir de esta clasificación se observa que el estado general de estas variables es el siguiente: la identificación católica se encuentra declinando suave, pero persistentemente desde hace varios años. De hecho, llega a alrededor de 65% en la última Encuesta Bicentenario, con una identificación evangélica de 17%; una proporción que no opta por ninguna religión de 12%, y un 2% que se declara derechamente ateo/agnóstico. La asistencia regular a misa es habitualmente muy baja. Entre un 15% y 20% de los católicos conserva esta costumbre, mientras que quienes aseguran no ir nunca o casi nunca (salvo con ocasión de bautizos, matrimonios y funerales) alcanzan al 34%. El hábito de asistir regularmente a misa entre los católicos se ha mantenido estable en el último tiempo y se compara muy desfavorablemente con los evangélicos (50%). Las declaraciones de pertenencia, en cambio, se mantienen elevadas, al punto que casi dos tercios de los católicos declaran sentirse parte de su Iglesia y, en este caso, sólo un 20% decididamente no cree estar integrado y marca una desafección ostensible y abierta.

Estructura del mundo católico

Conforme a los criterios anteriores, los católicos se ordenarán en tres grupos:

- **Católico activo:** son católicos observantes, asisten a misa, al menos, una vez por semana y declaran sentirse parte de la iglesia. Es un grupo relativamente pequeño (14% del total de católicos), con mayor presencia de mujeres y adultos y levemente inclinado hacia la derecha en términos políticos. No obstante, es un grupo bastante parejo según nivel socioeconómico, lo que desmiente la impresión de mayor observancia relativa en los estratos altos que han entregado otras encuestas.
- **Católico común:** son católicos no observantes, asisten a misa menos de una vez a la semana, pero afirman sentirse parte de la iglesia. Es el grupo más amplio (alrededor del 50%) y se reparte equitativamente en todas las edades y niveles socioeconómicos.
- **Católico pasivo:** son católicos no observantes, asisten a misa menos de una vez a la semana y no se consideran parte de la Iglesia. Los católicos 'alejados', o 'católicos a mi manera' alcanzan, según este método de clasificación, al 32%, típicamente hombres y jóvenes, con hábitos religiosos mucho más precarios y una clara desafección de la Iglesia. El grupo de católicos observantes que, no obstante, no se siente parte de la Iglesia es un grupo residual, que no se presta para una caracterización precisa.

Grupos católicos ordenados por observancia y pertenencia



Fuente: Encuesta Nacional Bicentenario Universidad Católica - Adimark 2007.

Católico activo

El católico observante y fuertemente adherido a la Iglesia merece el nombre de católico activo. Sus hábitos religiosos son significativos en todos los aspectos y trascienden con mucho a la misa dominical, en particular en oración diaria (71% declara rezar todos los días) y devoción mariana (77% asiste a santuarios marianos al menos una vez al año). La inclusión sacramental también es consistente, sobre todo la comunión (57% declara comulgar, al menos, una vez al mes), aunque la confesión es menos frecuente (62% se confiesa una vez al mes).

Existen otros rasgos de la conciencia religiosa que merecen una consideración adicional. En primer lugar, la actitud hacia la presencia pública de la Iglesia. De hecho, el 67% de los católicos encuestados comparte la afirmación «se debería considerar más a la Iglesia a la hora de tomar decisiones públicas». También la disposición hacia la educación de los hijos en la fe se mantiene alta, al punto que un 57% está interesado en esta formación. La actitud testimonial y misionera, en cambio («personalmente trato de dar testimonio o convencer a otros de mi fe»), alcanza cifras menores (39%) y la orientación decididamente comunitaria y eclesial de la fe («prefiero estar o alabar a Dios a solas antes que como miembro de un grupo») es mucho más vacilante, pues solamente un tercio de estos católicos prefiere esta opción.

¿Hasta qué punto el católico observante ha superado el ritualismo sacramental y la piedad interior? Los datos no son demasiado elocuentes, pero muestran que sólo una cierta proporción de católicos activos logra una fe eclesialmente viva y madura.

Católico común

El católico común conserva hábitos religiosos significativos. Casi la mitad tiene la costumbre de rezar diariamente (43%) y más de la mayoría presenta una devoción mariana activa (54% asiste a santuarios marianos, al menos, una vez al año), pero su inclusión dentro de una comunidad sacramental es mucho menor. Así, la comunión frecuente y la confesión son muy raras en esta clase de católicos. El rasgo más sobresaliente de este grupo es la amplia aceptación del rol público de la Iglesia (58%), una cifra muy parecida a la de los católicos activos, lo que concuerda con la matriz fuertemente clerical del catolicismo popular que siempre ha producido mucha lealtad y confianza eclesial.

Las cifras de actividad religiosa en el católico común, en cambio, son muy bajas. Apenas un 38% se interesa en la educación religiosa de sus hijos, mientras que la actitud misionera es prácticamente nula. La ausencia de inserción comunitaria de la fe también se muestra en el escaso 12% que marca una preferencia por alabar a Dios como parte de un grupo antes que a solas.

Muchas interrogantes pueden hacerse respecto del católico común. La amplia aceptación del rol público de la Iglesia muestra la credibilidad, respeto y obediencia eclesial que constituyen la tradición clerical de nuestra cultura religiosa. En ninguna otra parte los sacerdotes

han gozado de tanta autoridad moral como en América Latina, plantea Paul Johnson en su Historia del Cristianismo. Los datos sobre confianza institucional, que colocan a la Iglesia a la cabeza de todas las demás instituciones, son un indicador de este clericalismo.

El católico común no es un 'católico a mi manera', alguien que reclama para sí una capacidad de discernimiento moral al margen de la tutela clerical. El 'católico a mi manera', con el que muchos pretenden espantar a la Iglesia, es alguien que está adherido a los sacramentos, pero no a la institución. Del católico común se puede decir exactamente lo contrario: su inclusión en la comunidad sacramental es pobre, pero su adherencia institucional es muy alta y está aparentemente tan viva como siempre. La adhesión al clero no es la única característica de nuestra matriz cultural. La otra es el ritualismo, en el sentido de que la experiencia religiosa se constituye y valida en el rito antes que en la palabra. Los datos sobre la escasa actitud testimonial y misionera del católico común, en poderoso contraste con el activismo religioso de los pentecostales, son un indicio de este trasfondo ritual. Asimismo, la expresión básica de esta ritualidad ha sido siempre mariana en vez de sacramental: el marianismo ha transcurrido en los bordes de la comunidad eclesial y al margen de una comunidad sacramental rigurosa (las fiestas y las peregrinaciones marianas encuentran su máxima vitalidad fuera de los santuarios y de una actividad religiosa continua y regular). Es probable, sin embargo, que en el contexto de la vida urbana, la devoción mariana esté perdiendo el sustento comunitario que tuvo justamente en la fiesta y la peregrinación y se aparte definitivamente de cualquier ámbito eclesial. De esta forma, la devoción puede limitarse a hacer mandas, rezar u honrar privadamente a la Virgen. La intensidad con que el católico común prefiere la alabanza a solas puede indicar esto.

Católico pasivo

En el católico pasivo, los hábitos religiosos aparecen seriamente resentidos. Apenas un 18% declara rezar a diario, aunque un tercio conserva todavía una devoción mariana activa. La inclusión sacramental es prácticamente nula, de hecho, la gran mayoría no recibe la comunión nunca o casi nunca y es muy probable que el contacto sacramental se limite a los grandes ritos (nacimiento, matrimonio y muerte). A diferencia del católico común, este católico religiosamente pasivo tiende a rechazar el rol público de la Iglesia (apenas un 26% lo acepta) y a desprenderse del aprecio y lealtad clerical típicos de la religiosidad popular. El católico pasivo carece de los principales signos de actividad o emprendimiento religioso, incluso, del interés por trasmitir su fe a los hijos.

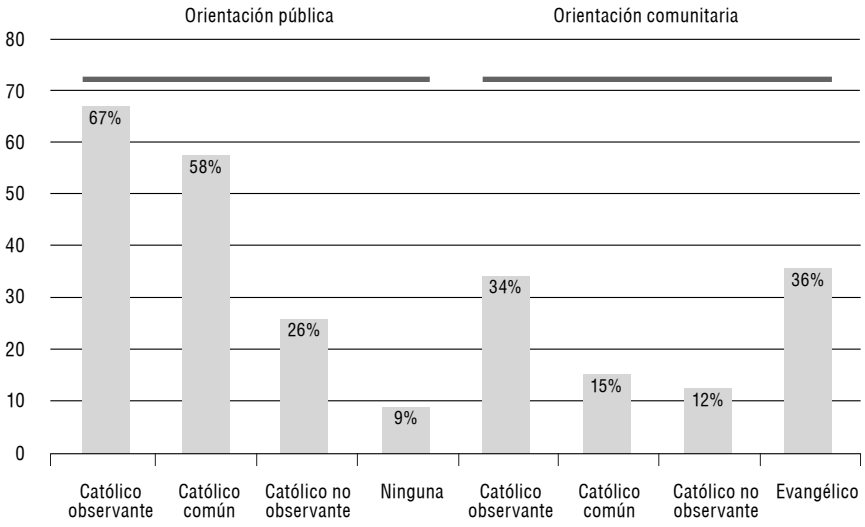
Esta escasísima adherencia institucional, sacramental y religiosa plantea una serie de interrogantes. ¿Representan estos católicos alejados de la Iglesia a los 'católicos a mi manera' que la investigación crítica busca con tanto ahínco? Es seguro que muchos de estos católicos se apartan de las enseñanzas de la Iglesia, pero en un grado y proporción que no se conocen cabalmente. También es probable que muchos de ellos planteen, ya sea el conocido dilema del *free-rider*, típico de las grandes instituciones, en el que las personas se aprovechan de sus beneficios sin entregar nada a cambio; o el problema del cinismo institucional, es decir, estar de acuerdo con lo que conviene (un síndrome que se desarrolla abiertamente en el caso de las instituciones políticas). La autonomía moral es una cosa, pero otra muy distinta es el cinismo moral. Y la pasividad religiosa puede estar mucho más asociada a esto último que a lo primero.

Una pregunta más acuciosa aún es la siguiente: ¿representan estos católicos casi lo mismo que quienes no declaran ninguna religión? ¿Qué los hace declararse todavía católicos? ¿Y esa declaración hace alguna diferencia? Se trata de preguntas difíciles de contestar en el marco de esta encuesta. Más abajo se presenta alguna evidencia de que estos católicos pasivos se asemejan a quienes no declaran ninguna religión, aunque permanecen creyentes, pero que se distinguen de quienes se declaran definitivamente no creyentes. La frontera entre la pasividad religiosa y la falta de religión es delgada. No obstante, entre pasividad y no creer hay todavía una línea más gruesa.

Los contornos del mundo católico

En el diagnóstico de la conciencia católica interesan de manera especial dos grupos adicionales. En primer lugar, aquéllos que no reconocen ninguna religión, pero que tienen claras creencias cristianas. Dos tercios de las personas que no se identifican con alguna religión creen en Dios. Como se ha dicho, la proporción de no creyentes en la población total suele ser muy baja, pero también existe un 24% que cree con igual intensidad en la Virgen y un 37% que cree en la vida después de la muerte. En su conjunto, una de cada cuatro personas

Orientación pública y orientación comunitaria en grupos católicos
Comparación con ninguna religión y evangélicos en cada caso



La orientación pública se mide con la pregunta «¿se debería considerar más a la Iglesia Católica a la hora de tomar decisiones públicas?» (muy de acuerdo/de acuerdo). Es un índice que combina tres preguntas: «prefiero estar o alabar a Dios a solas antes que como miembro de un grupo» (en desacuerdo/muy en desacuerdo); «personalmente trato de dar testimonio o convencer a otros de mi fe» (muy de acuerdo/de acuerdo) y «personalmente no me interesa demasiado educar a mis hijos en la fe: ellos decidirán por su cuenta a su debido tiempo» (muy en desacuerdo/en desacuerdo).
Fuente: Encuesta Nacional Bicentenario Universidad Católica - Adimark 2007.

que declara no tener religión manifiesta claramente actitudes cristianas. A este grupo particular de creyentes completamente desafectados de una pertenencia eclesiástica podríamos llamar «cristianos sin Iglesia».

Otro grupo de relevancia lo representan los evangélicos que expresan conductas que pueden considerarse específicamente como católicas. En efecto, existe alrededor de un 23% de evangélicos que declara creer en la Virgen y en los santos («creo y no tengo duda de ello»), lo que entrega una cifra similar de miembros de esta religión que pueden considerarse muy próximos al mundo católico.

Ambos grupos forman las zonas de transición del mundo católico, pero ¿realmente hacen alguna diferencia? Dos ejemplos pueden dar luces sobre esta situación. La aceptación del rol público de la Iglesia, por ejemplo, es muy decidida entre católicos activos y comunes, pero cae abruptamente entre los pasivos (26%). Estos últimos se comportan casi igual que los evangélicos próximos a los católicos (25%) y que quienes hemos llamado cristianos que no adhieren a ninguna religión (19%), mientras que los grupos más lejanos del catolicismo tienen todavía una aceptación menor.

Otro ejemplo es la actitud hacia el aborto: el rechazo a este acto es muy similar entre católicos activos y comunes (alrededor del 60% no lo acepta bajo ninguna circunstancia). Los evangélicos que conservan creencias católicas se comportan casi como los católicos (63%), pero los evangélicos de estricta ortodoxia lo cuestionan con más vehemencia (73%). El católico pasivo, en cambio, (46%) tiene cifras de rechazo bastante cercanas a las del cristiano sin pertenencia religiosa (40%) e incluso a las de los no cristianos. Con estos dos ejemplos se puede observar que los grupos próximos al catolicismo tienden a comportarse como tales y a adoptar posiciones que difieren en algo de sus grupos de origen. Además, estos datos muestran que los católicos pasivos presentan opiniones muy similares a quienes no declaran religión, pero permanecen cristianos, lo cual indica que existen zonas de fronteras entre catolicismo, evangelismo y no creencia religiosa que son inestables y porosas.

Una hipótesis sobre las transiciones religiosas

En el cuadro que viene a continuación se presenta un diagrama sobre las transiciones religiosas que puede explicarse de la siguiente manera: el depósito principal de

nuestra conciencia religiosa es el católico común, que sigue siendo la proporción más numerosa de la población (y que representa justamente esa parte que tiende a desaparecer completamente en los países secularizados de Europa). El catolicismo común se moviliza de manera constante, dando origen a un grupo más pequeño de católicos activos. Este activismo católico se reconoce inmediatamente por la superación del ritualismo y, en menor medida, del clericalismo, que es propio del catolicismo común (ambos términos, por lo demás, adquieren en este contexto un sentido peyorativo).

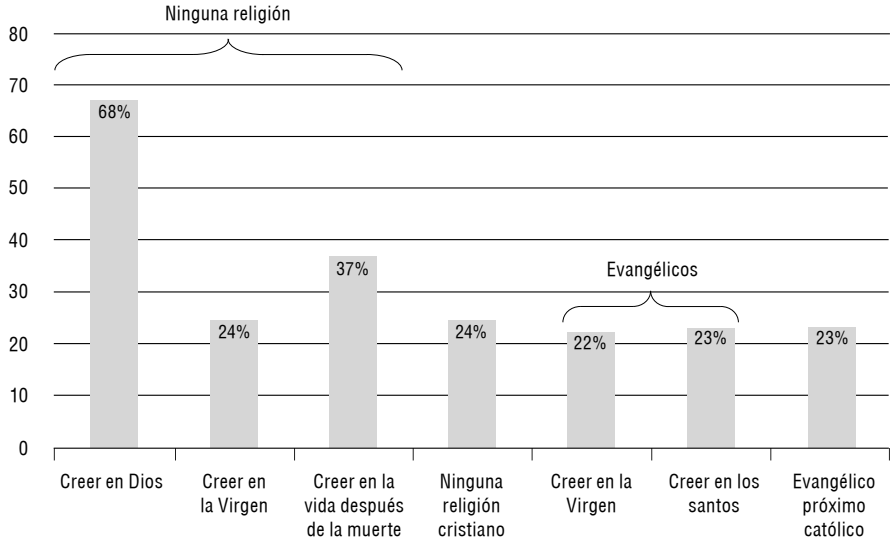
Es necesario, no obstante, hacer una diferencia entre el católico observante, que muchas veces no se desprende de ninguna de las dos cosas, y el católico activo, que tiene una fe eclesial y testimonialmente activa (discípulos de Cristo, según la intención movilizadora de la reciente conferencia de Aparecida). El catolicismo común, sin embargo, también se desmoviliza, configurando una porción importante de católicos pasivos que pierde los hábitos religiosos más elementales y que rompe sus lazos de lealtad y aprecio eclesiales. Es probable que la salida o el abandono de la religión se produzcan desde el trasfondo de este catolicismo pasivo, tal vez en el contexto de familias que han perdido toda capacidad de trasmitir efectivamente una fe extenuada y desmovilizada.

La salida hacia el evangelismo, en cambio, debe producirse entre católicos comunes. Así, la persistencia de la devoción mariana en muchos evangélicos puede indicar esta clase de transición, sin contar que el pentecostalismo es una forma de reactivación religiosa menos esperable que ocurra entre católicos pasivos. No existen estudios que esclarezcan la transición desde el catolicismo hacia el evangelismo, pero una hipótesis corriente indica que ésta tiende a producirse en el marco de una erosión del sustento comunitario y eclesial de la experiencia religiosa, sobre todo cuando falla el encuadre clerical de esa experiencia. Tampoco debe dejarse de lado la capacidad del catolicismo de producir conversiones en el mundo alejado de la Iglesia o definitivamente no creyente (en comparación con su debilidad para producirlas en el mundo evangélico). De esta forma, el catolicismo no sólo pierde feligresía, también la gana por doquier. Con todo, un análisis de las transiciones religiosas requiere mucha más evidencia de la que pueden ofrecer estas cifras de la Encuesta Bicentenario.

Diversidad confesional y unanimidad religiosa

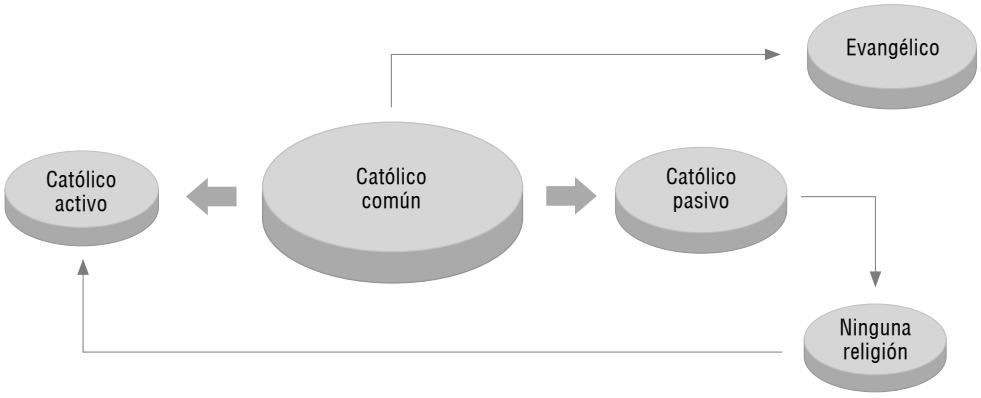
Se ha examinado, por último, una batería de preguntas acerca de la concepción de Dios y del mundo que suele hacer la diferencia entre una concepción más bien 'ató-

Creencias religiosas seleccionadas entre personas que declaran ninguna religión y los evangélicos



Fuente: Encuesta Nacional Bicentenario Universidad Católica - Adimark 2007.

Diagrama de transiciones religiosas



lica' y otra más bien 'protestante'. Estas preguntas tienen el formato de alternativas situadas en una escala de uno a cinco, donde uno es completamente de acuerdo con la frase a la izquierda y cinco es completamente de acuerdo con la frase a la derecha.

a. El mal es algo que se puede evitar y el mundo puede ser mejor, versus el mal es algo inevitable y el mundo será siempre el mismo.

b. La naturaleza humana es fundamentalmente buena, versus la naturaleza humana es fundamentalmente perversa.

c. Las personas deben estar profundamente involucradas con los asuntos del mundo, versus las personas deben evitar contaminarse con los asuntos del mundo.

d. Dios se manifiesta en el mundo en que vivimos, versus Dios no está comprometido con este mundo.

Fundamentos de la conciencia religiosa: diferencias entre católicos, evangélicos y protestantes (%)

Católicos	El mal es algo que se puede evitar y el mundo puede ser mejor	39	16	23	9	12	El mal es algo inevitable y el mundo será siempre el mismo
Evangélicos		39	20	19	10	12	
Protestantes		27	9	0	26	39	
Católicos	La naturaleza humana es fundamentalmente buena	22	17	38	11	12	La naturaleza humana es fundamentalmente perversa
Evangélicos		18	13	40	12	18	
Protestantes		23	6	23	34	14	
Católicos	Las personas deben estar profundamente involucradas con los asuntos del mundo	22	17	32	11	17	Las personas deben evitar contaminarse con los asuntos del mundo
Evangélicos		23	15	30	14	17	
Protestantes		24	13	17	15	31	
Católicos	Dios se manifiesta en el mundo en que vivimos	50	19	21	5	5	Dios no está comprometido con este mundo
Evangélicos		62	14	14	5	5	
Protestantes		49	9	24	0	17	

Fuente: Encuesta Nacional Bicentenario Universidad Católica-Adimark 2007.

Los datos muestran una inclinación sistemática hacia la 'afirmación del mundo' que es propia del catolicismo, especialmente del catolicismo popular que está presidida por la idea de que Dios se manifiesta en el mundo y que, por lo tanto, éste es susceptible de aprecio y compromiso. Por el contrario, las alternativas que denotan una 'negación del mundo' y que se sostienen en una teología de la invisibilidad de Dios y en un fuerte pesimismo antropológico, aparecen claramente desestimadas.

Lo más llamativo es que los evangélicos se comportan casi exactamente igual que los católicos en todos estos ítems, mientras que los protestantes de denominaciones históricas tienden a afirmarse en la ortodoxia. Los evangélicos aparecen algo menos optimistas respecto de la naturaleza humana que los católicos: sólo el 31% afirma que el hombre es fundamentalmente bueno, lo que se compara con el 39% de los católicos, aunque no existe entre los evangélicos ninguna disposición a apartarse o rechazar el mundo, como podría desprenderse de su talante originariamente sectario. La proporción de quienes creen que hay que evitar comprometerse alcanza al 31%, cifra que se compara con el 28% de los católicos; mientras que la ineluctabilidad del mal es sostenida por la misma proporción de católicos y evangélicos (alrededor del 20%). La afirmación evangélica de que Dios se manifiesta en el mundo, es tanto o más taxativa que la de los católicos, lo que muestra una teología muy poco penetrada por la ortodoxia protestante del Dios invisible. Es importante notar que el pequeño número de protestantes históricos que contesta la encuesta se comporta mucho más próximo a esta ortodoxia. Dos tercios de ellos sostienen que el mal es algo ineluctable y, casi la mitad, que el hombre es una criatura esencialmente perversa y que es mejor permanecer lejos del mundo, lo que supone un agudo contraste con lo que sostienen católicos y evangélicos. Esta diferencia respalda la hipótesis de un sustrato católico de nuestra conciencia religiosa apenas tocado por una disidencia religiosa como el protestantismo europeo. Además, permite detectar importantes puntos de encuentro entre catolicismo y pentecostalismo. Se observa, en efecto, que la conciencia religiosa no se funda en una 'negación religiosa del mundo' ni en la confianza soteriológica en un Dios distante e inaccesible, sino que conserva el formato esencialmente católico del hombre redimido y del Dios presente.

Comentarios

ALEJANDRO GOIC
Obispo de Rancagua y presidente de la Conferencia Episcopal de Chile

Junto con agradecer la invitación a participar en este panel, permítanme una palabra para valorar este instrumento que la Universidad Católica junto a Adimark ofrecen como un regalo para el Bicentenario. Al abrir este obsequio encontramos un espejo. Podrá no gustarnos cómo nos vemos, pero qué bien nos hace confrontarnos con la realidad.

Siempre es importante cotejar con los fríos números una realidad que es compleja y que conocemos a diario en nuestra práctica pastoral. Algunos piensan que los sacerdotes vivimos encerrados en burbujas y que cada cierto tiempo necesitamos que nos regalen un 'baldazo' de realidad. Si bien algunas congregaciones, de carisma contemplativo, viven su fe retiradas del bullicio contemporáneo, la inmensa mayoría de quienes nos hemos consagrado al Señor estamos inmersos en realidades humanas y sociales diversas, junto a personas con nombre y apellido. Por eso, cuando miramos estas cifras, no podemos dejar de pensar en seres humanos, vivencias, sentimientos, ni tampoco en los grandes procesos que atraviesan este país y que nosotros acompañamos proclamando la buena noticia de Jesucristo.

Al leer este estudio contemplamos los principales valores que inspiran a nuestra sociedad, algunos intransables, como el derecho a la vida, que se pone de relevancia en forma transversal frente a la pregunta del aborto. También nos habla de la centralidad de la familia en la vida de los chilenos y nos muestra aspectos de nuestra identidad y expectativas que, en gran medida, confirman algunas preocupaciones de la Iglesia. Alertados por varios episodios de violencia, los obispos hemos invitado reiteradamente a mirar la calidad de nuestra convivencia y procurar los caminos que nos permitan, en todas las instancias, educar para la paz. Y entre estas instancias la familia es fundamental.

Si los padres hoy dicen dedicar más tiempo a sus hijos y, a pesar de ello, perciben que el comportamiento de la juventud actual es peor que antes, conviene preguntarse por la calidad de la convivencia familiar. ¿Entregar más tiempo a la familia significa destinar una tarde para ir juntos de compras o ver una maratón de la serie televisiva favorita? Mucho nos quejamos del escaso tiempo para la convivencia familiar, pero de nada sirve contar con más horas si no generamos instancias de crecimiento personal y familiar, incluso en los tiempos de ocio. Este estudio confirma que los padres son los primeros educadores, pero pareciera que no cuentan con las debidas herramientas para esta tarea. Y a la parroquia, la pastoral familiar y los colegios de inspiración católica nos cabe una tarea importante en este ámbito.

Al ver en este estudio las percepciones sobre la juventud, no puedo evitar asociar mi sentimiento a lo que viví hace unos meses cuando, a propósito del llamado 'sueldo ético', fui invitado al Consejo Asesor Presidencial para la Equidad Social. En esa oportunidad les planteé a los miembros lo importante que sería que visitaran un hogar en situación de pobreza y escucharan a las personas que sufren el drama de vivir con ingresos miserables. Con esa convicción, creo que mientras las políticas para la juventud sean estudiadas desde la mirada y prejuicios de los adultos, poco podremos avanzar en darles respuestas a sus búsquedas de sentido. Me pregunto si habremos aprendido como sociedad las lecciones que nos dio el movimiento de los secundarios, también llamados 'pingüinos'.

En relación al diagnóstico de la conciencia religiosa en Chile, vale la pena recordar que la doctrina de la Iglesia Católica no se guía por encuestas, aplausos, conveniencias políticas o de otro orden. La Iglesia se conduce desde nuestra fe en Dios, que nos ha sido revelado en Jesucristo, cuya palabra proclamamos. En algunos campos, esta palabra concita amplias adhesiones y se nos rinden homenajes y otorgan premios internacionales. En otros,

se nos acusa de inquisidores, oscurantistas y retrógrados. Jesús tampoco se dejó conducir por la opinión de las mayorías: cuando pregunta a Pedro quién dice la gente que es Él, no se queda con las tendencias que mostraban los gráficos de entonces, sino con una opinión particular y marginal, la de Pedro. «Tú eres el Cristo, el Mesías, el Hijo de Dios Viviente» (Mt 16, 16).

Encontramos en este estudio, así como en otros recientes, algunos indicadores que muestran una aparente incoherencia entre la fe a la que adhieren los católicos y su vivencia real de esa fe. Lamentablemente, no es ninguna novedad. Los 'católicos a su manera' son una preocupación permanente de nuestra pastoral. Lo que ocurre es que en ese 70% que registró el Censo 2002 hay distintos grados de vivir la catolicidad.

Uno podría pensar en la figura de los círculos concéntricos para entenderlo mejor, incluso, a la luz de la propia experiencia de Jesucristo y los distintos grados de cercanía con sus contemporáneos. Primero con María; luego con Juan, el discípulo amado; enseguida con Pedro, Santiago y Andrés; después los doce apóstoles; los 72 discípulos, los que le seguían y le escuchaban; finalmente las muchedumbres y también los otros (los gentiles). Del mismo modo, existen católicos que se dedican a vivir de acuerdo al Evangelio. Y hay otros que se conforman con un viaje anual a Lo Vásquez, con asistir a la misa dominical o pagar el 1%. Otros rezan en familia, apadrinan un hogar, salen en misiones. Están también quienes viven devociones o prácticas personales ajenas a la experiencia de la comunidad eclesial. Y aquéllos que, muchas veces por razones justificadas, privilegian la participación en las actividades de su comunidad cristiana o las de su familia, antes que la asistencia al culto litúrgico. Y todos ellos se sienten, con razón, católicos. Guardando las debidas distancias, ¿no pasa lo mismo en otras instituciones, como partidos políticos o clubes de fútbol? A diferencia de los partidos o de los clubes, en el ámbito de la fe, el Tribunal Supremo aún no se pronuncia.

Por lo demás, Dios nos regala la libertad de los hijos de Dios, cada cual con su libertad de conciencia. A la Iglesia y sus pastores nos corresponde formar esas conciencias y ofrecer a las personas la posibilidad de encontrarse con el Señor en su vida personal, en la solidaridad con los que sufren y en la comunidad de la Iglesia. Necesitamos profundizar nuestra catequesis y formación de laicos, así como procurar un mejor acompañamiento de los agentes evangelizadores. Que sólo dos tercios de las personas que se declaran católicas se sientan parte de la Iglesia no nos puede dejar indiferentes. Sin duda, la invitación que nos hace el Episcopado de América Latina en el Documento de Aparecida a ser discípulos misioneros de Cristo para que nuestros pueblos tengan vida en Él, es una gran oportunidad para abordar con fuerza este desafío y traducirlo en prioridades concretas en nuestras Orientaciones Pastorales.

Estas formas de vivir el ser católico que aquí he mencionado son sólo algunas de las tantas manifestaciones de la fe de las personas, aunque, por supuesto, el ideal es que un católico viva de manera equilibrada todas las dimensiones de la fe. Lamentablemente, evaluar la práctica católica exclusivamente por rezos, devociones y asistencia a misa, parece insuficiente. Los reduccionismos y los sesgos en este ámbito son muy peligrosos. Sobran encuestas que muestran católicos partidarios del divorcio, los preservativos o la llamada 'píldora del día después'. No se cuenta a los católicos que no pagan sueldos justos o evaden impuestos, a los que viven obsesionados por el consumismo, que discriminan o excluyen.

Concluyo con una mirada hacia ese 67% de chilenos que cree que Dios se manifiesta en el mundo en que vivimos. Desde esa cifra se comprende mejor el amor por la familia, las virtudes solidarias y también la esperanza que, enhorabuena, es mayor entre los creyentes. Sin duda, las figuras de Santa Teresa de los Andes y San Alberto Hurtado y de nuestro querido cardenal Raúl Silva Henríquez, entre otros, son para los chilenos muestra de ese amor de Dios por esta tierra.

GABRIEL VALDIVIESO
Director del Centro de Investigaciones Socioculturales Cisoc-Bellarmino y coordinador del Área de Investigación y Extensión del Instituto Pastoral Apóstol Santiago INPAS

La religiosidad es un tema complejo que ha fascinado a los sociólogos desde los precursores en adelante, conscientes de que ésta nos entrega una aproximación necesaria, aunque incompleta, del fenómeno religioso. Para acercarse al conocimiento de esta realidad, diversos estudios sociológicos sugieren poner atención a dimensiones complementarias sobre la religiosidad.

Dentro de estas dimensiones, en primer lugar, figura la pertenencia religiosa, una autopercepción sobre la adscripción o no a una confesión religiosa. Una segunda instancia es la adhesión eclesial, un paso adelante desde la pertenencia religiosa, porque toca la percepción de proximidad con la institución religiosa y el sentido de compromiso con ella. En tercer lugar está la valoración eclesial, que puede entenderse como la importancia atribuida a una religión o a una institucionalidad eclesial en áreas que son relevantes, tanto para la propia vida, como para el bienestar de personas del entorno.

Otra dimensión es aquélla constituida por los conocimientos religiosos, en cuanto a disponibilidad de información acerca de las tradiciones que son transmitidas por escrito o por narración oral. La observancia religiosa es la dimensión que tiene que ver con las diversas expresiones de la fe, mediadas o no por ritos y prácticas de culto. Expresiones que pueden adoptar formas personales, comunitarias o masivas y tener diversos niveles de institucionalización.

La dimensión experiencial, en tanto, se refiere a los sentimientos y percepciones que implican alguna comunicación con Dios y lo trascendente. Es una dimensión que toca la interioridad de cada persona. Por último, la dimensión consecuencial se refiere a la expresión de la religiosidad en la forma de comportamientos seculares y su adecuación a la ética propuesta por la religión, al testimonio de vida del creyente y a su compromiso misionero.

Voy a detenerme en algunas de las dimensiones que son tratadas en la Encuesta Bicentenario, además de aportar datos de otras investigaciones sobre temas religiosos (CISOC - Bellarmino 2005, CISOC - Bellarmino 2006 a, CISOC - Bellarmino 2006 b).

Una primera constatación que surge de la encuesta es la brecha entre la altísima creencia en Dios (93%) y la menor pertenencia católica (66% se declara católico, de los cuales un tercio no se siente parte de la Iglesia). A ello se suma una gran distancia entre la creencia en Dios y la observancia cultural (sólo un 17% de los católicos declara ir a misa, al menos, una vez por semana). Estas cifras nos indican que estamos frente al 'creer sin pertenecer institucionalmente', es decir, un creer que no está regulado y que es expresión de que la institución religiosa no es capaz de prescribir a los católicos un código normativo unificador. Consiguientemente, la propuesta de una ética católica está siendo sustituida por una regulación individual de las conductas, con pautas tomadas de distintas tradiciones religiosas o de otras cosmovisiones, dando lugar a una 'religión a la carta'. Este mismo 'creer sin pertenecer institucionalmente' se expresa en una desafección del compromiso con la Iglesia, lo que configura un estilo particular del denominado 'cristiano a su manera'. Comparativamente, hasta hace unas décadas podíamos observar que la identidad católica tenía una mayor presencia en cuanto componente cultural. Era algo 'que estaba ahí', como un rasgo invisible, pero al mismo tiempo omnipresente.

La Encuesta Bicentenario está mostrando que la identidad católica ha dejado de tener la fuerte presencia que tuvo como componente cultural. Como asegura Peter Berger, «la religión está perdiendo su condición de realidad que se da por sentada en la conciencia» (Berger 2005). Este declive de la catolicidad 'cultural' está siendo sustituido por una religiosidad que hoy se busca, se construye y se expresa sobre la base de decisiones más personales. Podríamos decir que, tanto las búsquedas de realización personal, como las búsquedas espirituales, demuestran una creciente autonomía de la institucionalidad católica. Esto, que puede ser visto como una pérdida, hace más desafiante la tarea evangelizadora de la Iglesia, porque la obliga a movilizarse para competir con otras propuestas religiosas y exige a los católicos tener que evangelizar dando testimonio de fe. Sin embargo, parece que algo no anda bien con este desafío, porque, según la Encuesta Bicentenario, sólo un 28% de los católicos acepta el reto evangelizador y reconoce tener una actitud testimonial. ¿Cómo interpretar esta falta de motivación de parte de los católicos?

Me inclino a pensar que esta carencia evangelizadora tiene que ver, en primer término, con la impresión de que hay una gran distancia entre los supuestos normativos de la religión católica y las valoraciones de un entorno social ilustrado e interpelante. Otro posible obstáculo

apunta a la complejidad para mirar con benevolencia marcos cognitivos y normativos distintos de los propios, en otras palabras, con la dificultad para valorar al diferente y encontrar en él «semillas del Verbo». En tercer lugar, se relaciona con la dificultad para fundamentar algunos planteamientos normativos de la Iglesia, especialmente cuando no se está convencido de ellos. Son varias las investigaciones que muestran la existencia de fuertes discrepancias con los postulados de la Iglesia, incluso de parte de católicos con marcada adhesión eclesial[1]. Si estas conjeturas son válidas, el fortalecimiento misionero requeriría una apertura al diálogo sobre temas que es ilusorio pensar que puedan ser acatados sin crítica.

En materia de creencia en Dios, la encuesta señala que hay un 93% de encuestados y 97% de católicos que son creyentes en Dios, aunque no especifica en qué Dios. Tampoco aclara qué significa que un 22% de los evangélicos diga que «cree en la Virgen». Sin embargo, hay otras investigaciones que muestran que la imagen actual de Dios es más la de un padre bondadoso, que la de un ser castigador. Esto indica una tendencia que se desplaza desde la antigua creencia en un Dios del miedo, hacia una mayor creencia en el Dios del amor que proclama el Evangelio.

A partir de la encuesta podemos vislumbrar qué es lo que concita más amplia aprobación hacia la Iglesia Católica. Aunque este sondeo nos dice que un 68% considera que «los valores cristianos deberían jugar un rol más importante en la sociedad», también muestra que cuando esta posibilidad se especifica por medio de la frase «se debería considerar más a la Iglesia Católica a la hora de tomar decisiones públicas», el acuerdo disminuye en forma considerable. Así, observamos que es mayor la aceptación de las orientaciones valóricas cristianas genéricas, que de lo explícitamente eclesial. Si bien una interpretación posible nos retrotrae a la 'creencia sin pertenencia', es decir, a sentirse más cristianos que adherentes a la Iglesia Católica, adicionalmente se puede conjeturar que la disposición a recibir orientación cristiana tiene como límite el respeto por la autonomía de la toma decisiones en ámbitos específicos.

Insistiendo en este tema, tenemos que lamentar que la Encuesta Bicentenario no discrimine sobre cuáles son esos valores cristianos que «deberían jugar un rol más importante en la sociedad». Sin embargo, otras mediciones aplicadas a diversas muestras de jóvenes permiten una cierta aproximación. Según esos datos, la mayoría de los entrevistados muestra poco aprecio por la posición de la Iglesia en materia de ética sexual, pero tiene una impresión positiva del papel que ésta cumple cuando promueve valores asociados a una ética social y se compromete con los más pobres y débiles.

Al terminar, quisiera felicitar a quienes llevan a cabo la Encuesta Bicentenario. Como toda obra, es perfectible y desearía que profundizara más en algunas dimensiones de la religiosidad. De cualquier modo, lo importante es que este sondeo nos siga proporcionando información veraz para la actualización de conocimientos y la toma de decisiones en diversas áreas, como la acción pastoral de nuestra Iglesia.

Referencias

- **CISOC-Bellarmino** (2005) *Jóvenes: Orientaciones valóricas, religión e Iglesia Católica.*
- **CISOC-Bellarmino** (2006 a) *Encuesta a los jóvenes animadores de la Pastoral Juvenil.*
- **CISOC-Bellarmino** (2006 b) *Encuesta a los jóvenes animadores de la Pastoral Universitaria.*
- **Berger**, **P.** (2005) «Pluralismo global y religión». *Estudios Públicos.* Otoño

1. Informaciones sobre la discrepancia de los católicos con algunos planteamientos de la Iglesia pueden encontrarse en las investigaciones de CISOC-Bellarmino ya citadas. Ver también: Méndez, Roberto: ¿La rebelión de los fieles? Revista El Sábado, Diario El Mercurio, 24 de Septiembre de 2005.

Nación e identidad nacional

PATRICIO BERNEDO
Director del Instituto de Historia UC

Introducción

La Encuesta Nacional Bicentenario Universidad Católica-Adimark, tanto a nivel general, como específicamente en el tema de Nación, identidad y personajes históricos, entrega resultados muy variados e interesantes que debieran interpelar, no sólo a historiadores, sino también a especialistas de las demás disciplinas de las ciencias sociales y las humanidades y al público en general. No obstante la riqueza del sondeo, en consideración al espacio, sólo abordaré algunos de sus aspectos más relevantes, entregando algunas claves históricas que nos permitan interpretar en parte sus resultados.

Normalmente, cuando se habla de identidad nacional, se suele pensar en una suerte de esencia que caracteriza a cada pueblo, que es prácticamente inmutable y cuyos atributos tienden a perpetuarse en el tiempo. Sin embargo, desde un punto de vista histórico, sabemos que las identidades nacionales no son estáticas, sino que están en evolución, aunque también tienen fundamentos que las van marcando y que tienden a permanecer en el tiempo. En suma, tienen cambios y continuidades que son susceptibles de ser estudiadas a lo largo de la historia.

Las identidades nacionales se construyen, explícita o implícitamente, ya sea a partir de hechos históricos reales, inventados o estilizados, de tradiciones culturales que se quiere preservar o negar, o a partir de ideales y situaciones que se quiere alcanzar a futuro.

La construcción de una identidad nacional cumple un papel central dentro de, a lo menos, seis desafíos que las elites políticas y sociales deben tratar de resolver en el marco de un Estado moderno para que éste no entre en crisis:

1. Lograr una administración efectiva y eficiente que llegue a todos los sectores sociales y a todo el territorio nacional.
2. Conseguir la integración de todos los estratos sociales a la vida pública y económica.
3. Conquistar una participación política amplia.
4. Alcanzar un mayor crecimiento económico y una mejor redistribución de los bienes en la sociedad.
5. Conseguir que la ciudadanía reconozca la legitimidad del sistema político y del ejercicio del poder.
6. Forjar una conciencia nacional común que permita la identificación de los distintos grupos sociales de la población como un todo y con el respectivo sistema político (Köning 1988: 29).

En función de lo anterior, se puede afirmar que los dos desafíos relativos a la administración y a la integración se relacionan con la formación del Estado; los concernientes a la participación y la distribución, con la consolidación de la sociedad; y los correspondientes a la legitimidad y la identidad, con la formación de la nación.

Obviamente que no se trata de que todos estos desafíos deban ser enfrentados al mismo tiempo. Por el contrario, desde un punto de vista histórico, se puede constatar que éstos han sido abordados de manera diversa, dependiendo de las necesidades, coyunturas o crisis que han vivido distintas sociedades.

La ventaja de aplicar este enfoque, desde un punto de vista metodológico, es que facilita conocer y explicar el proceso histórico de un país según el respectivo ámbito de problemas que se va presentando, permitiéndonos también detectar los caminos de solución propuestos, evaluar su efectividad y localizar los nuevos nudos de conflictos, entre otros aspectos (Köning 1988: 31).

En este modelo, el papel principal lo desempeñan las elites, ya sea que se encuentren en el poder o en la oposición, en los partidos políticos, en las iglesias, en el sistema educacional o en los medios de comunicación. Son

ellas las que están en condiciones de proponer políticas, llevarlas a cabo para producir los cambios que se buscan y administrar los conflictos resultantes de esa materialización. Pero no se trata sólo de que las elites actúen, sino también de que la ciudadanía sea capaz de generar actitudes y conductas –positivas, negativas o de indiferencia– frente a las acciones de las elites.

Una de las funciones principales de la identidad nacional en un Estado moderno radica en que sirva para movilizar a la nación contra opositores externos o internos, generar solidaridades políticas o para delimitarse frente a otros Estados y naciones. Como norma política se busca que la identidad nacional tenga una primacía absoluta frente a todas las otras lealtades e intereses que puedan existir al interior de una sociedad (Köning 1988: 25).

Algunos aspectos de la construcción de la identidad nacional en Chile

El punto de partida lo encontramos en los procesos de independencia de las recién creadas repúblicas hispanoamericanas, donde la construcción de una identidad nacional y la legitimación del nuevo sistema de organización política y de ejercicio del poder fueron prioritarios para las elites locales. En el caso chileno, en el ámbito de lo que Jorge Larraín denomina «los ritos de la identidad chilena» (Larraín 2001: 266 y siguientes), sabemos que el 18 de septiembre de 1810 no celebramos el día de la independencia propiamente tal, sino el establecimiento de la Primera Junta de Gobierno. No obstante, la gran mayoría de la población entiende que se trata del día de la emancipación nacional. De hecho, que hoy estemos aprontándonos a conmemorar el Bicentenario es un evidente indicador de lo exitosa que fue la construcción simbólica del gran momento fundacional de la República de Chile. Esta aparente o intencionada confusión se originó en que la elite criolla situó expresamente en la junta de 1810 los inicios de la autonomía nacional, no obstante que la Independencia se logró recién en 1818. Pero con ello consiguió, no sólo generar una fecha simbólica, sino también legitimar su rol conductor en la construcción de la nueva república. Incluso, si miramos con mayor atención el acto político que implicó la Primera Junta de Gobierno, podremos observar que se trata de un evento auspiciado y dirigido por la elite criolla, y donde no destacan personalidades o héroes. No olvidemos que durante mucho tiempo también se conmemoraron como fiestas nacionales la Declaración de la Independencia (12 de febrero de 1818) y la Batalla de Maipú (5 de abril de 1818) y que ambas fueron dejadas de lado en la medida en que destacaban la figura del gran enemigo de la elite criolla, Bernardo O'Higgins.

Para completar esta idea, debemos decir que la construcción de una identidad nacional y la formación de los nuevos ciudadanos de la república se valieron de diversos y muy efectivos mecanismos. Uno de ellos fue la educación, entendida como nacional desde sus inicios, propósito que se expresó tempranamente en la fundación del Instituto Nacional (1813), de la Biblioteca Nacional (1813) y la Universidad de Chile (1843). También contribuyeron la prensa periódica, representada por La Aurora de Chile (1812); la organización de las Fiestas Patrias (Peralta 2007), Te Deum incluido; y la creación de símbolos nacionales, expresados en banderas, escudos de armas, monedas e himno nacional, entre otros[1].

Un papel quizá menos conocido, pero muy central en la formación de la idea de nación vinculada a un territorio, tanto en Chile, como en otras repúblicas en formación, lo desempeñaron los viajes de los naturalistas y exploradores europeos que, por encargo de los respectivos gobiernos, recorrieron sus territorios, tras lo cual publicaron obras como la Historia física y política de Chile, de Claudio Gay. Estos libros se convirtieron en «verdaderos certificados de identidad de las nuevas repúblicas, a la vez que en fundamentos científicos e intelectuales de las respectivas naciones» (Sagredo 2006)[2].

En la misma medida en que se iba construyendo una identidad nacional, desde el nuevo Estado republicano se fueron consolidando las instituciones básicas de la gobernabilidad, centradas en los Poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial. Más allá de las revoluciones que se vivieron en las décadas de 1820, 1850 y 1890, el Estado chileno logró una notable estabilidad política, social e institucional durante el siglo XIX, pero que se basó, en gran medida, en la adecuada revalorización y pro-

1. Al respecto, ver Simon Collier, «Chile: la construcción de una república 1830-1865. Políticas e ideas», Santiago 2005, pp. 79; Sol Serrano, «Universidad y Nación», Santiago 1994; y Fernando Purcell, «Discursos, Práticas e Atores na construcao do imaginario nacional chileno (1810-1850)», en: Marco A. Pamplona y Maria Elisa Mäder, «Revolucoes de independencias e nacionalismos nas Américas. Regiao do Prata e Chile», Sao Paulo 2007, pp. 173-213.

2. Acerca del papel de los intelectuales en la formación de la identidad nacional, tema que no podré abordar por consideraciones de espacio, ver, entre otros: Iván Jaksic, «Andrés Bello. La pasión por el orden», Caracas 2007 y Ana María Stuven, «La seducción de un orden: las elites y la construcción de Chile en las polémicas culturales y políticas del siglo XIX», Santiago 2000.

longación de algunas herencias del período colonial que realizó la elite a partir de 1830.

De ahí surgieron a lo menos tres rasgos identitarios, dos de los cuales siguen fuertemente presentes hasta nuestros días. El primero es el concepto monárquico de autoridad traspasado al Presidente de la República, figura que concentraba el poder, controlaba la vida nacional casi sin contrapeso y tenía un carácter sacro, semejante al de un rey. El segundo se refiere a un fuerte sentido de orden que privilegia la estabilidad política por sobre cualquier situación de incertidumbre. Y el último, en retirada desde las primeras décadas del siglo pasado, se refiere a la aceptación de una sociedad estrictamente jerarquizada y sin mayor movilidad social.

Estos tres rasgos identitarios, hábilmente reactualizados en clave republicana en la Constitución de 1833, eran parte de la herencia colonial que se había prolongado al Chile de la post independencia y que se expresaban en la estructura de la hacienda, desde la cual se proyectaban a la sociedad y a la política como un todo. A comienzos de la década de 1860 se afirmaba al respecto: «Cada hacienda chilena constituye una sociedad aparte, cuyo jefe es el dueño y cuyos súbditos son los inquilinos. El dueño es un verdadero monarca absoluto en su hacienda. Si alguien quiere gozar de condición de rey y recibir honores reales, hágase hacendado (...) y al momento verá efectuado su sueño» (Gazmuri 2006: 44).

Esta visión autoritaria del ejercicio del poder presidencial comenzó a ser cuestionada profundamente desde el mundo liberal a partir de 1840, lo que redundó en algunos cambios a contar de 1861. Sin embargo, hubo Presidentes, representantes del liberalismo, como Santa María y Balmaceda, tan autoritarios como sus antecesores provenientes del conservadurismo. Durante el siglo XX no fueron pocos los mandatarios, algunos elegidos, otros no, que hicieron gala de este atributo. La persistencia de este rasgo presidencialista en nuestros días, producto de la herencia autoritaria expresada en los enormes poderes que la Constitución de 1980 le otorga al Presidente, parece no incomodar mayormente a nuestras autoridades y a parte de la ciudadanía. Es más, muchas veces se le exige utilizar con mayor fuerza ese poder.

Este 'monarca sin corona', como definió una vez a la figura del Presidente el propio José Manuel Balmaceda, era el jefe supremo del Estado, de un Estado que, siguiendo a Mario Góngora, fue tempranamente capaz de otorgarle una identidad concreta e histórica a Chile y una noción de espacio territorial que se desplegó en el tiempo y que posibilitó la identificación de nuestro país frente a otras naciones. Para ello, el Estado generó una acción política colectiva, organizando instituciones y dictando leyes, normas y prácticas comunes que le permitieron organizar, integrar y dar coherencia política a una población que, durante el período colonial, había desarrollado sentimientos regionalistas con 'la tierra de los padres', la patria. Esta integración de individuos políticamente dispersos creó una noción de destino común, un 'nosotros' de tal fuerza que los ciudadanos estaban dispuestos a defender hasta con su vida las fronteras e intereses de su país (Góngora 1986: 36-37).[3] Para Góngora, «Chile ha sido, pues, primero un Estado que sucede (...) a la unidad administrativa española, la gobernación y ha provocado, a lo largo del siglo XIX, el salto cualitativo del regionalismo a la conciencia nacional» (Góngora 1986: 38-39).

El Estado chileno se preocupó desde sus inicios de asegurar su existencia emprendiendo la expedición libertadora del Perú en 1820 y, más tarde, de neutralizar las pretensiones hegemónicas de la Confederación de Perú y Bolivia en la guerra que se desarrolló entre 1836 y 1839. La decisiva batalla de Yungay, el himno del mismo nombre y la hasta hoy conocida Sargento Candelaria, quien luchó en esa batalla, además de las posteriores conmemoraciones de este triunfo, acrecentaron el orgullo nacional y también el odio popular contra peruanos y bolivianos (Collier 2005: 1986: 97-100)[4].

En materia de integración de territorio a la soberanía nacional debemos mencionar Chiloé (1826) y Magallanes (1843) y, sobre todo, la denominada 'pacificación de la Araucanía', donde el eufemismo 'pacificación no sólo encubría una conquista de tipo militar de esa región y sus habitantes, mayoritariamente mapuches, sino que proyectaba la idea de que ese pueblo debía ser integrado, por la fuerza, a la 'civilización'. Esta integración coercitiva, analizada desde la perspectiva de los seis desafíos antes mencionados, ha resultado hasta hoy un enorme fracaso, pues ese sector específico no ha podido ser cabalmente integrado a la cobertura de la adminis-

3. Al respecto, ver también Óscar Godoy, «Funciones de integración del Estado», en: Revista de Ciencia Política, vol. XXII, Nº 2, 2002, pp. 105-119.

4. Al respecto ver Ana María Stuven, «La palabra en armas: patria y nación en la prensa de la guerra entre Chile y la Confederación Perú-Boliviana», 1835-1839, en: Carmen Mc Evoy y Ana María Stuven (Edit.), «La República Peregrina. Hombres de armas y letras en América del Sur, 1800-1884», Lima 2007, pp. 407-441.

tración estatal, ni a la vida pública y económica, ni a los beneficios de las políticas redistributivas, así como tampoco se ha logrado que reconozca la legitimidad del sistema político y del ejercicio del poder, ni que integre en su visión identitaria la conciencia nacional del resto de los chilenos. Es más, si sometemos al mismo análisis a los habitantes de Isla de Pascua, anexada en la misma década (1888) que La Araucanía, los resultados no serán muy distintos. Este enorme fracaso de nuestro Estado nacional y de sus elites dirigentes se debe a que la construcción de la identidad nacional no ha dado cabida a identidades tan distintas como las de los pueblos indígenas[5].

Las guerras, según Góngora, marcaron históricamente el siglo XIX y forjaron la identidad nacional, debido a que prácticamente cada generación vivió un conflicto bélico. Asimismo, la Guerra del Pacífico nos entregó el héroe patriótico por excelencia, Arturo Prat, «un marino caído en un combate perdido» (Góngora 1986: 32-33). Esa calidad de héroe indiscutido, Prat se la ganó porque con su sacrificio puso el interés del país por sobre cualquier otra ambición personal, tal como lo expresó una columna editorial del diario El Estandarte Católico, del Arzobispado de Santiago, en enero de 1880: «¡Que triunfen, que triunfen los heroicos vencidos de la Esmeralda! Ellos han glorificado a Chile, ellos han tenido buena parte en las victorias posteriores, ellos consagraron a la patria los dulces atractivos del hogar, lo más florido de la edad, la paz i el bienestar, la libertad, la sangre, la vida i hasta sus propios vestidos, salieron desnudos a la playa enemiga: como indicando todo lo que habían sacrificado gustosos por su Chile idolatrado»[6].

El ejemplo de Prat sirvió para movilizar a la nación contra un enemigo externo, provocando una identificación nacional que pasó a primar por sobre todas las otras lealtades[7]. Sin embargo, poco se sabe que la admiración por Prat fue de corta duración. Como lo demostrara el historiador norteamericano William F. Sater, entre 1880 y 1895, la figura heroica de Prat tendió a declinar para después revivir de la mano de la elite política correspondiente al período parlamentario que potenció su persona como una figura moral. Su ejemplo debía servir para unir a los chilenos, en un contexto caracterizado por los cuestionamientos al orden establecido que estaba generando la profunda crisis social (cuestión social) que vivía el país y para enfrentar las fuertes tensiones diplomáticas con Argentina y, sobre todo, con Perú por Tacna y Arica (Sater 1973: 73-89). De hecho, como afirma Sater, en 1897, el 21 de mayo fue decretado feriado escolar y, recién en 1915, feriado nacional (Sater 1973: 72). A partir de ese momento, Prat pasó a ocupar un lugar de privilegio en el panteón nacional, al lado de los héroes de la Independencia[8].

Hacia comienzos de la década de 1950, la historia de la Guerra del Pacífico fue transformada en un producto mediático masivo, lo cual potenció la admiración nacional hacia los héroes de este conflicto. Se trataba del radioteatro Adiós Al Séptimo de Línea del escritor y guionista Jorge Inostroza, que tras su éxito fue editado en formato de libro (cinco volúmenes) por Zig Zag, en 1955. Su primera edición vendió 250.000 ejemplares y al momento de la muerte de Inostroza, en 1975, se afirma que había llegado a más de cinco millones. En otras palabras, se transformó en un best seller, cuyo éxito se basó en el alto grado de identificación que los chilenos tenían con esta guerra.

Los rasgos identitarios nacionales, sin embargo, no siempre obedecen a construcciones de las elites políticas. En el caso chileno, desde la época colonial heredamos la religión católica. La Iglesia, tras la Independencia y luego de algunos momentos iniciales de duda, abrazó el sistema republicano que se estaba instaurando en Chile.

5. Problemas similares de integración de sus pueblos aborígenes a la comunidad nacional los tienen hoy, no sólo países en «vías de desarrollo», como los latinoamericanos, sino también algunos del primer mundo, como Canadá, Estados Unidos y Noruega (pueblo Sami, también conocido como Lapones).

6. El Estandarte Católico, 10 de enero de 1880. Pero el heroísmo de Prat no sólo fue destacado por la Iglesia Católica. Un reconocido liberal, Benjamín Vicuña Mackenna, expresó prontamente su admiración por el nuevo héroe en una serie de publicaciones, que incluían artículos periodísticos publicados en El Nuevo Ferrocarril, tales como: La significación nacional del combate de Iquique (30.06.1879), La sombra del héroe (21.07.1879) y El año de Arturo Prat (01.01.1880), información citada en Fuentes documentales y bibliográficas para el estudio de la Historia de Chile, Homenaje a Vicuña Mackenna Tomo 2º, Capítulo LXV: en Anales de la Universidad de Chile. Año II, primero y segundo trimestre de 1932, 3ª serie. En:http://www.historia.uchile.cl/CDA/fh_article/0,138,CID%253D12129%2526ISID%253D489%2526PRT%253D12061%2526JNID%253D12,00.html. Ver además William F. Sater, «The heroic image in Chile: Arturo Prat, secular saint», Berkeley, Los Ángeles 1973, caps. 3 y 4, y Anexos I y II.

7. Hasta el Combate Naval de Iquique, la guerra era sumamente impopular entre la población chilena, lo que se traducía en enormes dificultades para reclutar voluntarios para ir al frente de batalla. Ahí, las malas condiciones de abastecimiento de alimentos y de atención de los heridos se reflejaron en la insistencia de los funcionarios del gobierno chileno de «que los heridos de guerra pagaran por su propia atención médica», entre otros aspectos. Citado en Simon Collier y William F. Sater, «Historia de Chile, 1808-1994», Madrid 1999, pp. 129-131.

8. Ver Collier y Sater (1999:137).

Paralelamente inició un proceso de reorganización institucional que se consolidó hacia fines de 1830 y comenzó un largo camino para mantener y a acrecentar la fe en el pueblo chileno. En el contexto del complejo tema del conflicto Iglesia-Estado que atravesó el siglo XIX, la Iglesia entendió que debía luchar a favor de la fe, la que definió como un fundamento central del ser chileno y de una institucionalidad republicana que respondiera a esta característica: «El catolicismo es un poderoso elemento que constituye nuestra sociabilidad. Por consiguiente, es preciso encontrarlo desempeñando un papel muy importante en la legislación, en las costumbres, en la vida misma del país. Nuestra sociedad, gracias a un señalado favor de la Providencia, se ha formado bajo los auspicios y tutela de esa religión divina»[9]. El sólido vínculo entre fe, historia, república y nación fue activamente resaltado por la Iglesia: «El catolicismo presidió al nacimiento y desarrollo de la Colonia, el catolicismo dirigió los primeros pasos de la República y el catolicismo tiene en sus manos sus destinos futuros. De todos los elementos de nuestra civilización, el más fecundo, el más pronunciado, el más nacional es el elemento católico»[10].

Aun cuando es evidente que la institucionalidad republicana y parte de la vida pública se fueron laicizando progresivamente, el vínculo identitario entre catolicismo y nación ha conseguido mantenerse hasta nuestros días. Sin embargo, durante el siglo XX, este lazo ha adquirido nuevos énfasis de acuerdo a la realidad de Chile. Un paso decisivo en esta línea lo realizó, en 1941, el padre Alberto Hurtado cuando interpeló la conciencia religiosa de la sociedad chilena con su texto ¿Es Chile un país católico? Allí denunció una serie de males que corroían el alma nacional: injusticias, vicios, salarios miserables, falta de educación, viviendas indignas, lejanía de los pobres de la Iglesia y escasez de sacerdotes. Su propuesta fue «conquistar Chile para Cristo»[11]. En otros términos, lo que planteó fue un proyecto de futuro para el país, un catolicismo con un fuerte acento social para vencer la pobreza que pasaba por recuperar el alma de Chile. Este llamado, resistido inicialmente por muchos, mantiene plena vigencia en nuestros días y constituye uno de los fundamentos históricos de la legitimidad social del catolicismo entre los chilenos.

Otro momento en que la Iglesia comenzó a alzar su voz fue a partir de 1970. Esta época fue representada por el cardenal Raúl Silva Henríquez, quien siendo ya arzobispo emérito de Santiago presentó, en 1986, sus reflexiones acerca de la identidad nacional. Allí planteó que «El alma de Chile se ha nutrido, en efecto, desde sus inicios, de la savia vigorizadora de la fe». Según él, el principio integrador del ser colectivo de Chile radica precisamente en la fe, que permitió temperar los objetivos materiales de la conquista española anunciando el Evangelio entre españoles e indígenas y que, al mismo tiempo, orientó los esfuerzos en defensa de estos últimos. Afirmó también que la fe llevó a que los obispos de Chile criticaran profundamente, en el último tercio del siglo XX, primero al socialismo y después al neoliberalismo, por ser incompatibles con la fe cristiana y que reivindicaran «la inviolabilidad del Hombre por ser hijo de Dios» (Silva 2001: 509-518). En todas estas orientaciones y acciones, relatadas por el Cardenal Silva Henríquez, había un fundamento religioso y doctrinal, apoyado en el vínculo entre fe e identidad nacional.

Los cimientos de nuestra actual identidad nacional tienen orígenes muy remotos, ya sea en la Colonia o en el siglo XIX. Durante el siglo XX fueron exitosamente actualizados a partir del contexto histórico que se vivía. Sin embargo, las elites políticas de este último siglo fueron poco eficientes en lograr que la conciencia nacional integrara como un elemento fundamental la identificación con el sistema democrático y económico. En otras palabras, la consolidación de nuestra sociedad en términos de participación democrática y distribución de bienes, que permite la identificación de los distintos grupos de la población como un todo y con el respectivo sistema político, ha sido deficitaria.

Si se quiere tener una sociedad integrada, el binomio de desafíos constituido por la participación y la distribución no es separable. Una demostración de lo anterior lo constituye la experiencia chilena desde 1930, cuando participación y distribución se fueron desacoplando. En el ámbito político, las distintas reformas electorales que ampliaron la participación ciudadana en las elecciones permitieron transitar desde un sufragio restringido, de tipo censitario, a comienzos del siglo XIX, a uno universal, en 1970, pasando por el voto femenino en las elecciones municipales (1934) y en las presidenciales (1952). Clave en este proceso resultó la reforma electoral de 1958 que introdujo la cédula única, lo que asestó un duro golpe al cohecho. Esta profundización de la par-

9. La Revista Católica, 2 de Julio de 1853: 479.

10. La Revista Católica, 7 de enero de 1854: 725.

11. Ver P. Pedro Espinosa Santander, S.J., «¿Es Chile un país católico? Polémica en torno a un libro del padre Hurtado», en Teología y Vida, Vol. XLVI (2005), 625-674.

ticipación democrática llevó a una explosión de expectativas de mejoramiento económico y social que fueron alentadas desde el propio sistema político. Sin embargo, ni los planes económicos, ni las agendas de mejoramiento social fueron capaces de satisfacer las crecientes demandas. De hecho, se calcula que entre 1950 y 1970 el crecimiento del país no superó el 2,5%.

Este magro desarrollo, combinado con las altas expectativas de una mayor redistribución, llevó, entre otros factores, al surgimiento de un profundo sentimiento de frustración en la población. Frustración que se fue transformando en una creciente deslealtad con el régimen democrático y que, combinada con una serie de otros factores, desembocó en el golpe de Estado de 1973[12].

En la actualidad, por más que la elite política insista en convencernos de la existencia de una profunda tradición democrática de nuestro país en el siglo XX y de que nuestro nivel actual de desarrollo económico nos permitirá superar rápidamente los altos niveles de pobreza, todo indica que no hemos sido capaces de incorporarle a nuestra identidad nacional un sólido sostén cívico y económico. Se trata, todavía, de un desafío pendiente.

Comentarios a algunos resultados de la Encuesta Bicentenario 2007

A la luz de lo expuesto, no nos debe sorprender que los principales fundamentos de nuestra identidad sean lo histórico, lo territorial y lo bélico. Tampoco constituye una sorpresa que un 74% declare sentirse «muy y bastante orgulloso» de la historia de Chile, y que un 66% afirme estar «muy y bastante orgulloso» de la victoria en la Guerra del Pacífico. Congruente con lo anterior resulta que Arturo Prat sea el héroe más admirado, con un 67% de apoyo. En suma, reaparece el decimonónico orgullo guerrero como uno de nuestros principales símbolos identitarios, donde el alto apego a la canción nacional y a la bandera chilena vienen a completar el cuadro, con un 83% y un 82%, respectivamente.

Tampoco nos debe sorprender, aunque sí preocupar, que el orgullo que genera la democracia en Chile alcance apenas un 33% y que el relacionado con el nivel de desarrollo del país llegue solamente a un 42%. Estos resultados estarían confirmando la debilidad de dos de nuestros aparentemente más preciados símbolos identitarios: la democracia que, a pesar de los golpes de Estado de mediados de los años 20, e incluso de 1973, es supuestamente un factor de identidad nacional-republicana de gran trascendencia; y el nivel de desarrollo, tema central del relato que construyeron, sobre todo, los últimos gobiernos.

En cambio, sí llama la atención la baja valoración de Bernardo O'Higgins, cuyo nivel de admiración se sitúa en 49%. Comparto la apreciación que plantea que el resultado obtenido por el Padre de la Patria pueda deberse al vínculo, en versión autoritaria, que el gobierno militar estableció con su figura. Consistente con lo expuesto resulta que el Padre Hurtado genere una identificación tan alta (76%). Lo mismo puede decirse de nuestra otra santa, Teresa de Los Andes, que alcanza un 62% de admiración.

Sin embargo, al seguir revisando los resultados comienza a perfilarse una pregunta, a mi juicio, central: ¿cuáles son los atributos que los encuestados le asignan a cada uno de los personajes mencionados?

La relevancia de esta cuestión se desprende al analizar resultados como los que siguen: parece obvio que las personas con sensibilidad de izquierda admiren profundamente a Pablo Neruda (88%); no obstante, los que tienen una sensibilidad de derecha también expresaron una admiración relativamente alta (68%) hacia el poeta. Más sorprendente aún resulta que el nivel de admiración que genera Teresa de Los Andes sea muy cercano entre quienes se identifican con la derecha (67%) y la izquierda (62%). Un equilibro aún mayor se observa con el Padre Hurtado. Asimismo, se aprecia que en la Región Metropolitana la victoria en la Guerra del Pacífico genera un orgullo que está casi 20 puntos porcentuales por debajo de la media nacional. Es más, los habitantes del Gran Santiago evalúan casi siempre de manera menos positiva los distintos aspectos de la nacionalidad que el resto de los chilenos. Esta tendencia podría ser explicada por el hecho de que las grandes ciudades tienden a desperfilar la identidad de sus habitantes y a generar nuevas y distintas identidades, más segmentadas, pero esa afirmación debe ser contrastada a partir de otras investigaciones.

Si bien la Encuesta Bicentenario no pretende ahondar en los atributos que las personas le asignan a los hechos y personajes con que se identifican, a la luz de sus resultados parece claro que éstos varían de acuerdo a la zona geográfica, rango etario, género, nivel educacional

12. Ver Cristián Gazmuri, «Algunos antecedentes acerca de la gestación de la crisis chilena 1970-1973», en: Revista Opciones, nr. 9, Santiago 1986, y Valenzuela, Arturo: «El quiebre de la democracia en Chile», Santiago 1989.

y socioeconómico, o preferencia política. Aunque sí nos entrega muy buenos indicios, los que se incrementarán con los resultados de las próximas versiones de este sondeo, para poder profundizar en el conocimiento de los cambios y continuidades de nuestra identidad nacional será fundamental ahondar en el ámbito de los atributos.

Referencias

- **Collier, S.** (2005) *Chile: la construcción de una república. 1830-1865. Políticas e Ideas*. Santiago.
- **Collier, S. y Sater, W.** (1999) *Historia de Chile, 1808-1994*. Madrid: 129-131.
- **Gazmuri, C.** (1989) «Algunos antecedentes acerca de la gestación de la crisis chilena 1970-1973». *Revista Opciones*, número 9, Santiago.
- **Gazmuri, C.** (2006) *La Historiografía Chilena (1842-1970)*, Tomo I: 44.
- **Godoy, O.** (2002) «Funciones de integración del Estado». *Revista de Ciencia Política*, vol. XXII. Número 2: 105-119.
- **Góngora, M.** (1986) *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Santiago.
- **Jaksic, I.** (2007) *Andrés Bello. La pasión por el orden*. Caracas.
- **Kónig, H. J.** (1988) *Auf dem Wege zur Nation. Nationalismus im Prozeß der Staats- und Nationbildung Neu-Granadas 1750 bis 1856*. Sttugart.
- **Larrain, J.** (2001) *Identidad Chilena*. Santiago, Lom.
- **Peralta, P.** (2007) *¡Chile tiene fiesta!: el origen del 18 de septiembre 1810-1837*. Santiago.
- **Purcell, F.** (2007) «Discursos, práticas e atores na construcao do imaginario nacional chileno (1810-1850)». M.A. Pamplona y M. E. Mäder (ed.) *Revolucoes de independencias e nacionalismos nas Américas. Regiao do Prata e Chile*. Sao Paulo: 173-213.
- **Sagredo, R.** (2006) «Cartografía y nación. El atlas de Gay y la representación de Chile». Texto presentado en el Seminario Estado, territorio, partidos. El Estado-nación en las Américas a lo largo del siglo XIX, Bogotá, noviembre.
- **Sater, W.** (1973) *The heroic image in Chile: Arturo Prat, secular saint*. Berkeley, Los Angeles. Caps. 3 y 4 y Anexos I y II.
- **Serrano, S.** (1994) *Universidad y Nación*. Santiago.
- **Silva, R.** (2001) "El Alma de Chile". S. Correa (et. al.). *Documentos del siglo XX chileno*: 509-518.
- **Stuven, A.M.** (2000) *La seducción de un orden: las elites y la construcción de Chile en las polémicas culturales y políticas del siglo XIX*. Santiago.
- **Stuven, A.M.** (2007) «La palabra en armas: patria y nación en la prensa de la guerra entre Chile y la Confederación Perú-Boliviana, 1835-1839". C. Mc Evoy y A. M. Stuven (eds). *La República Peregrina. Hombres de armas y letras en América del Sur, 1800-1884*. Lima 2007: 407-441.
- **Valenzuela, A.** (1989) *El quiebre de la democracia en Chile*. Santiago.

Comentarios

JORGE LARRAÍN
Vicerrector académico de la
Universidad Alberto Hurtado

Siempre es difícil y un poco frustrante hablar de la identidad nacional sobre la base de una encuesta. El trabajo de Patricio Bernedo refleja claramente la dificultad en su propia estructura: varias páginas que se basan en análisis sociológicos e históricos de distintos autores (incluido yo mismo), donde se busca establecer en qué consiste nuestra identidad, o lo que ha sido a lo largo de la historia, y cuáles rasgos serían los más importantes, además de presentar un apartado final sobre los resultados de la encuesta. Demás está decir que la relación entre las dos secciones es tenue o, más bien, lo que aporta el sondeo a lo que se había detectado en la sección primera es casi sin importancia o muy marginal. Posiblemente me habría pasado lo mismo si yo hubiera tenido que hacer la presentación.

En defensa de la encuesta podría decirse que su objetivo no era exclusivamente estudiar la identidad nacional y que, por eso, es exagerado pedirle tanto. Se toman allí sólo unas pocas variables que, a lo más, muestran algunos elementos de interés. También es posible argüir que puede ayudar a confirmar o poner en duda aspectos relacionados a los que se ha llegado por otras vías. Asimismo, puede mostrar rasgos o resultados inesperados que es necesario explicar y que un análisis más amplio contribuiría a entender. Todo esto puede ser, pero tengo la sospecha de que, de todos modos, la encuesta es el método menos indicado para estudiar una identidad nacional o que su contribución siempre será muy parcial y que por sí sola no permite avanzar mucho.

Hay dos problemas principales en relación con el estudio de la identidad nacional. Primero, el carácter formal y general de las preguntas relativas a los atributos o virtudes que tendrían los chilenos, podría llevar a pensar, equivocadamente a mi modo de ver, que por identidad se entiende una serie de rasgos caractereológicos permanentes, casi una estructura psíquica estable de caracteres del tipo pesimismo, solidaridad, humor, laboriosidad, austeridad, hospitalidad, etc. De hecho, la encuesta concluye que los chilenos tienen mucha o bastante solidaridad, humor, sentido de familia, hospitalidad y laboriosidad. Aparte de que podría encontrarse que esto también es cierto de los rusos y peruanos, y tal vez de muchos otros, lo que no nos permite decir que tenemos una estructura única de rasgos, surgen dos problemas adicionales. Primero, la tentación psicologizante, el trasponer indebidamente los elementos psicológicos de las identidades personales a las identidades culturales, como si el humor y la solidaridad fueran rasgos estables o estuvieran en el ADN de la mayoría de los chilenos.

Segundo, la deshistorización de los estados de ánimo, virtudes o defectos del llamado 'carácter chileno'. Sin duda es posible verificar que en determinados momentos en una sociedad hay mayor pesimismo o solidaridad que en otros, y eso hay que explicarlo según las circunstancias históricas. Por ejemplo, es detectable el miedo que existió en Chile hasta treinta años después del golpe militar. Pero no debe generarse la impresión de que éstos son rasgos permanentes, casi biológicamente heredados. No sólo porque es una sobregeneralización inadecuada extender a todo un grupo humano caracteres que son individuales, sino también porque entrega elementos que facilitan la construcción complaciente, tanto del sí mismo (los chilenos somos valientes, inteligentes, solidarios), como del 'otro' por medio de estereotipos: los argentinos son arrogantes, los europeos son individualistas, etc.

Las encuestas siempre permanecen en los niveles formales cuantificables de las opiniones personales y tienen dificultades para penetrar en las modalidades discursivas que respaldan las creencias e identificaciones de los individuos. Este es otro problema que también deriva de la concepción misma de la identidad que, no hay que olvidarlo, es un relato interpretativo de las prácticas y mo-

dos de vida de un grupo de personas. Y los discursos no se pueden estudiar sobre la base de escalas de actitudes. Si uno mira los antecedentes aportados por la encuesta, es difícil entender, por ejemplo, que existan varios discursos públicos sobre la identidad, algunos más influyentes que otros, en distintas épocas y circunstancias.

Si me preguntan, yo diría que el discurso identitario más importante del Chile actual, aunque el entusiasmo por él está declinando, es lo que llamo el discurso empresarial o exitista sobre la identidad chilena, que se caracteriza por cuatro elementos.

1. **Chile país exitoso o ganador.** Se concibe a Chile como un país emprendedor donde el empuje, el dinamismo, el éxito, la ganancia y el consumo destacan como los nuevos valores centrales de la sociedad chilena. Es un Chile que conquista mercados en el mundo y que aventaja exitosamente a sus vecinos.
2. **Chile país diferente.** La idea central es que Chile es distinto al resto de América Latina, una nación de rasgos europeos, donde las cosas se hacen seriamente y con poca corrupción. Esto contrasta con las dificultades de los vecinos que se atribuyen al desorden político y las malas políticas económicas. Hasta 1973, Chile se consideraba inserto en un proyecto compartido con América Latina. Hoy parece creer en su carácter excepcional dentro de la región. Se siente más próximo a Europa y Estados Unidos, y los tratados de libre comercio con estas naciones demuestran que, de hecho, son sus socios verdaderos.
3. **Chile país desarrollado.** Desde 1990, más o menos, el discurso empresarial sobre la identidad chilena ha ido proyectando la imagen de una nación que ha dejado de pertenecer al Tercer Mundo y que ha pasado a compartir destino con una comunidad selecta: la de los países en vías de desarrollo más exitosos. Desde fines de los años ochenta, una de las aspiraciones más sentidas del mundo intelectual y político chileno es pertenecer a la comunidad de las naciones desarrolladas, algo que muchos creen que está a la mano. Mientras en el período que va desde 1950 hasta 1973 había clara conciencia de la necesidad de desarrollo, pero no necesariamente optimismo sobre la posibilidad real de alcanzarlo en el mediano plazo; en la década de los noventa se expandió la conciencia de que llegar a ser un país desarrollado no sólo era posible, sino que Chile estaba relativamente cerca de esa meta. Incluso, el tercer gobierno de la Concertación se planteó como objetivo que Chile fuera una nación desarrollada para el 2010, fecha del segundo centenario de la independencia.
4. **Chile país modelo.** El discurso identitario empresarial plantea que Chile es un modelo para otros, especialmente para América Latina. Se precia y enorgullece de que instituciones internacionales como el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional, y también políticos europeos y norteamericanos, hayan asegurado en varias ocasiones que Chile ha hecho las cosas bien y que otros deberían seguirnos. Puede que ésta sea una imagen propia de las elites, pero esta versión circula ampliamente en los medios y muchos ciudadanos comunes, agobiados por las deudas o el desempleo, obtienen de ella alguna satisfacción vicaria. Así, no sorprende que nuestros vecinos nos consideren ahora arrogantes.

Muy poco de nuestros 'orgullos' actuales son considerados por la encuesta, la que sigue preguntando cuán orgullosos estamos de nuestro triunfo en la Guerra del Pacífico, de nuestro folclore o de nuestra comida. De hecho, todos estos aspectos aparecen entregando más satisfacción que el nivel de desarrollo alcanzado. Pero uno realmente no ve en el panorama discursivo nacional la prevalencia de cuestiones relativas al folclore, la comida o la Guerra del Pacífico. Esta última ciertamente fue un tema y un motivo muy importante de identidad chilena, especialmente a fines del siglo XIX y a comienzos del XX, dentro de un discurso que privilegiaba el componente bélico y militar de nuestra identidad. Pero hoy día ese argumento ya no tiene la importancia que tuvo, no interpela a los chilenos tanto como el discurso empresarial.

EUGENIO TIRONI
Presidente de Cieplan

El filósofo americano Richard Rorty afirma que «el orgullo nacional es para los países lo que el respeto de sí mismo es para los individuos: una condición necesaria para el desarrollo personal». Si esto es así, nuestro país está en una buena posición. Tal como lo demuestra la última Encuesta Bicentenario, los chilenos exhiben un alto orgullo respecto de la comida (85%), el folclore (78%), la historia de Chile en general (74%) y la Guerra del Pacífico en particular (66%). Incluso, en otra encuesta realizada en siete países de América Latina por Cieplan, el Instituto F.H. Cardoso de Brasil y el Instituto de Sociología de la Universidad Católica (EcosociAL-2007), cuando se planteaba el grado de acuerdo con la afirmación «tomando todo lo bueno y lo malo, me siento orgulloso de la historia de mi país», el respaldo a la opción «muy de acuerdo» fue de 77% en Argentina, 63% en Brasil, 91% en Colombia, 88% en Guatemala, 89% en México, 91% en Perú y 87% en Chile. Es decir, quedamos ubicados en la mitad de la tabla, pero siempre con índices muy altos.

Incluso, en la Encuesta Mundial de Valores, cuando se pregunta «cuán orgulloso se siente de ser chileno, argentino, etc.», las respuestas positivas en nuestro país alcanzan a 72%, al igual que en Estados Unidos. En Europa, en cambio, las cifras son menores: Francia llega sólo a 40%, Italia a 39%, Japón a 23%, Holanda a 22%, España a 62% y Gran Bretaña a 52%. De esta forma, Chile se ubica en la media hacia arriba, lo que es bastante meritorio, en circunstancias de que en nuestro medio, lamentablemente, las manifestaciones de orgullo nacional son aplastadas por las expresiones de vergüenza o el murmullo soterrado del cinismo.

Rorty dice que las naciones confían en los artistas e intelectuales para crear imágenes e historias acerca de su pasado nacional. La intelectualidad chilena –que incluye al mundo de la academia, del arte, del periodismo, de la política, de la literatura, del cine y de la cultura en general– se ha desplazado antes por la vertiente cínica que por la vertiente épica; ha estado más volcada a reflexionar acerca de los fracasos que de los éxitos de Chile. Incluso, nuestro sistema educacional, y en particular la actitud de nuestros profesores, es ácida con respecto a nuestros logros. Para ellos, mostrar orgullo es una señal de ingenuidad. Como dice la escritora Isabel Allende, «en Chile es de tontos hablar bien del país».

En estas circunstancias, es curioso que se mantenga el alto nivel de orgullo nacional que muestran los sondeos. Ahora, como afirma la Encuesta Bicentenario y también Patricio Bernedo, el patriotismo chileno está muy asociado a la historia general de Chile y a los temas bélicos, situación especialmente fuerte en los estratos bajos y en el norte del país. Esta cierta tonalidad bélica se confirma en hechos como la alta valoración ciudadana de Arturo Prat como el personaje más identificado con la chilenidad. Es interesante lo que señala Patricio Bernedo, en el sentido de que la admiración frente al heroísmo de Prat duró poco en su momento y que su figura fue rescatada varios años después por la elite política, que enfrentaba una crisis interna y tensiones con Argentina y Perú. Esto confirma que los héroes patrios se inventan, se imaginan, al igual que la nación, que –en la conceptualización introducida por Benedict Anderson– es una «comunidad imaginada», un «proceso de producción cultural», la manera «como elegimos pensar acerca de nosotros mismos».

Este sentimiento de orgullo patrio se debilita, no obstante, en lo referente a la democracia y el desarrollo. Y hay buenas razones para esto. En el caso de la democracia, no podemos olvidar que no hace mucho vivimos una crisis mayúscula, lo que impacta en nuestra adhesión a ella. En EcosociAL-2007 se observa que, ante la pregunta de si la democracia es mejor que cualquier otra forma de gobierno, las respuestas afirmativas alcanzan a 73% en Argentina, 64% en Brasil, 51% en Colombia, 53% en Guatemala, 63% en Perú y sólo 55% en Chile. O sea, nos ubicamos en la parte baja de la tabla, con casi la mitad de los encuestados escépticos de las virtudes de la democracia.

Respecto del modelo de desarrollo, es evidente que Chile vive una suerte de esquizofrenia. La sociedad chilena hoy se mueve por una racionalidad que sigue el paradigma del capitalismo-liberal (promoción del individuo, extensión del mercado hacia todas las esferas imaginables, culto al trabajo, privatización de los riesgos y oportunidades, masificación de la democracia). Y la gente, desde el punto de vista individual, se siente bastante satisfecha con ese sistema. Pero se trata de una práctica que carece de un relato de carácter mítico; de una facticidad que no ha creado a sus héroes. De hecho, si algún fracaso ha tenido la revolución modernizadora

chilena, victoriosa en lo económico y en lo político, ha sido no ser capaz de contar su historia e incorporarla al núcleo de la identidad chilena actual. No haber logrado socializar un relato, un sueño, un proyecto compartido, como sí pudo hacerlo la visión utópica de nuestro país a mediados del siglo XX, visión que ahora es parte de una nostalgia nacional.

En lo que se refiere a la valoración de las figuras chilenas, lo que aparece es un elenco de nombres bastante equilibrado: O'Higgins/Carrera; Rodríguez/Portales; Balmaceda/Alessandri, y el ya mencionado Prat. Santos y poetas, junto con los anteriores héroes republicanos, reciben una fuerte y transversal adhesión. Entre las figuras más contemporáneas aparecen Frei, Allende, Pinochet, con preferencias bastante distribuidas. Lo que estas opciones parecen revelar es un cierto pluralismo de la sociedad chilena y una aversión al mesianismo: ningún personaje destaca demasiado del pelotón, lo que parece bastante positivo.

Es sintomático que no haya una figura del siglo XX que resalte por sobre las demás, lo que muestra que estamos más fragmentados que en el siglo XIX, cuando se daban divisiones tan tajantes como aquéllas entre o'higginistas y carrerinos. Asimismo, no deja de sorprender que así como inventamos a Prat no se hayan inventado otros líderes, especialmente científicos, industriales, deportistas, personajes que sería fácil encontrar en cualquier parte del mundo.

En otros aspectos de la encuesta, me sorprendió el optimismo que trasuntan las respuestas, con la excepción de las expectativas en cuanto a detener el daño al medio ambiente. En general, se perciben avances en el desarrollo y calidad de la educación y no se observan retrocesos en aspectos como la reducción de la pobreza, la reconciliación, la distribución de los recursos, aunque sí aparece un mayor grado de conflictividad política y social entre los chilenos, como el caso de las reivindicaciones del pueblo mapuche, aunque creo que lo anormal habría sido que el conflicto ricos-pobres hubiera estado más bajo que hace un año.

Como conclusión, diría que el patriotismo o la identidad nacional que revela la encuesta, pese a todo lo que he afirmado, tiene pies de barro. Y planteo esto por diversas razones.

En primer término, hay un proceso evidente de erosión del patriotismo e identidad basados en la historia general, sobre todo guerrera. Como soporte, esa historia guerrera es débil. En los estratos altos, en los jóvenes y en Santiago, que son los que marcan tendencia, se aprecia una menor adhesión a las virtudes, valores y líderes bélicos que en el pasado y que en el resto de la población. Estos grupos exhiben una cierta migración identitaria hacia nuevos atributos que quizás no están lo suficientemente revelados en la encuesta y que ya no son la Guerra del Pacífico o Bernardo O`Higgins. Entonces, puede haber una erosión o mutación del proceso de la identidad nacional hacia identidades mucho más plurales.

Un segundo aspecto que muestra una cierta debilidad de la identidad nacional es el tipo de virtudes a las cuales se apela, como la comida, la hospitalidad, el humor, que son una especie de comodín para no decir nada. En este aspecto, quizá, sólo se salva el sentido de familia, que se menciona como uno de los rasgos de la chilenidad. A lo anterior se suma la identificación fragmentada con el siglo XX. Pareciera que no lo hemos digerido bien, al punto que seguimos apelando melancólica e idealizadamente al siglo XIX.

Otro factor es nuestra relación problemática con la democracia y el desarrollo, que aparecen débiles en nuestra definición identitaria o, incluso, ausentes de ella. Y por último, tal como lo afirma Patricio Bernedo, el gran fracaso que ha tenido la construcción de la identidad es el no haber dado cabida en ella a los pueblos indígenas.

En este último ámbito es fácil advertir el retraso que muestra nuestro país. Ello se hace patente cuando nos comparamos con otras naciones jóvenes, como Nueva Zelanda, donde a mediados de los años ochenta del siglo pasado, mirando lo ocurrido en Sudáfrica y ante la amenaza de un incremento de las tensiones étnicas, se inició un vasto movimiento orientado a crear una identidad nacional neozelandesa en la que convergiera su población europea y maorí.

El esfuerzo en tal sentido ha sido notable. Enormes recursos se han orientado a favorecer la integración económica y social de los maoríes, lo que constituye la dimensión más obvia de tal empeño. Lo excepcional es la manera como se ha encarado la dimensión simbólica, donde se ha emprendido un programa sistemático de relevamiento y subsidio de la cultura maorí. En esa línea, son notables diversas acciones: el idioma maorí ha sido revitalizado, al punto que está presente en toda la señalética oficial y se enseña a lo largo del ciclo educacional. Además, el Estado financia señales de televisión y de radio que emiten en esa lengua; el museo histórico

nacional está organizado a partir de su cultura; las fuerzas armadas han incorporado las tradiciones guerreras maoríes y lo mismo han hecho los *All Blacks*, su mítica selección de rugby. En suma, el idioma, la gráfica, los ritos y las costumbres maoríes se han instalado en toda la vida cotidiana de los neozelandeses y es cada vez mayor la población que ya no acepta reconocerse como maorí o europea, sino exclusivamente como neozelandesa.

Todo este esfuerzo ha permitido a Nueva Zelanda, primero, gestionar exitosamente una sociedad multicultural y, segundo, transformar esta capacidad en una ventaja comparativa. En efecto, la incorporación de la cultura maorí y la gestión de su multiculturalidad la proveen de una identidad específica que agrega valor a su imagen-país, transformando lo que parecía una amenaza en una oportunidad.

Fue un gobierno de centro-izquierda, encabezado por Helen Clark, el que ha propuesto, entre los tres objetivos estratégicos de la próxima década, el fortalecimiento de la identidad nacional para llegar a «sentir orgullo por quienes somos». ¡Qué lejos estamos en Chile de algo semejante! Seguimos viendo la 'cuestión indígena' como algo ajeno y que sólo tiene espacio en las secciones policiales de la prensa. Seguimos discutiendo sobre la imagen-país con escasísimo acento en la necesidad de reflexionar acerca de nuestra identidad-país. Con nuestra autocelebrada astucia, hemos creído que podíamos colocar la carreta por delante de los bueyes.

Si una sociedad como la nuestra no pone esfuerzos premeditados en estas materias, incorporando la cuestión indígena y sumando las nuevas identidades a este núcleo, el alma que la unifica va a tener muchas dificultades para enfrentar, no sólo las tensiones que produce el mercado, sino también las que produce la multiculturalidad.

La modernización de tipo liberal que hemos adoptado tiene una característica que es insoslayable: crea una sociedad altamente individualista, competitiva y fragmentada, cuya cohesión descansa en el pegamento que producen sus símbolos, sus ritos, sus leyendas y no (como antaño) en la capacidad de integración jurídica y económica del Estado. Por lo tanto, la ausencia o debilidad de tales factores 'pegajosos', esto es, la carencia de una identidad nacional fuerte, pone en riesgo la cohesión social. En tales condiciones, se le hace difícil a la sociedad gestionar sus crecientes (e inevitables) diferencias internas, producto precisamente de su proceso de modernización. Sin identidad, la modernización puede devenir, no en segmentación, sino en pura y simple atomización. Y, a la vez, se le impide a Chile responder a una demanda creciente de nuestro tiempo: la aspiración por algo a lo cual pertenecer. Las ideologías ya no responden a ese requerimiento; y si éste no encuentra respuesta en una identidad nacional fuerte, lo que queda son tan sólo las raíces, las etnias, las religiones, con sus secuelas de intolerancia, fanatismo y violencia. Por último, la ausencia de identidad–país impide crear y proyectar una imagen–país consistente y reconocible en el mundo, lo cual es básico para sus aspiraciones de constituirse en un actor global.

La responsabilidad frente a tales carencias no recae en los políticos ni los empresarios, sino principalmente en los intelectuales y los artistas, quienes son los encargados de crear las historias y las imágenes que necesitamos para proyectarnos juntos.

La inminente conmemoración del Bicentenario es, probablemente, una buena ocasión para reflexionar a fondo acerca de la idea que nos mueve, acerca de la memoria que compartimos, así como los mitos y fantasías comunes que nos inspiran. De deliberar, en fin, acerca del 'sueño chileno'.

Ciudad y barrio

PABLO ALLARD
Académico de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Estudios Urbanos UC

Introducción

Antes de interpretar los resultados de la Encuesta Nacional Bicentenario Universidad Católica-Adimark, es importante señalar que las variables físicas y espaciales que conforman el espacio urbano no comparecen como elementos significativos de la muestra, pues el estudio se concentra en aspectos de organización o desorganización social, indicadores de confianza y asociatividad vecinal y disponibilidad hacia la movilidad residencial. Esta advertencia es necesaria, ya que las características de habitabilidad de barrios y la percepción de la calidad de vida de muchas comunidades están determinadas, tanto por las condiciones endógenas de su espacio (estructura física de calles, espacios públicos, manzanas y edificaciones), como por las condiciones exógenas de localización, infraestructura, conectividad y cercanía a servicios y fuentes de trabajo. El sondeo define sólo aspectos cualitativos de los barrios, según indicadores de desorganización social, y no pondera otras variables que pudieran internalizar los aspectos físicos, lo que circunscribe mi interpretación a relaciones que no necesariamente se vinculan con la evidencia levantada en la encuesta. En este sentido, este análisis se limitará a establecer algunas relaciones entre los resultados y las características de nuestras ciudades, particularmente referidas a Santiago. Para ello desarrollaré tres puntos que podrían dar luces respecto de las conclusiones de este sondeo:

1. **Carencia de ciudad:** Incidencia de las políticas de suelo y vivienda en las condiciones de vida de los barrios y comunidades.
2. **Cambios socio-ocupacionales, del barrio obrero al ghetto:** Impacto de las transformaciones económicas y sociales vividas en las últimas décadas y sus efectos urbanos.
3. **De la cantidad a la calidad:** Nuevas demandas y expectativas de la población respecto de su calidad de vida.

Una lectura preliminar de los datos

Más allá de las limitaciones que puede tener este análisis, estudios recientes destacan la importancia de las relaciones sociales en la 'calidad de vida' de nuestras ciudades. Una encuesta de percepción de marca realizada en Santiago, en septiembre pasado, por Feedback para Chilectra (Feedback 2007) muestra que, tanto santiaguinos como extranjeros residentes, consideran que nuestra ciudad tiene mejor calidad de vida que Caracas, Bogotá, Río e, incluso, Buenos Aires, siendo levemente superada por Ciudad de México. Donde difieren las percepciones es en los aspectos que menos gustan de Santiago: mientras los locales ranquean en los primeros lugares a la delincuencia (24%), la contaminación (23,8%), el transporte público (15,3%), la congestión vehicular (8,7%) y, recién en el quinto lugar, el comportamiento de la gente (6,6%); los extranjeros repudian, en primer término, la contaminación (28,7%) y después el comportamiento de la gente (15,8%) por sobre la delincuencia (14,9%), sin mencionar la congestión. En este sentido, no es menor que nuestro comportamiento y mala convivencia sean percibidos por los extranjeros como algo peor que la delincuencia.

El tema de la convivencia, relacionada con la calidad de vida, queda de manifiesto en los resultados de la Encuesta Bicentenario, que estimó la calidad de las relaciones vecinales utilizando indicadores como confianza, amistad y asociatividad. Según el sondeo, un 33% declara confiar en la mayoría de los vecinos, mientras un 22% no confía en ninguno de ellos. Es interesante reconocer que estos niveles de confianza aumentan con los años de

residencia, lo que acusa los efectos que la construcción de nuevos barrios o los procesos de migración interna tienen en la ciudad.

En cuanto al barrio como fuente de amistad, el estudio arroja resultados sorprendentes: mientras el 13% declara que la mayoría de sus amigos proviene del barrio y un 24% reconoce tener algunos de sus amigos ahí, un 40% dice no tener ningún amigo. Estos indicadores se pueden interpretar como una manifestación de que en Chile los vínculos de amistad están más relacionados con la familia extendida y las redes sociales laborales o de intereses, que con la localización de los hogares. A diferencia de países, como EEUU, la decisión sobre dónde vivir no se vincula con la ubicación del colegio de los hijos. El hecho de que la escuela del barrio no esté relacionada con cubrir las demandas de la comunidad, reduce las posibilidades de establecer vínculos de amistad en los jóvenes. En los grupos socioeconómicos más altos esta situación se extrema, dada la mayor disponibilidad a asumir los costos de movilización y la mayor selectividad en torno al establecimiento educacional.

Si el colegio ya no es el punto de encuentro, las oportunidades de relación se remiten al espacio público o aquellas actividades que surgen de necesidades comunes. Sin embargo, la encuesta señala que el barrio es mucho más precario como fuente de asociatividad. Cerca del 80% declara no haber asistido a una reunión o actividad vecinal en el último tiempo, y sólo el 10% reconoce haberlo hecho. Al parecer, los chilenos preferimos otras instancias, lo que explicaría por qué somos el país con mayor porcentaje de personas que trabajan como voluntarios sin remuneración en Latinoamérica (47% de voluntarios vinculados a más de 106.880 organizaciones) (Mini Book 3 2007)[1].

La encuesta también da cuenta de que los bajos índices de asociatividad están menos determinados por el tiempo de residencia y la calidad del barrio, aunque muestra una diferencia que favorece a los moradores antiguos, lo que probablemente apunta a un mayor apego o disponibilidad de tiempo para participar en actividades comunitarias. Otro factor relevante es que en los sectores calificados como más desorganizados (categoría establecida por la encuesta para definir aspectos como vandalismo o robos, pero no necesariamente a las organizaciones sociales) se aprecia una vida comunitaria ligeramente mayor. Esta relación se puede interpretar como parte de las redes sociales que se establecen en las comunidades de menores ingresos que vienen de la tradición de organizaciones de reivindicación social, comités de vivienda, ollas comunes, etc.

Si la escuela o las actividades comunitarias no logran promover las relaciones vecinales, el espacio público como esfera de encuentro podría aportar a ello. No obstante, la encuesta no entrega datos suficientes para establecer este vínculo. Los bajos indicadores de amistad revelados podrían fortalecer la posición de aquellos románticos que añoran la vida de barrio que tuvieron en su infancia. Si todo tiempo pasado fue mejor, sorprende que el 55% considere que su vida familiar y tiempo libre son superiores a los de sus padres. Si la vida familiar es mejor hoy y tenemos más tiempo libre, ¿cómo y por qué hemos dilapidado nuestra vida de barrio?

Un último aspecto de la encuesta que sorprende es la alta disposición hacia la movilidad residencial: al 42% le gustaría cambiarse de casa; al 36%, de barrio; y al 21%, de comuna, llegando a un 17% que se trasladaría de ciudad. Aunque estas cifras podrían interpretarse como una cierta insatisfacción con la vivienda o barrio en que se habita, son un buen síntoma, ya que muestran que las personas no sólo esperan vivir mejor, sino que el acceso a la propiedad de la vivienda es cada vez más fácil, y que la añorada casa propia no es para toda la vida, sino para diversas etapas de ella.

Carencia de ciudad

Las políticas de suelo y vivienda implementadas en los últimos 25 años han tenido una incidencia directa en las condiciones de vida de barrios y comunidades. En los años ochenta, los programas de erradicación de campamentos desarrollados por el gobierno militar significaron el traslado masivo de poblaciones de escasos recursos desde áreas centrales hacia la periferia. Si bien estos programas ofrecían soluciones habitacionales permanentes para familias que antes vivían en campamentos irregulares, la calidad de las nuevas viviendas era limitada, pues se localizaban en terrenos remotos de bajo costo, sin el equipamiento necesario y lejos de las redes de oportunidades (Sugrayñez, 2002, Ducci, 1996, 1997, 2000, 2007).

Durante los primeros gobiernos de la Concertación, estas dinámicas de expulsión de los sectores de escasos

1. Los datos de voluntarios en obras sociales se obtuvieron de una investigación de la Universidad Johns Hopkins, que consideró la cantidad de voluntarios que participa en organizaciones sin fines de lucro en 40 países. Universidad de Johns Hopkins, EE.UU., 2006.

recursos hacia la periferia se fortalecieron por la vía de regulaciones que redujeron la oferta de suelo urbano, lo que detonó la especulación y limitó la accesibilidad a suelos para vivienda social, además de consolidar un modelo de segregación espacial. Estas dinámicas superaron la capacidad de los instrumentos de planificación vigentes y de las autoridades para regular la provisión de equipamiento para suplir las necesidades de servicios, esparcimiento, educación y socialización. En el caso de los nuevos barrios para grupos medios, los estándares de diseño y equipamiento de áreas verdes cumplían con los mínimos requeridos, maximizando la utilización del suelo. Sin embargo, en el caso de las viviendas sociales, el grado de consolidación de espacios públicos, alumbrado y servicios presenta, hasta hoy, un alto nivel de precariedad. Esto obedece, en parte, a la sobrecarga que estos conjuntos generan en los servicios municipales, los cuales no perciben ingresos suficientes para cubrir las demandas, ya que la vivienda social está exenta del pago de contribuciones de bienes raíces.

A modo de ejemplo, basta revisar los grados de inequidad urbana que acompañan esta segregación, analizando la distribución de parques y áreas verdes en el Gran Santiago. Un estudio de la consultora Atisba[2] muestra que la cantidad de áreas verdes públicas consolidadas por habitante (no agrícolas o tierrales) en el sector nororiente de la capital alcanza los 20,3 m^2 por habitante, mientras que en el sector sur poniente llega sólo a los 2,3 m^2 por habitante (la Organización Mundial de la Salud recomienda un mínimo de 8 m^2 por habitante). La cifra se extrema si consideramos que el sector oriente tiene una población cercana a los 613 mil habitantes y en la periferia sur sobrepasa el millón y medio (sólo Puente Alto tiene cerca de 500 mil habitantes).

Esta inequidad se agrava si agregamos el indicador de uso del tiempo libre elaborado en el Chilescopio de Collect[3]. Según este estudio, mientras en el estrato ABC1 prefieren quedarse en sus casas y realizar actividades en lugares cerrados (como ir a restaurantes), los representantes del C3 y D optan por salir a caminar o hacer actividades al aire libre, probablemente expulsados de sus hogares por el hacinamiento. En otras palabras, la oferta y demanda de áreas verdes se está alejando en nuestra ciudad. Otro indicador que refuerza esta carencia de espacios públicos es el estudio de Feedback/Chilectra, que señala que un 22,1% de los santiaguinos nunca ha asistido a una plaza o parque público en el último año y que sólo el 12% lo ha hecho menos de una vez en el mes.

A comienzos de los años noventa se inició el programa de parques urbanos del Ministerio de Vivienda y Urbanismo, a través del cual se crearon más de diez parques, algunos tan importantes como el André Jarlan o La Bandera. Lamentablemente, por motivos presupuestarios, esta iniciativa se ha ido desdibujando y hoy cualquier proyecto para crear nuevos parques tiene que pasar por el difícil concurso de los Fondos Nacionales de Desarrollo Regional y su mantención ha sido derivada a los municipios o al Parque Metropolitano, donde los recursos no abundan.

Si bien la oferta de espacio público en gran parte de nuestras ciudades acrecienta la inequidad, aún presenta oportunidades de relación que vale la pena explorar. El mejor ejemplo son las ferias libres. En la Región Metropolitana existen alrededor de 400. Ahí se comercializa más del 70% de las frutas y verduras de la RM (SIFL 2005). Pero son un fenómeno nacional. Un estudio del 2004 de la Cámara Nacional de Comercio reveló que más de 77 millones de personas las visitan anualmente, realizando compras por 173 mil millones de pesos a feriantes autorizados y 76 mil millones de pesos a coleros (comerciantes ilegales). Un dato interesante, en términos de integración social, es que en todas las comunas hay ferias y que cerca del 71% de los feriantes trabaja en la comuna donde vive[4]. De ahí que se haga cada vez más complejo localizar y ordenar su funcionamiento, tanto por su crecimiento, como por la escasez de espacio en las calles, lo que exige enfrentarlas como proyectos urbanos y no simples instalaciones (Troncoso 2007). Un claro indicio de esto es Transantiago, que en sus planes de construcción de infraestructura exigirá a decenas de ferias relocalizarse o redefinirse, con los consecuentes efectos que esto trae. Por otro lado está el Proyecto de Ley sobre Organización y Funcionamiento de Ferias Libres, que busca regularizar y estructurar la organización de las ferias. Todos estos cambios exigirán repensar, tanto el espacio de las ferias en la ciudad, como el espacio urbano que las acoja.

2. Atisba Consultores, www.atisba.cl, Santiago, 2003.

3. Collect GfK Investigaciones de Mercado S.A., «Chilescopio: estudio de los estilos de vida de los consumidores del mercado chileno». Segunda versión anual, julio de 2006, Santiago. Disponible en www.collect.cl

4. Instituto Chileno de Estudios Municipales (ICHEM) de la Universidad Autónoma de Chile, extraído en artículo de prensa del Diario Pyme, 20 de diciembre 2005.

En esta misma línea, uno de los aspectos que puede ayudar a reducir la segregación viene de la mano de la provisión de infraestructura, particularmente de transporte, que permita a comunidades periféricas reducir sus costos y tiempos de viaje, reintegrándose a la red de oportunidades de la ciudad central. Lamentablemente las experiencias recientes de autopistas, más allá de sus beneficios, acusan problemas graves de diseño respecto de su inserción urbana, impacto en comunidades y, más complejo aún, en su conectividad con otras rutas o modos de transporte.

Un ejemplo de los conflictos que puede generar una autopista urbana es el acceso sur a Santiago entre las comunas de La Pintana y Puente Alto. En comunidades tan frágiles como Santo Tomás, en la Pintana, los vecinos se tomaron las obras, pese a que la autopista había cumplido con los requisitos legales de mitigación de impactos. Aunque probablemente la autopista no es la culpable de estos problemas, este caso deja en claro que los grandes proyectos deben considerar todas las variables y efectos que producen y entenderse como oportunidades para hacer ciudad, más allá de mitigar sus impactos. En este nuevo escenario ya no cabe la política del hacer y luego reparar que movía al sector en tiempos de escasez. Por el contrario, se requiere de un mayor escrutinio y cuidado en el diseño, de contrapartes técnicas capacitadas, independientes de eventuales intereses y con facilidades para que los privados y la comunidad participen activamente en el diseño de los proyectos.

Otro aspecto relevante tiene que ver con la estigmatización que han recibido algunas comunidades o barrios. Tiempo atrás pedí a mis alumnos que sobre un mapa de Santiago, que sólo mostraba nombres de comunas, trataran de ubicar la población La Legua. Para mi sorpresa, casi la mitad de ellos la ubicó en La Pintana, muchos otros en Puente Alto, otros más en lo Espejo o la Granja, y sólo unos pocos dieron en el blanco. La mítica Legua queda enclavada en San Joaquín, a pocas cuadras de Santiago Centro y a una distancia caminable del campus donde ellos estudian. Si bien es lamentable que alumnos de Arquitectura no reconozcan uno de los enclaves urbanos más importantes, lo que estremece del ejercicio es la estigmatización que viven miles de ciudadanos a quienes les tocó vivir en esas otras comunas nombradas.

Hace más de un año que el Ministerio de Vivienda lanzó el programa Quiero mi barrio, que apunta a recuperar más de 200 barrios del país. Se trata de una tarea nada de fácil, no sólo por la intrincada morfología de calles laberínticas y trabados sistemas de pasajes y pasadizos que presentan algunos de estos barrios críticos, sino también por sus estructuras sociales internas y condiciones de conectividad y accesibilidad. En Santiago son más de ochenta los barrios que serán intervenidos, media docena de ellos considerados críticos, los que se trabajarán en conjunto con los planes de la Estrategia de Seguridad Ciudadana del Ministerio del Interior, que abordará la prevención social y situacional para reducir el número de robos y hogares victimizados. Todo esto debería traducirse en espacios públicos más expuestos y diseños que desincentiven el crimen.

No obstante, un tema que puede ser crítico y que ya se está notando en el trabajo de barrios como la Villa Portales o Santa Adriana en Santiago, es que el programa supone implícitamente que los problemas de estos sectores son de origen endógeno, por lo que sus estrategias tendrían un excesivo sesgo hacia el diseño urbano-espacial. Especialistas, como Francisco Sabatini, advierten que la configuración del tejido urbano y el tamaño de las viviendas en Santa Adriana presentan buenos estándares y que el problema es que su emplazamiento provee de una macrolocalización apropiada para la industria del crimen. En este sentido, Sabatini sugiere una serie de iniciativas en tres campos[5]:

1. **La lucha económica por el espacio:** Tomar esa macrolocalización como un recurso a ser aprovechado para la recuperación del barrio, con estrategias que apunten a quitárselo a quienes usufructúan de él, como el narcotráfico. Sabatini sugiere que otras fuerzas o intereses relacionados con el mercado de suelos y el comercio, que siguen patrones de localización similares, capitalicen estas localizaciones estratégicas y erradiquen a los narcotraficantes mediante normativas urbanas, incentivos tributarios, subsidios de localización y la acción policial.
2. **La lucha social y ética por la conquista de los jóvenes:** Se refiere a la dimensión social de esta intervención, atendiendo a que en estos barrios no se hace distingo entre narcotráfico y consumo de drogas. Según Sabatini, es probable que el narcotráfico tenga una continuidad histórica con las actividades criminales

5. Sabatini, Francisco; notas inéditas del comentario al trabajo realizado por el programa Quiero mi barrio en la población Santa Adriana, efectuadas en el seminario «Barrios Emblemáticos de Santiago: Una oportunidad de construir ciudad», Observatorio Social de la Universidad Alberto Hurtado, Santiago, 18 de diciembre 2007.

de escala urbana. En el marco de una recuperación social del barrio, la buena relación de los narcotraficantes con la población es un factor preocupante que debería ser objeto de acciones específicas de largo plazo. Aquí aparece como clave competir por los jóvenes más que por el suelo, mientras que el consumo de drogas y el microtráfico deben ser tratados en forma distinta, al menos analíticamente.

3. **La lucha simbólica contra los estigmas territoriales y a favor del arraigo y de las identidades territoriales que le subyacen:** Muchos de estos barrios tienen una larga y fuerte tradición de organización y acción colectiva vinculada a los dos discursos antisistémicos: el de la izquierda y el del delito. La desesperanza que se instaló en muchos barrios después de que la vuelta de la democracia no trajera nada nuevo, especialmente en cuanto a oportunidades para los jóvenes, parece haber sido determinante en el aumento de la drogadicción. Aún hoy, a pesar de los problemas de crimen y violencia y del estigma que pesa sobre ellos, exhiben altos porcentajes de participación en organizaciones de barrio y de arraigo territorial. Aunque es explicable que, al estar en situación de vecindad, se asocien ambos fenómenos (narco y microtráfico), es probable que tengan distinta territorialidad, lógica y efectos en el deterioro del barrio. La mayoría de las poblaciones de antaño son hoy barrios consolidados, con historias de lucha, reivindicaciones y batallas cívicas, que han construido un sentido de pertenencia más allá de lo que podemos entender.

Cambios socio-ocupacionales: del barrio obrero al ghetto

Las transformaciones económicas y sociales vividas en las últimas décadas y sus efectos urbanos también podrían explicar los resultados de la encuesta. Un estudio reciente respecto de los cambios socio-ocupacionales y la transformación del área metropolitana de Santiago entre los censos de 1992 y 2002, confirma que los sectores medios han ganado importancia, expandiéndose en proporción directa a la reducción de los sectores obreros (De Mattos 2007 y De Mattos, Riffo, Yánez & Salas 2005).

Es importante tener en cuenta que existen sustantivas diferencias entre estos grupos y las clase media y obrera de la fase industrial de mediados del siglo XX, ya que los actuales sectores medios y medios bajos son, en su mayoría, asalariados privados y su condición ocupacional está condicionada por mercados de trabajo que operan bajo formas precarias e inestables. Esta fragilidad, sumada a los problemas de segregación, particularmente en los sectores de menos recursos, genera fenómenos de malignidad que dificultan la integración y hacen más vulnerables a estos grupos, afectando la cohesión. Donde se observan procesos de *ghettificación* generalmente aumenta la desconfianza entre los vecinos, se reduce el contacto y se producen fenómenos de microxenofobia que hacen que el barrio se achique y que la gente se vuelque hacia sus hogares. Como consecuencia, se deteriora el capital social de estas comunidades, hay un desaliento a la participación comunitaria y se produce una huida prematura de aquéllos a los que les va mejor.

La falta de cohesión puede afectar la propia inclusión, como el acceso al trabajo. En una exposición reciente sobre la integración social, Wormald indica: «En el caso de la delincuencia en barrios segregados, ésta afecta la integración de las mujeres al trabajo, porque hay ciertas horas en las que no pueden transitar por peligro a ser asaltadas. Esta cultura del encierro comienza a generar extraños dentro de las propias comunidades, por lo que la falta de cohesión puede afectar las pocas oportunidades de inclusión social»[6]. En estos barrios críticos también es probable que aumente la cohesión social comunitaria, pero con vocación antisistémica, como las pandillas que, pese a tener fuertes identidades a nivel de barrio, no se sienten parte de una sociedad mayor. En este sentido, para lograr mayor integración social, Wormald propone:

1. Asumir un enfoque centrado en la dinámica de la vulnerabilidad que generan las nuevas condiciones económicas y sociales.
2. Asumir la multidimensionalidad de los problemas, considerando la articulación de elementos micro y macro, tanto objetivos como subjetivos.
3. Considerar la inclusión y cohesión como las dos dimensiones centrales de la integración social y la pertenencia.

6. Wormald, Guillermo, (2007) «¿Cómo debe entenderse la integración social en la ciudad?», transcripción de presentación en ciclo de reuniones «Políticas de Suelo para la Integración Social», Consejo Directivo del Programa de Apoyo a las Políticas Urbanas y de Suelo en Chile Prourbana. Pontificia Universidad Católica de Chile y Lincoln Institute of Land Policy. Santiago, octubre 2007. Disponible en www.prourbana.cl

De la cantidad a la calidad

Todos los indicadores sugieren que la población chilena se estabilizará bajo los 20 millones de habitantes y que el ingreso seguirá aumentando, por lo que viviremos una continua mejoría de la calidad de nuestras ciudades. Actualmente las urbes chilenas ya presentan avances notables, al punto que los índices de población urbana versus rural se asemejan a los de un país desarrollado. El último censo indica que el 87% de nuestra población es urbana y que en nuestras ciudades, servicios como agua potable, alcantarillado, luz eléctrica y recolección de basura, funcionan regularmente y con amplia cobertura. El déficit de vivienda se estima que llegará a cero en menos de diez años y la oferta de infraestructura de transporte, justicia y salud está siendo reestructurada con una fuerte inversión pública y privada.

No obstante, en la medida en que las necesidades básicas son cubiertas, emerge con fuerza un nuevo set de necesidades que apuntan a aspectos cualitativos, como calidad de vida, áreas verdes, oferta cultural, seguridad y otros. En este escenario, Chile está listo para enfrentar un nuevo desafío: el de la calidad. Es así como hoy los temas urbanos aparecen cada vez más en la agenda, abundan los grupos ciudadanos en defensa del patrimonio y la industria inmobiliaria ha internalizado demandas por nuevos estándares.

Si el mejoramiento de la calidad del entorno urbano es inminente, la segunda clave es la equidad urbana. Una de las cosas que caracteriza a nuestras ciudades es la marcada segregación socioespacial que se produjo en las últimas décadas, con altas concentraciones de pobreza en áreas periféricas o enclaves en comunas mal conectadas a las redes de oportunidades. En este aspecto, tanto el mercado como las autoridades han reaccionado a esta situación y ya advertimos cómo se están produciendo dinámicas de colonización de equipamiento (*retail*) y viviendas de estratos socioeconómicos medios (condominios) en áreas tradicionalmente estigmatizadas, así como una nueva gama de subsidios y programas que fomentan la recuperación de barrios y la integración social. Como se estima que en los próximos años se terminará con los campamentos, el principal desafío estará en mejorar las condiciones de habitabilidad y equipamiento de miles de familias que vivirán en un stock edificado subvalorado y obsolescente.

En cuanto al crecimiento de la superficie urbana y la preservación de áreas sensibles, una consecuencia inevitable del aumento de los ingresos será el incremento de demanda por suelo. Pese a que Santiago es hoy una de las ciudades más densas del país y del mundo (84 habitantes por hectárea), la población aspirará a viviendas más amplias, emplazadas en terrenos más grandes y con mejor equipamiento. Santiago hoy crece a un ritmo de 1.400 hectáreas al año. Su área urbana consolidada es de 71 mil hectáreas y se estima que, si se mantienen las densidades y niveles de ingreso de los años noventa, el 2030 superará las 100 mil hectáreas. Si esto se ajusta a las proyecciones de ingresos, el tamaño de la ciudad llegaría a las 141 mil hectáreas con una densidad de 58,4 habitantes por hectárea (Galetovic y Jordán 2006). Lo relevante de esta proyección es que Santiago no crecerá como una mancha de aceite sin control, ni amenazará al patrimonio agrícola o natural del valle, como muchos alarmistas anuncian. La planificación territorial, actualmente en curso en la Región Metropolitana, define un límite urbano que reconoce la ciudad consolidada y propone un sistema de desarrollos condicionados a la manera de una red de microciudades autosuficientes (PDUC, ZDUC y AUDP) que mitigarán sus impactos e internalizarán los costos sociales que se generen. De esta forma, se abrirá una oferta de suelo a futuro que, junto con planes de reconversión de suelos y recuperación urbana, se hará cargo en forma sustentable de las nuevas demandas.

Estas nuevas expectativas han abierto en muchos ciudadanos legítimas aspiraciones por mejorar sus estándares de vida. Aspiraciones que, sumadas a la amplia oferta y facilidades de acceso a créditos y subsidios, podrían interpretarse como la principal fuerza detrás de la disponibilidad para la movilidad residencial manifestada en la encuesta. Este fenómeno queda claramente representado por la velocidad de ventas que han experimentado proyectos inmobiliarios para segmentos medios-bajos en el sector de Quilicura y Lampa. El ZDUC Valle Grande, ubicado al norte de Quilicura, concentra entre un 60% y un 80% de las compras de familias originarias de las comunas al norte del Mapocho, lo que indica que dichos grupos han optado por movilizarse cerca de sus redes sociales preestablecidas, pero mejorando los estándares de sus viviendas[7]. Esto quedó ratificado por el tipo de preferencia que los compradores manifestaron en focus groups y encuestas cuantitativas. En orden de importancia, estas son:

7. Datos entregados al autor por Novaterra Desarrollo Inmobiliario, Santiago, enero 2008.

- Amplitud, espacio abierto (imagen de campo).
- Espacio público (buen estándar de plazas, parques, avenidas amplias).
- Seguridad (proyecto alejado de áreas urbanas con problemas de delincuencia).
- Barrios con estructura de microbarrios (estructura de pasajes con control físico y social y áreas verdes menores al interior).

Conclusiones

Los resultados de la Encuesta Bicentenario permiten establecer vínculos muy importantes respecto de los principales problemas urbanos de nuestras ciudades y sus efectos. Además, abren la posibilidad de alentar un trabajo interdisciplinario dentro de la universidad, elemento fundamental para discutir y diseñar políticas efectivas. A modo de ejemplo, el fallido plan Transantiago expuso en forma dramática problemas y desafíos que excedieron al transporte. Nos mostró el Santiago real, segregado, con miles de ciudadanos trabajando a horas de sus hogares, con calles y plazas en la periferia mal constituidas y peligrosas. En suma, una ciudad que acumulaba soluciones habitacionales sin equipamiento básico, colegios u hospitales cercanos. Esta vitrina involuntaria que generó Transantiago, más allá de la necesaria normalización y corrección, nos permite revisar la relevancia de una serie de proyectos y políticas, hoy en curso, que podrían aportar a la mejoría de nuestros barrios.

En términos de vivienda, ya se ven los frutos de la Nueva Política Habitacional impulsada por el MINVU el 2006, con un cambio de orientación y focalización hacia lo cualitativo a través del Fondo Solidario de Vivienda y las Entidades de Gestión Inmobiliaria Social. Experiencias como la reciente primera etapa de erradicación del campamento Vista Hermosa en Lo Espejo, el más grande de la capital, da cuenta del nuevo estándar al que puede llegar la vivienda social. No se trata del tamaño o del nivel de terminaciones, sino de la capacidad de valorizar en el tiempo la inversión, con una buena localización cerca de la red de oportunidades de la ciudad y un 'ADN de clase media' que permita fortalecer el patrimonio familiar en el tiempo. De estas nuevas comunidades ha florecido el capital humano de reserva de Chile, representado por la Corporación Nacional de Dirigentes de Campamentos y Comités 'También Somos Chilenos', iniciativa de los mismos pobladores que esperan compartir su experiencia asesorando a familias que todavía viven en campamentos o de allegados.

Este año entrará al parlamento la modificación a la Ley General de Urbanismo y Construcciones, con propuestas tan interesantes y polémicas como la Integración Social, que define un aporte de suelo para vivienda social en proyectos inmobiliarios; el Proyecto de Planificación Urbana, que flexibiliza los mecanismos, introduce los derechos transables y formaliza la inefable participación ciudadana; y la Ley de Impacto Vial del Desarrollo Urbano, que incentivará la localización eficiente de la edificación mediante la internalización de sus impactos viales.

Finalmente está el programa Quiero mi barrio, que este año entrará en su fase de obras. Ahí deberá probar que es más que pintar fachadas o mejorar plazas y tendrá que fortalecer el sentido de comunidad e identidad en la ciudad profunda. Aunque sus resultados tardarán años en ser percibidos, son los primeros pasos para reparar la deuda urbana y social que se tiene con gran parte de la ciudad. Y si logramos aprovechar estas instancias, probablemente los resultados de estas mismas categorías en las próximas ediciones de la encuesta podrán sorprendernos en forma positiva.

Referencias

- **Arriagada, C.** (2004), «Determinantes de gran escala de la segregación residencial en el Área Metropolitana del Gran Santiago (AMGS) y efectos espaciales locales en comunidades pobres». G. Cáceres y F. Sabatini (ed.) *Barrios cerrados en Santiago de Chile: entre la exclusión y la integración residencial*, Santiago, Lincoln Institute of Land Policy e Instituto de Geografía Pontificia Universidad Católica de Chile.
- **De Mattos, C.** (2008), «Cambios socio-ocupacionales y transformación metropolitana del Gran Santiago, 1992-2002». Manuscrito a ser publicado en P. Allard (ed.) *Mercado y Ciudad: Los desafíos de un país urbano*. Santiago, BBVA y Observatorio de Ciudades UC.
- **De Mattos, C., Riffo, L., Yánez, G. y Salas, X.** (2005). «Reestructuración del mercado metropolitano de trabajo y cambios socio-territoriales en el Gran Santiago». Informe de Investigación Proyecto FONDECYT 1040838. Santiago.
- **Feedback** (2007) «Informe de opinión pública, imagen de la ciudad de Santiago, encuesta cara a cara». *Revista Foco 76*, número 5. Santiago.
- **Ducci, M. E.** (2007), «La política habitacional como instrumento de desintegración social. Efectos de una política de vivienda exitosa». Artículo presentado en conferencia Vivienda. México D.F., febrero.
- **Ducci, M. E.** (1997) «El lado oscuro de una política de vivienda exitosa». *Revista EURE* vol. XXIII, 69, julio.
- **Ducci, M. E. González, M.** (2005) «Área urbana y expansión de Santiago en la ultima década». Documento de trabajo. Santiago, Instituto de Estudios Urbanos.
- **Ducci, Quezada, Torres y Rioseco** (2005) «La calidad de vida de adultos mayores en vivienda básica y vivienda en condominio: un análisis comparativo». Proyecto Fondecyt, 2004-2005.
- **Galetovic, A. y Jordán, P.** (2006) «Santiago: ¿dónde estamos? ¿hacia dónde vamos?». *Santiago: dónde estamos y hacia dónde vamos*. Santiago, CEP.
- **Mini Book 3** (2007) «Chile en el mundo». Cuadernillo de consulta con información para áreas comerciales y de marketing preparado por la consultora CG3. Santiago. 2007.
- **MINVU** (2004) *Chile, un siglo de política en vivienda y barrio*. Santiago, MINVU.
- **Troncoso, C.** (2007) «Entre arquitecturas provisorias y permanentes: Las ferias libres como intervenciones detonantes de espacios públicos subutilizados». Proyecto de tesis Magíster en Desarrollo Urbano, Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales UC. Santiago.
- **Sugrayñez, A.** (2002) *Política habitacional chilena. Santiago*, GTZ.
- **Wormald, G.** (2007) «¿Cómo debe entenderse la integración social en la ciudad?» Presentación en «Políticas de suelo para la integración social». Ciclo de reuniones del Consejo Directivo del Programa de Apoyo a las Políticas Urbanas y de Suelo en Chile Prourbana. Pontificia Universidad Católica de Chile y Lincoln Institute of Land Policy. Santiago, octubre. Disponible en **www.prourbana.cl**

Comentarios

PAULINA SABALL
Subsecretaria de Vivienda y Urbanismo

Antes de iniciar esta presentación, quisiera agradecer a la Vicerrectoría de Comunicaciones y Asuntos Públicos de la Universidad Católica la invitación a participar en este panel para comentar algunos aspectos de la Encuesta Nacional Bicentenario Universidad Católica-Adimark 2007.

Coincido absolutamente con el primer comentario de Pablo Allard en cuanto a que en la encuesta no están presentes las variables más propias y clásicas de la problemática de la vivienda, los barrios y las ciudades. Sin embargo, quiero valorar profundamente el concepto de vecindad que arroja este sondeo por dos razones. En primer lugar, porque creo que, si bien los barrios están hechos del espacio urbano construido, el sentido de pertenencia a ellos no lo dan los límites urbanos, sino la percepción que tiene la gente de su barrio. Así, es probable que todos vivamos en un mismo espacio e identifiquemos nuestros barrios de manera distinta. Lo segundo es que, dado mi cargo público, no puedo sino resaltar que una de las experiencias más duras, pero quizá más importante que nos ha dejado Transantiago, es que las políticas públicas tienen que estar fuertemente sintonizadas con la percepción de la ciudadanía. De lo contrario, están destinadas al fracaso, por más potentes que sean y por más inversión que se les destine.

Desde esta perspectiva, comparto con Pablo Allard este crudo, pero real diagnóstico de que nuestras metrópolis están hoy tensionadas por fenómenos como la segregación espacial o la inequidad en el acceso a bienes y servicios. En síntesis, nuestras ciudades no están garantizando igualdad de oportunidades a todos sus habitantes, lo que supone un desafío mayor de cara al Bicentenario. No obstante lo anterior, creo que no podemos mirar a todo Chile desde la Región Metropolitana, porque los fenómenos que se producen en nuestra metrópoli no tienen la misma realidad ni la misma intensidad de los que se registran en nuestras ciudades intermedias y pequeñas localidades. De ahí que corremos el riesgo de *santiaguizar, transantiaguizar* o *metropolizar* la vida en Chile, en circunstancias de que una de las particularidades de nuestro país es la dispersión de sus ciudades, tanto desde el punto de vista físico y geográfico, como del modo de vida de las personas.

Dicho esto, quiero señalar lo que a nosotros, como Ministerio de Vivienda y Urbanismo, nos parece que son los desafíos fundamentales que debemos enfrentar en el campo de las políticas públicas. Estimamos que es importante asumir los ámbitos de vivienda, barrio y ciudad como dimensiones que tienen un vínculo indisoluble. Hemos ido descubriendo el potencial que hay detrás de esta trilogía, entendiendo la vivienda como un refugio de la intimidad que la encuesta revela como uno de los ámbitos más importantes de valoración de los chilenos. El barrio, en tanto, aparece como el entorno próximo, especialmente en los sectores más vulnerables en que el espacio público es muchas veces la continuidad de la casa. Y la ciudad representa el entorno mayor, el espacio de la ciudadanía, que es un concepto distinto del espacio del vecino. Son tres niveles distintos, pero, a nuestro juicio, muy potentes como una trilogía. Y para enfrentarlos hemos visto desafíos en cada uno de estos ámbitos.

La política de vivienda debe adecuarse a las necesidades y expectativas de los chilenos, dados los niveles de crecimiento que muestra el país. Es improbable que ayer hubiésemos diseñado en una política habitacional como la que tenemos hoy, pues no son las mismas necesidades, capacidades ni expectativas. Creemos que una política de vivienda adecuada para el siglo XXI tiene que privilegiar la participación y el protagonismo de la familia en la elección y diseño de su proyecto, de manera que participe en la construcción de sus propios espacios.

Hoy no es posible pensar en casas sin servicios básicos. Como Chile tiene altas coberturas de acceso domiciliario al agua potable y electricidad, toda vivienda tiene

que garantizarlos en igualdad de oportunidades. Es por eso que no podemos permitir que existan campamentos, pues se contraponen con lo que es el nivel básico de servicios al que acceden todos los chilenos.

Debemos esforzarnos, además, en conseguir localizaciones adecuadas. No existe la ubicación perfecta, simplemente es la que la familia requiere para su modo de vida. Algunos privilegian el acceso al trabajo, al colegio o aquel lugar con el que tienen una historia familiar. Lo importante es tener la posibilidad de elegir y, por eso, no sólo estamos estimulando la construcción de proyectos habitacionales, sino también la adquisición de viviendas usadas.

Se requiere, de igual forma, mejorar la calidad de la construcción. Aquí nos referimos a dos cosas: al estándar y a la participación del usuario en su materialización. Esto no supone sólo un tema de superficie. También implica este espíritu tan chileno de poder agrandar y transformar la vivienda. De ahí la relevancia de una política habitacional que ampare la cultura de la ampliación.

La movilidad social es hoy un atributo. Existe una permanente aspiración a transitar de un lugar a otro y seguir las fuentes de trabajo. Por lo tanto, cabe preguntarse (y éste es un punto de vista personal) hasta cuándo vamos a valorar la propiedad privada como la única forma de acceder a una vivienda. Desde mi perspectiva, el bien habitar implica tanto ser propietario como la flexibilidad para tener otros modos de tenencia.

En el tema barrial, el cambio más grande, por lo menos desde las políticas públicas, es haber visualizado al barrio como una dimensión de nuestro quehacer. Nosotros siempre saltábamos de las viviendas a las ciudades, pero ahora el barrio ha aparecido como una dimensión que nos ha permitido relacionar la vivienda con la ciudad a través de un elemento intermedio y descubrir un conjunto de atributos que le son propios y urgentes de intervenir, tanto desde las políticas urbanas, como desde las que buscan combatir la pobreza y fomentar la seguridad pública y la participación ciudadana.

El barrio es una escala de vida que debe ser visualizado por los chilenos. Necesitamos recuperar los barrios existentes y para ello se requiere inversión en espacios públicos y viviendas, pero, además, una actitud y compromiso de sus habitantes. Es decir, se necesita una reconstrucción de las redes sociales, algo que tiene que ver con la confianza, con el fortalecimiento de la identidad y con pensar los barrios desde la mirada de la seguridad pública y de la equidad urbana. Así se nos plantea el desafío de construir barrios amigables que favorezcan la interacción social, pero que además respeten la intimidad.

De igual forma, es necesario fomentar la relación del barrio con la ciudad y el mundo. Por eso no sólo se requiere asegurar la interconectividad vial, sino también la interconectividad digital para todos los sectores. Me emocionó ver a los niños de Villa Las Estrellas, en la Antártica, conectados por Internet, pese a su aislamiento geográfico. Y cuando eso ocurre en Caleta Tortel o en la comuna de General Lagos estamos generando una forma de integración que es muy importante.

Termino con el tema del espacio urbano, el espacio de la ciudad que acoge a un 80% de los chilenos y que refleja nuestra historia. Las ciudades son fuente de identidad y de tradición, abren oportunidades, pero también son el espejo de nuestras grandezas y debilidades, el lugar donde se plantean los conflictos sociales. Por eso, es un espacio que debe ser normado. Ahora la pregunta es: ¿lo regulamos o lo consensuamos? La vida moderna exige generar consensos sociales sobre la vida de las ciudades y eso significa acuerdos sobre cómo equilibrar los conceptos de competitividad, sustentabilidad e integración social.

Hoy en día, y así también lo revela la encuesta, es preocupante la débil participación que se observa en los barrios, aunque a nivel de la ciudad vemos un fortalecimiento, especialmente de los sectores medios y altos, en el marco de conflictos como la Costanera Norte, Américo Vespucio, etc. No puede ser que la ciudadanía que reivindique a la ciudad sean sólo los sectores medios, excluyendo a los grupos populares. Es por ello que a nivel de la ciudad necesitamos iniciativas públicas que garanticen al ciudadano el ejercicio de sus derechos, lo que obliga adecuar las políticas, tanto para la inversión, como para la calidad, la integración, la alianza público-privado, la intersectorialidad y, lo más importante, la participación de la ciudadanía.

ROSARIO PALACIOS
Dirección de Asuntos Públicos UC

Pablo Allard nos ha presentado una lectura de la Encuesta Bicentenario que pone sobre la mesa un elemento central para, por un lado, describir y entender la dinámica de las relaciones sociales en áreas urbanas y, por otro, proponer políticas que las mejoren.

La Encuesta Bicentenario observa a nivel barrial y nos sirve como primer acercamiento para entender las dinámicas de las relaciones vecinales. Sin embargo, para no sacar conclusiones erróneas de cómo estamos viviendo, es necesaria una mirada a los barrios que tome en cuenta su localización dentro de la ciudad, las posibilidades de conexión con centros de servicios y el acceso a tecnologías que facilitan la comunicación. Por ejemplo, podríamos levantar la hipótesis de que los cinco problemas que definen a un barrio como crítico, según la encuesta[1], tienen que ver –en alguna medida– con la pobreza de sus habitantes, asociada a la segregación socioespacial en la que viven.

Un segundo punto a destacar de la encuesta es la indagación que ésta realiza en los niveles de confianza entre los vecinos. Lo anterior es de gran valor, considerando que la confianza es parte de lo que entendemos como capital social que, a su vez, es un factor clave para analizar las relaciones humanas en nuestros barrios y ciudades. Para ponernos de acuerdo, entenderemos capital social como la vinculación que tienen las personas con distintos grupos y la inclusión en sus normas de reciprocidad y confianza[2].

El capital social está formado por vínculos con personas iguales y distintas. Esta diversidad de lazos impacta positivamente el capital social: enriquece las oportunidades de amistad, trabajo, salud, educación y entretenimiento de los habitantes. Otros estudios, siguiendo a los clásicos de la sociología sobre vínculos sociales (Granovetter 1973, 1974), afirman que la calidad de nuestros contactos no sólo incide en nuestro ingreso económico –mejores contactos aumentan nuestras posibilidades laborales y de ascender socialmente–, sino también en nuestra salud (contar con alguien que nos cuide, acceso a servicios, información, etc). (Berckman 1995; Berckman y Glass 2000; House et al. 1998; Seeman 1996). A nivel de barrio, un mayor capital social está asociado a menores tasas de delincuencia y a mayor calidad del entorno urbano (los vecinos se cuidan unos con otros, se organizan para mantener el barrio limpio y en buen estado, etc.).

En Chile, según la Encuesta Bicentenario, confiamos poco en nuestros vecinos, desconfianza que se repite, sin variaciones importantes, en todos los niveles socioeconómicos. Los cientistas sociales están bastante de acuerdo en que nos cuesta menos confiar cuando la distancia social es reducida, o sea, cuando presupongo que el otro estaría dispuesto a hacer lo mismo que yo haría por él o ella en esa situación y que cuento con las condiciones materiales para hacerlo. Una pregunta típica para medir confianza es ¿a quién le pediría usted favores?

Por otra parte, existe un alto nivel de segregación socioespacial en las grandes ciudades de nuestro país, es decir, vivimos entre iguales: encerrados en condominios enrejados o marginados en poblaciones periféricas. Ante esta aparente contradicción, propongo explorar la relación entre inequidad y capital social, que implica relaciones de confianza.

La correlación entre inequidad y capital social es clara según los estudios realizados hasta ahora (Putnam 2000, Costa y Kahn 2003). Así, la gente que vive en barrios más desiguales, desde el punto de vista socioeconómico, tiende a ausentarse de la vida social y cívica. Si pensamos a escala ciudad, podríamos relacionar la enorme inequidad existente en Santiago con la falta de confianza generalizada de sus habitantes: no nos reconocemos como iguales en nuestra calidad de habitantes de la ciudad. Hay habitantes de primera y segunda clase; el nombre de la Comisión Nacional de Dirigentes de Campamentos y Comités 'También Somos Chilenos', que mencionó Pablo Allard en su exposición, da pistas sobre la alta percepción de exclusión de muchos santiaguinos.

En las grandes urbes chilenas experimentamos ciudades distintas, según nuestro nivel socioeconómico. La desconfianza, propia de sociedades inequitativas, nos acompaña hasta nuestros barrios donde, a pesar de que

1. La encuesta define barrios críticos conforme a indicadores convencionales de desorganización social que son experimentados por los encuestados: jóvenes dando vueltas por las calles sin hacer nada; rayados en las murallas y edificios; robos y asaltos; vandalismo y daños a la propiedad; tráfico de drogas y balaceras, riñas y violencia callejera.

2. Esta definición la hace Robert Putnam quien, reconociendo la vasta literatura que intenta definir y explicar el concepto de capital social, opta por una definición 'lean and mean' (magra y significativa): «social networks and the associated norms of reciprocity and trustworthiness» (Putnam 2007: 137).

podemos afirmar que la mayoría pertenece a nuestro mismo nivel socioeconómico (68% según la Encuesta Bicentenario), desconfiamos. La desconfianza está internalizada y esto dificulta la formación de capital social.

En esta línea, pensar en políticas para nuestros barrios implica diseñarlas en el contexto de las ciudades y en conjunto con acciones que apunten a mejorar los niveles de equidad. Y debemos aspirar a la equidad no sólo a nivel de ingreso, sino también de las oportunidades que tenemos para desarrollar nuestras prácticas cotidianas en nuestros barrios. Esto podría traducirse en políticas en diversas áreas, pero voy a enunciar sólo una: la creación de espacios públicos.

La casi nula existencia de áreas verdes en los sectores de menores ingresos de Santiago y la abundancia no aprovechada del sector nororiente es alarmante. Primero, porque significa una enorme inequidad y, segundo, porque implica una falta de experiencia vital para que los habitantes aprendan a convivir entre extraños. Los espacios públicos son el lugar donde los ciudadanos experimentan la diversidad, que no es lo mismo que la desigualdad socioeconómica. Mayor equidad no significa homogeneización. ¿Y por qué podría ser importante experimentar la diversidad? El espacio público se presta para un encuentro entre extraños que se reconocen mutuamente como poseedores de derechos en cuanto habitantes de la ciudad. En el espacio público se aprende a convivir con el otro que es distinto a mí. Me pregunto si acaso la falta de experiencia en el espacio público de los habitantes de Santiago tiene que ver, por un lado, con nuestro incivilizado comportamiento ciudadano y mala convivencia y, por otro, con nuestra dificultad de interactuar y colaborar con alguien con quien no tengo ni pretendo tener una relación personal. Los espacios públicos –a nivel de vida urbana– no son importantes porque en ellos hagamos grandes amigos, sino porque ahí tenemos la oportunidad de encontrarnos y aprender a relacionarnos con la diversidad. En este sentido, los espacios públicos a escala interbarrial, donde confluyan personas de distintos barrios, pueden convertirse en una forma exitosa de paliar la alta segregación residencial de Santiago.

Referencias

- **Berkman, L.F.** (1995) «The Role of Social Relations in Health Promotion». *Psychosomatic Medicine* 57: 245-54.
- **Berkman, L.F. y Glass, T.** (2000) «Social Integration, Social Networks, Social Support and Health». Berckman, L.F. y Kawachi, I. (eds.) *Social Epidemiology.* New York, Oxford University Press.
- **Costa, D. L. y Kahn, M.E.** (2003) «Civic Engagement and Community Heterogeneity: An Economist's Perspective». *Perspectives on Politics* 1: 103-11.
- **Granovetter, M.S.** (1973) «The Strength of Weak Ties». *American Journal of Sociology* 78: 1360-80.
- **Granovetter, M.S.** (1974) *Getting a Job: A Study of Contacts and Careers.* Cambridge, MA, Harvard University Press.
- **House, J.S., Landis, K.R.,** y **Umberson, D.** (1988) «Social Relationships and Health». *Science* 241: 540-5.
- **Putnam, R. D.** (2000) *Bowling Alone: The Collapse and Revival of American Community.* New York, Simon & Schuster.
- **Putnam, R. D.** (2007) «*E Pluribus Unum*: Diversity and Community in the Twenty-first Century. The 2006 Johan Skytte Prize Lecture». *Scandinavian Political Studies*, Vol. 30 - Nº 2: 137-174.
- **Seeman, T.E.** (1996) «Social Ties and Health: The Benefits of Social Integration». *Annals of Epidemiology* 6: 442-51.

Encuesta Nacional Bicentenario Universidad Católica - Adimark 07
Vicerrectoría de Comunicaciones y Asuntos Públicos

Edición
Marcela Alam

Diseño
Departamento de Diseño
Vicerrectoría de Comunicaciones y Asuntos Públicos

Impresión
Salviat Impresores
600 ejemplares

Pontificia
Universidad
Católica
de Chile

Vicerrectoría de Comunicaciones y Asuntos Públicos
Dirección de Asuntos Públicos

Alameda 390, 3er piso. Teléfono: 354 6637. Email: www.uc.cl